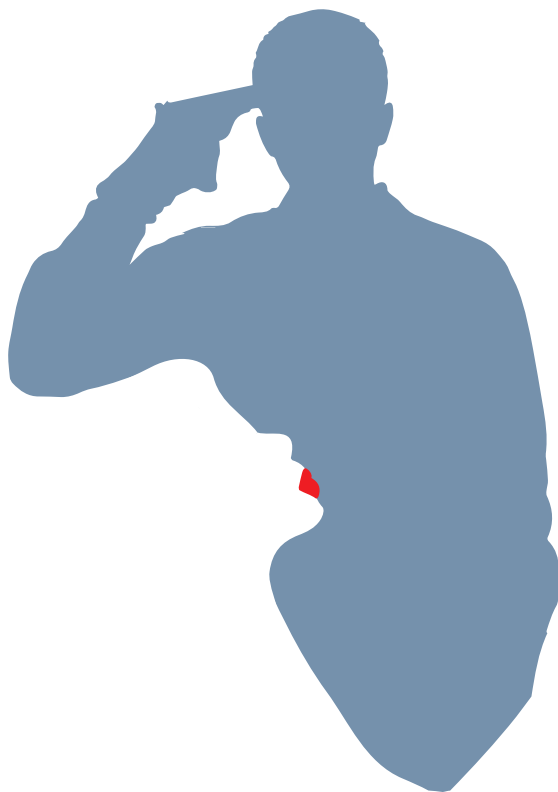


FRANCISCO PROAÑO ARANDI

Ceremonia de pólvora



AEL
NOVELA

FRANCISCO PROAÑO ARANDI

(Cuenca, 1944)

Novelista, cuentista y ensayista. Participó en los años sesenta y setenta en los movimientos de vanguardia de entonces, entre ellos, el Grupo Tzántzicos. Cofundador de la revista *La bufanda del sol*.

Entre sus obras: en novela, *Antiguas caras en el espejo*, *Del otro lado de las cosas*, *La razón y el presagio*, *Tratado del amor clandestino*, *El sabor de la condena*, *Desde el silencio*. En cuento: *Historias de disecadores*, *Oposición a la magia*, *La doblez*, *Historias del país fingido*, *Elementos dispares*, *Perfil inacabado* (antología). Como ensayista: *Entretextos*, *Por qué se fueron las garzas o el antiindigenismo en Gustavo Alfredo Jácome*, *Diplomáticos en la literatura ecuatoriana* (en coautoría con Alejandra Adoum).

Se ha hecho acreedor a varios reconocimientos nacionales e internacionales, entre estos últimos, el Premio «José María Arguedas» de la Casa de las Américas por su novela *Tratado del amor clandestino* (2010), obra que fue también finalista del Premio «Rómulo Gallegos» (2009).

En la actualidad, secretario de la Academia Ecuatoriana de la Lengua.



Ministerio
de **Educación**

FRANCISCO PROAÑO ARANDI

Ceremonia de pólvora



AEL
NOVELA



AEL

*Programa editorial de la
Academia Ecuatoriana de la Lengua*

Ceremonia de pólvora

© Francisco Proaño Arandi

Primera edición, 2022

316 pp.; 13,5 x 21 cm — (Serie Novela)

Imprenta: Gráficas Iberia

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN-978-9942-42-976-6

Coordinación editorial: Academia Ecuatoriana de la Lengua

Corrección de textos: Prosar Productora de Medios

Diseño, diagramación e ilustración de portada: Gráficas Argenis

Esta publicación está cofinanciada
por el Ministerio de Educación del Ecuador

Toda reproducción total o parcial de esta obra deberá
contar con la autorización previa de Francisco Proaño Arandi.

Comentarios y sugerencias:

a.ecuatorianadelalengua@gmail.com

www.academiaecuadorianadelalengua.org

Academia Ecuatoriana de la Lengua

Correspondiente de la Real Española

Calle Cuenca N4-77 y Chile (plazoleta de la Merced) – Quito, Ecuador

Código postal: EC170109

Teléfono: (593-2) 2570-782

Impreso en Quito, Ecuador

FRANCISCO PROAÑO ARANDI

Ceremonia de pólvora



AEL
NOVELA

Índice

<i>Fragmento de los apuntes del profesor Enrique Pimentel Gómez</i>	11
PRIMERA PARTE	25
Capítulo uno	27
Capítulo dos	57
Capítulo tres	121
Capítulo cuatro	165
SEGUNDA PARTE	183
Capítulo cinco	185
Capítulo seis	189
TERCERA PARTE	215
Capítulo siete	217
Capítulo ocho	291

...están latentes [...] y pueden resurgir [...] si las condiciones son propicias, [...] resurgir con sus atributos de barbarie espiritual, esclavitud de las almas y de los cuerpos...

Ernesto Sabato, *Uno y el Universo*,
sobre las causas del fascismo.

Se diría que es la misma siniestra figura que vino a echar los dados para apoderarse de las almas, en la rima del antiguo marinero.

No he oído abrirse la puerta del camarote; pero está aquí a mi lado, mientras escribo. La siento.

La luna.

James M. Cain, *Pacto de sangre*.

El hombre aprende a amar los vallados que se levantan a su alrededor

Czesław Miłosz. *La mente cautiva*.

El mal que siempre temimos estaba ya entre nosotros y yo rehuía reconocerlo. Muchos, en aquellos primeros meses, lo negaban también, igual que yo. Todavía hoy lo hacen, cuando las cosas han cambiado y el tiempo de la ignominia ha pasado. Tienen razón, quizás: incurrir en la sospecha de su vigencia entrañaba, entonces, un riesgo mortal y las palabras, las solas palabras podían llevarte a cualquier destino imprevisible, incluso a la muerte. Ese miedo ha quedado en nuestro ser, acaso no en el de todos, como un síndrome difícil de extirpar, un tortuoso nivel de conciencia, una lacra secreta. Tal vez siguen teniendo razón. El mal no se ha ido del todo. Está allí, latente, dispuesto a volver.

El virus ha calado hondo y no se ve por el momento antídoto posible. O tal vez sí: el hecho de escribir estas líneas puede ser un síntoma. Otros lo estarán haciendo también —espero— en estos mismos momentos, no necesariamente en el papel, mas sí —al menos— en su cabeza. Y ello es ya, leve, imperceptible, un principio de liberación. ¿Este optimismo que surge imprevisto en la

oscuridad que me envuelve, será, sin embargo, solo una muestra de desesperación?

No sé exactamente qué me impele a redactar lo que escribo, estos apuntes. ¿Será mi conciencia? ¿Mi cobardía? ¿La aquiescencia con que he ido aceptando tantas y tantas cosas, justificándolas, encontrando dentro de mí mismo las más peregrinas explicaciones? Ahora, debo esperar lo previsible: lo que la propia redacción de estas palabras, ya lo he dicho, implica, significa o desencadena.

Pero el Código de Procedimiento Penal prevé la figura del reo que colabora delatando a sus cómplices, lo que, en un acuerdo con la autoridad, puede redundar en una rebaja de penas. Si yo fuese culpable, ¿podría apelar, en un futuro lejano, a un privilegio como ese? De llegar el caso, ¿de qué podríamos hablar?: ¿de purificación o de absoluta degradación? Por el momento solo soy culpable, pero por omisión, no por acción. Ya sabré explicarme más claramente.

Por esos días, frecuentaba en las tardes el *Opus 9*, el café situado en la esquina del Ministerio. Como si se tratase de una infección, me cegaba un cierto estado de exaltación, de euforia. Ya no era joven, debo subrayarlo; lo soy menos ahora, pero lo que sucedía entonces concitaba el entusiasmo, no solo mío, sino general: un fervor en el fondo inocente, pueril, algo que hoy, debemos admitirlo, ya no lo es. No podría serlo.

Quienes frecuentaban el *Opus*, toda aquella fauna de los ministerios aledaños, parecían contagiados,

igualmente, de esa suerte de enardecimiento y fue allí precisamente, en medio de esa atmósfera enfebrecida, que Alberto San Miguel sembró en mí la primera aprensión, tenue, apenas creíble, pero destinada a permanecer, a ahondarse. Hubiera sido preferible que no acudiera a nuestra cita de todas las tardes en el café; mi inocencia habría persistido incólume, mas el destino, se me antoja, decidió que las cosas transcurriesen de otro modo. Ahora me encuentro aquí, esperando; sin embargo, es justo que antes deje consignada una relación, siquiera somera, de lo sucedido, al menos de lo que atestiguaron mis ojos.

¿Mis ojos? No, no. Es poco lo que en realidad he visto, en el sentido físico de la palabra. En contrapartida, es mucho lo que he imaginado o conjeturado en el pequeño cubículo de mi oficina, o por las noches, a lo largo de tantos insomnios. Alguien dijo alguna vez: «el ojo escucha», y eso es lo que en verdad ha pasado.

Repito: fue allí, en el *Opus*, donde Alberto, en voz baja, musitó su pequeña infidencia. Recuerdo esa tarde: la lluvia hacía que uno se sintiera a gusto en el interior del local, Más aún cuando el dueño, que ya nos conocía, nos invitó con una copa de coñac, no tan fino, pero sí fuerte, preciso para enfrentar el frío que de cualquier manera se filtraba por los intersticios de la puerta y cada vez que entraba un nuevo cliente. Movido quizá por el ardor del licor o por el rumor de la lluvia de fuera, mi amigo habló. He dicho «la lluvia de fuera», sí, la lluvia

y todo lo demás: incertidumbres, peligros, eventualidades inesperadas. Me sorprendió y me sorprende aún la confianza de Alberto que, presumo, decidió franquearse protegido en el precario abrigo brindado por el *Opus*. A menudo me he preguntado por qué un cínico como él se arriesgó a decir lo que dijo culpa. Aunque en honor a la verdad no dijo mucho, mientras hablaba sentí que un gran peso se desprendía de él, de su ser. No obstante, cuando terminó tuve la certeza de que ese peso era sustituido por otro: uno proveniente del hecho —¿incomodidad, resquemor?— de haber transmitido a alguien ajeno lo que todavía era, en rigor, un secreto.

¿Qué fue lo que exactamente contó San Miguel? Casi nada. Algo trivial, si reducimos la lupa al estrecho círculo de personas al que aludía, en su imprevista confesión. Suficiente, pese a ello, para abrir una pequeña incisión en la compacta pared que velaba nuestra visión, una mínima oquedad que, de pronto, nos permitía entrever la otra realidad que aguarda, acaso ominosa, en el envés de los sucedidos. Y ciertamente fue ominosa, me digo ahora en mi fuero interno: no solo en sí misma, sino en su potencial de expansión.

San Miguel había firmado dos meses atrás un contrato para ejercer, habida cuenta de su oficio de contador jurado, la dirección financiera de una de las empresas de servicios estratégicos del gobierno. La asunción de ese importante cargo fue naturalmente objeto de celebración entre sus amigos, incluido el

que escribe estas líneas, aunque debo admitir que entre todos los celebrantes tal vez yo era el único que no dejaba de sentir alguna aprensión por tratarse justamente de él, de Alberto San Miguel, compañero mío en las aulas del colegio y cuyas virtudes y defectos y aun ciertos secretos suyos conozco como secuela de esa circunstancia: nuestra camaradería. He llegado a pensar incluso, mucho después, que en su designación no debieron pesar tanto los méritos que todo profesional consigna necesariamente en su hoja de vida, sino, quizás, aquellos que no suelen registrarse, esos datos que, en el fondo, constituyen el verdadero retrato, no autorizado, de determinados personajes.

Hay episodios en la vida de San Miguel que justifican la aprensión a que me refiero. Ya habrá tiempo para ocuparnos de ello. Lo que ahora cobra relieve es lo que en esa oportunidad, allí, en el *Opus*, me dijo.

Volvamos pues a la conversación que mantuvimos aquella tarde lluviosa de octubre —recuerdo la copa de coñac alcanzando su temperatura óptima en el cuenco de mi mano; las voces de los parroquianos, su rumor, el zumbido en la distancia penumbrosa del *Opus*—. Aún hoy me sorprende la infidencia que dejó caer mi amigo sobre la mesa, dados sus antecedentes. ¿Acaso San Miguel experimentaba en ese momento algún escrúpulo de conciencia? ¿Tenía miedo? ¿Estaba él mismo sorprendido por contármelo? No tengo al respecto una respuesta plausible. Bueno, quizá sí, una conjetura

más bien simple: ¿es posible que Alberto, seguro de que de todos modos haría lo que mediante su confidencia parecía reprobar, trataba de justificarse ante el amigo? ¿Me hablaba acaso de lo ineluctable, de lo que más allá de nuestra voluntad estamos obligados a hacer? Como tantas cosas en la vida, esta también permanecerá en el misterio, mientras no sea el propio protagonista quien se encargue de dilucidarlo.

—Estoy desconcertado —empezó señalando San Miguel, en tanto contemplaba absorto el ambarino licor en su copa.

Sus palabras me dejarían imaginar el ámbito en que transcurría entonces su vida: los personajes, el clima prevaleciente, los equívocos, las insinuaciones, las propuestas. Dada su posición compartía su oficina, dijo, con los más altos ejecutivos de la empresa y era evidente, y quizá no hacía falta que enfatizara en ello, la existencia de una línea de proximidad muy estrecha con los niveles de decisión del propio gobierno; digo, del Gobierno central, acaso con el propio jefe del Estado.

«Es evidente», me dije, «si se trata de recursos estratégicos». Pero al mismo tiempo, algo en mí, mejor dicho, mi antigua formación o deformación en derecho hizo que me indignara. Aún hoy me sucede. Aclaro, sin embargo, o advierto, que seguí la carrera de Derecho sin llegar a graduarme. Decliné el ejercicio de las leyes por algo un poco más inútil: la filosofía. A ello me dediqué, a la enseñanza de la filosofía, antes

de aceptar aquel puesto en el Ministerio. Pero mucho de lo aprendido en la facultad quedó en mí y por eso, tornando a las razones de esa leve indignación, esa crispación de mi ser, confieso que me sublevé y no dejé de señalarlo ante un San Miguel que, la verdad, no me hizo mucho caso: escuchándolo repetir esa expresión, «jefe del Estado», recordé que, en efecto, el presidente se había proclamado así: jefe de todos los poderes, asumiendo como real lo que solo es una designación protocolaria, necesaria para los fines de su representación ante los demás países. Hubo muchos esbirros, siempre los hay y más en aquellos días, que se dedicaron a justificar con razones de toda naturaleza, incluso jurídicas, la expresión del primer mandatario. Hubo uno que con objeto de halagar al déspota proclamó públicamente el fin de la teoría de la división de poderes. He reflexionado luego en lo que verdaderamente implicaba esa expresión y su acogida entre los cortesanos del régimen: era un signo. Entonces, no lo vi. Mi ceguera me impedía ver el advenimiento de tiempos sombríos.

Perdónenme la digresión: centrémonos en lo que contó, aquella tarde, mi amigo Alberto San Miguel.

Insisto: lo que me contó parece trivial y, sin embargo, volviendo sobre ello a la luz de lo ocurrido después, resulta muy significativo.

—Sucede —dijo— que en la oficina se cocinan —esa fue la palabra que utilizó— algunos contratos clave.

—¿Con quiénes? —pregunté abruptamente. San Miguel me contempló por un instante, molesto.

—No lo diré —contestó— por ahora: empresarios de fuera —agregó casi entre dientes—. Es todo lo que puedo decirte. Ya te imaginarás, negocios de envergadura.

—¿Y tú, qué tienes que ver? —pregunté inoportunamente. Haciendo caso omiso de mi impertinencia, se limitó a decir algo que ha venido repercutiendo en mi cerebro—, una voz que va y regresa, más bien confusa:

—Bueno, yo proceso las cuentas. Las cuentas que me dicen que haga.

Al cabo de un breve silencio, prosiguió con lo que realmente quería contarme. No fue muy explícito, creo haberlo señalado ya, pero lo que dijo fue suficiente:

—Nunca he estado en una situación así —expresó—. Es tan estimulante, tan llena de oportunidades y, al mismo tiempo, tan oscura, o riesgosa mejor dicho. Mira: todos, el presidente de la empresa, el gerente, la secretaria, todos, unos más, unos menos, según su jerarquía, todos —enfaticó—, reciben finalmente, en algún momento, lo que les corresponde como beneficio personal al haber aprobado las condiciones de la otra parte, digo, hablo de sobreprecios en algunos casos, determinadas regalías, todo en fin. Ya te imaginas. La cuestión es que todos deben recibirlo. Se trata de solidaridad, casi como una obligación, ¿me entiendes? De no

hacerlo, simplemente estás fuera. Y yo también, claro. Como comprenderás, por mi calidad de contador, soy una pieza clave.

No dijo más.

—¿Y esto sucede solo allí, en tu oficina? —inquirí suavemente.

—No —respondió, tajante—. No. Se trata más bien de algo generalizado. Tal vez tú no lo sepas, Pimentel, pero hay un plan, un plan previo, algo meticulosamente elaborado —añadió.

Recuerdo que no di en esos momentos credibilidad a sus palabras. «¿San Miguel sorprendido de encontrarse con el rostro de la corrupción allí, en su oficina?», pensé. «Creo que está, desde ya, justificándose; eso de la solidaridad, el espíritu de cuerpo», reflexioné. No quise herir a mi amigo y solo me dediqué a rebatir aquella afirmación suya, eso de la existencia de un plan previo, una suerte de conspiración persistente, anterior o quizá concomitante a la toma del poder.

Discutimos, sí. Los argumentos de San Miguel eran más bien difusos, conjeturas, sin bases reales. Íntimamente me afirmé en mi primera impresión: San Miguel tratará de justificar su reciente incorporación a lo que sin darse cuenta era cierto: el círculo de corrupción pre-
valeciente en su empresa.

—Se esgrime el principio de solidaridad —repetió. Subyacente estaba la advertencia primordial, sin

palabras, pero real: «si no estás de acuerdo, te vas». Así, simplemente.

—Esto, sin embargo, no es lo más importante —agregó—. Lo crucial es verificar que sobreviene un tiempo en que todo ello se constituirá en norma, en regla inflexible. Y todos, tú, yo, seremos parte de ello. Sin alternativa.

En lugar de indignarme, opté por reírme.

—¿Yo? —recuerdo que le dije—, yo, profesor de filosofía, un intelectual, ¿voy a embarrarme en lo que dices? Es ciertamente imposible.

En el fondo había dos razones para mi escepticismo. Una, ya la he consignado: la personalidad de San Miguel, su retorcido pasado, su reiterada costumbre de justificarse apelando a invenciones o patrañas muy propias de él. Otra: la naturaleza de mi propio trabajo. ¿Qué hacía yo? En el Ministerio mi labor era más bien política. Sí. Entre otros cometidos debía preparar, por ejemplo, los discursos presidenciales y hasta los de algunos ministros, bueno, su parte doctrinal, la reiteración de los principios básicos que sustentan el cambio, la ruta por la que tantos votamos. Había que investigar también los antecedentes políticos del régimen, su razón de ser. Me explico: el sentido de aquellas instancias históricas que significaron un proceso de avance, un punto de inflexión hacia la concreción, en nuestro régimen, de todo ese caudal político acumulado en el

tiempo. El esfuerzo, mi esfuerzo, cuajaría pronto en una serie de estudios destinados a ilustrar y concientizar a la opinión pública.

Pensé, y así se lo dije a San Miguel, que en mi trabajo no podía haber lugar para la corrupción. Allí solo pensábamos. Lo que producíamos era siempre altruista: las grandes palabras, la transformación de la realidad, las causas nobles, la transparencia de las cosas y los hechos. El ministerio ocupaba un ala del propio Palacio Presidencial. Mi oficina no estaba lejos del despacho del presidente. El ambiente en general era propicio para la reflexión. En torno reinaba casi siempre el silencio. Pasos furtivos, alguna aglomeración más bien silenciosa, respetuosa diría, el rumor de la fuente de agua en el patio central, la presencia hierática de los miembros de la guardia, sombras, no siempre reales, fantasmales a veces, que se extienden o avanzan por los corredores, en ciertos rincones o recodos. No, no podía ser partícipe del cinismo de San Miguel.

—Ya lo verás —dijo amigablemente al despedirnos. Pero antes había dejado caer una especie de sentencia, más que sorpresiva, alarmante—. Pero para que todo ello sea posible —expresó— es necesario acallar o reclutar a los indiscretos; ya sabes, la prensa, los jueces quizás, no sé, todos. Ya lo verás. No sé por qué, pero esas tres palabras, repetidas dos veces, se me antojaron un innecesario martilleo. Y, sin embargo, ahora siguen resonando en mis oídos como una lápida, sobre todo cuando

recuerdo que había una tercera razón creciendo, semejante a un embrión perverso en mi conciencia: al rebatir el sentido que daba a su confidencia el propio San Miguel, trataba yo acaso, en el fondo, de eludir a priori lo que presuntamente entrañaba. De alguna manera, por mera intuición, sentía que un nuevo tiempo de desprecio, de ignominia —lo consigné ya—, había comenzado. Ciego de mí, no quise reconocerlo. Lo rechazaba. Y pese a ello sentía muy adentro, negándome a creerlo, que las palabras de San Miguel venían, aun en su sencillez, de un infierno que amagaba por expandirse, por instalarse de modo avieso en la realidad que vivíamos. Porque esas mismas palabras presagiaban algo mucho más profundo, algo que hería, acaso muy levemente en aquellos instantes, mi propia conciencia: si era verdad la infidencia de San Miguel, tendía entonces a repetirse lo que siempre había sucedido en otras instancias históricas, bajo otros regímenes, cuando gobernaban varios de los canallas cuyas efigies se alinean cronológicamente en la galería de retratos presidenciales que cubre las paredes del salón principal de Palacio. Y eso no era lo de mayor importancia: lo que me hería y no obstante trataba de silenciar era su significado, su connotación: se trataba de que el proceso al que nos adheríamos tan entusiastamente no podía adolecer de tales hechos: la corrupción, el enriquecimiento a costa del pueblo. Era algo imposible de engendrarse en el seno del propio movimiento revolucionario. No, no era posible.

San Miguel habló de un plan meticulosamente elaborado. En ese plan entraban aquellos a los que había aludido, los jefes, las secretarías, el contador, los analistas, seres comunes y corrientes que, por sobre su vaciedad, podían formar parte o, al revés, ser alcanzados por ese designio, para entre todos sustentar, aún sin saberlo, lo que dije al empezar estos párrafos: lo que más temíamos. La palabra traición surgió leve como una larva en mi mente y me empeñé en acallarla. Inicié un ejercicio inédito: el de buscar las más insólitas justificaciones a lo que sucedía. No quería perder mi fe ni el abrigo que sentía se me brindaba. La esperanza, en fin.*

* Fragmento de los apuntes del profesor Enrique Pimentel Gómez, historiador, filósofo, gramático y crítico. Todos los papeles incautados en el despacho del profesor, incluyendo los respaldos de su ordenador, se encuentran ahora en manos de la Policía, como parte de una investigación.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Lo primero que Juan Antonio San Miguel alcanzó a percibir fue la extraña luminosidad en lo alto de la breve escalera de piedra. Algo en aquel resplandor entrañaba un no sé qué de sagrado, como si estuviese a punto de penetrar en un templo. Horas después se preguntaría, extrañado, sobre el porqué de tan repentina impresión, si era evidente que se trataba de la puerta principal de la casa, con seguridad entreabierta dada la índole de los acontecimientos.

Media hora antes, Daniela le había telefonado para comunicarle que Alberto San Miguel acababa de suicidarse. Demandó también su presencia, aludiendo a su condición de hermano mayor del occiso, condición que, para Daniela, tal fue su percepción, lo volvía responsable de la situación. En realidad, pensó un poco más detenidamente, su cuñada, más que una demanda, había formulado una suerte de súplica, un pedido de auxilio. Pero ella era así. Incluso cuando recababa apoyo o simple compañía, el tono que empleaba se tornaba admonitorio, casi imperativo. «Es obvio que reclame mi ayuda», se dijo, «el modo en que me lo pide ya no

me sorprende». Sin embargo, no pudo dejar de reparar en un detalle seguramente trivial aunque significativo comparado con la turbación y la ansiedad que le embargaban desde que recibiera la noticia: la serenidad de las palabras de Daniela, la claridad de su dicción, la ausencia de cualquier asomo de llanto o, al menos, de perplejidad.

Mientras detenía el vehículo vio, junto a la verja que separa la calle del pequeño jardín, los borrosos perfiles de unas cuantas personas, esbozados apenas en la confusión de una niebla incipiente. Pudo, no obstante, identificarlas: dos eran sobrinos directos suyos, hijos de una hermana mayor; el tercero, un pariente de Daniela, la viuda. El frío arreciaba y Juan Antonio corroboraba su huella en aquellos vagos lamparones que se dilataban a lo ancho del parabrisas. Accionó por un instante las plumas, pero la escena ante sus ojos no se aclaró más: sobre la acera, en tanto el auto terminaba de detenerse, persistía la incertidumbre acrecentada por la violencia de lo sucedido, el motivo por el cual llegaba él así, raudamente, turbada el alma, lleno de desasosiego y peregrinas elucubraciones.

En efecto, desde que recibiera la fatal llamada, una oscura desazón iba y venía dentro de él: la sospecha de que la decisión del suicida, su hermano, podía tener por causa a Daniela o algo vinculado a ella. «Ni siquiera llego a su casa —se dijo—, y ya encuentro un culpable: Daniela. ¿Por qué seremos así?», se preguntó,

buscando sacudir de su mente la peregrina sospecha. Y, sin embargo, no podía dejar de pensarlo, vagamente, intermitentemente. En el fondo, siempre guardó, sin razón valedera, reconocible, cierto resquemor hacia su cuñada. Cuando recapacitaba sobre ello, utilizaba deliberadamente esa palabra, resquemor, puesto que ninguna otra podía definir con exactitud lo que en verdad era solo una mezcla confusa de percepciones encontradas y diversas. Frente a ella, experimentaba siempre una especie de frialdad, algo como un flujo helado del aire que no precisaba bien si provenía de Daniela o de sí mismo, desde algún paraje crispado en el interior de su ser. Pensaba a veces que aquella molestia podía provenir más bien de una suerte de frustración no reconocida por él, jamás: la certeza de que en algún momento del pasado pudo desear que Daniela viese en él algo más que el hermano mayor de su marido, lo que no sucedería nunca. O quizás, recapacitaba, *en aquel momento del pasado* ella pudo captar el deseo incipiente en sus ojos y solo había respondido con esa frialdad primordial que él, ahora, extrapolando las cosas, juzgaba también, erróneamente suya. En realidad no podía menos que avergonzarse de lo que entonces, hace mucho tiempo, fue cierto: la atracción que ejercía sobre él la mujer de su hermano. Los años, felizmente, se encargarían de borrar el deseo, mas no esa perturbación absolutamente íntima, ese resquemor que, mientras conducía el vehículo, retornaba, macabro, inoportuno,

injusto, a la luz de la tragedia que la propia Daniela se había encargado de revelar.

Turbado aún por tales sentimientos, bajó del auto y saludó gravemente con los parientes agrupados junto a la puerta del jardín. Ascendió luego las gradas de piedra y atravesó la puerta principal de la casa, sin que le abandonara la misma extraña sensación: la de penetrar en un recinto sagrado. Adentro, abrazó a Daniela, a Lucía —media hermana de ella, «la inevitable Lucía», pensó—, y a cuantos se encontraban en las habitaciones cercanas al estudio, escenario de la tragedia.

A pesar de que naturalmente las circunstancias debieran haber obrado en contrario, Juan Antonio sintió de nuevo en Daniela, al abrazarla, esa renuencia, ese alejamiento súbito aunque impalpable, no perceptible para los demás. «Tal vez se siente culpable», se dijo, pero a la vez sintió o pensó en algo más desagradable: se supo un intruso. No tuvo tiempo de reflexionar sobre ello si bien no hacía falta. Era algo sobre lo cual había ya meditado muchas veces antes, precisamente en lo que atañía a sus relaciones con Daniela y, más aún, con Lucía —a quien, en rigor, no le unía ningún parentesco—; inclusive con el propio Alberto, su hermano. «Es un misterio —había pensado, más de una vez—, aunque predecible, casi ineluctable: la vida se encarga finalmente de distribuirnos a unos y a otros, estableciendo, fijando de manera arcana y hasta cierto punto inflexible la estructura de los nexos interhumanos, violentando muchas

veces su curso normal, el que denominaríamos lógico o natural». Juan Antonio lo había corroborado con respecto a sus vínculos con la familia de Alberto San Miguel. «Soy —solía decirse— su hermano. Pero solo eso. Mi relación con él y su familia íntima podría haberse desarrollado de otra manera. Por ahora no soy más que un pariente al que se encuentra de vez en cuando, esporádicamente, en tanto que ellos, su círculo, diríamos, se ha ido configurando a través de una serie de circunstancias, explicables unas, otras no, más bien fortuitas, en un decurso de renovadas aproximaciones, hasta devenir en un grupo de contornos reconocibles, gentes que usualmente se reúnen, comparten momentos y, con el tiempo, comienzan a ser partícipes de costumbres solo accesibles al grupo: señales, rituales, contraseñas, en fin, un conjunto de signos verbales y corporales que, al cabo, conforman un lenguaje propio de allí, de ellos, como si de pronto naciera un clan, una tribu nueva. Pienso que todo ello —concluía— puede ser producto del azar, pero tal vez me equivoque. Es posible también que responda a profundas corrientes subterráneas, indetectables e imperativas».

Ahora, mientras saludaba con quienes lo habían precedido en el lugar de los hechos en tanto avanzaba maquinalmente en dirección al escenario de la tragedia, el estudio, seguía asaltándole ese escozor, esa impresión de ajenidad, de estar fuera de aquel círculo, de ese clan que constituían la familia y los conocidos de Alberto,

todo ello en un sentido más bien incongruente, difuso, impropio: un avance que adquiriría de pronto, para él, una contextura de sueño, de pesadilla, las cosas desplazándose en torno con extraña lentitud, dilatándose al extremo, el corredor alargándose más allá de su real longitud y, al final, la puerta de madera y cristal que se abría como por sí misma, sin que mediara mano alguna, morosa, cómplice, en un lapso que se le antojaba insupportable, igualmente largo.

Al pie del escritorio, yacía el cuerpo. Incluso para un neófito en estos temas era evidente el suicidio: la mano del muerto sosteniendo aún la pistola lo atestiguaba. Durante varios minutos permaneció allí, absorto y solo, inclinado sobre aquel cuerpo, perplejo, incrédulo, el rictus del dolor congestionándole el rostro, cegándole casi. Más allá del dolor, lo inevitable, como el dolor mismo: «¿por qué?», se preguntaba. Alberto era un profesional de relativo éxito, sin problemas familiares, por lo que se sabía; un hijo estudiando en el exterior. ¿Qué podía haberle llevado a tan extrema decisión?

Aquella reflexión cambió, de repente, las perspectivas. Juan Antonio se irguió y el clima de sueño o de pesadilla se replegó hacia los confines de la estancia. En su lugar, recobró la lucidez y supo que debía actuar con realismo. Y con rapidez. Por algo había sido llamado por Daniela, justamente para que asumiera la responsabilidad de lo que debía hacerse. «Ante todo», se dijo, «no hay que tocar nada, puesto que se trata de una muerte

violenta y debemos esperar a que llegue la policía». Lo pensó sin saber si era lo procedente, si necesariamente en un caso así debía recabarse la intervención de las autoridades. Pero algo, un detalle tal vez insignificante, promovía su decisión. Por ello, buscó enseguida en el directorio telefónico, yacente en una mesilla junto al escritorio, el número de la Dirección General de Investigaciones. Pudo usar el teléfono del estudio, pero prefirió marcar el número en su celular. Comprobó en aquellos segundos vertiginosos que estaba solo en el estudio. Acaso por respeto lo habían dejado a solas con el hermano muerto. Llamó y casi enseguida una voz grave, imperiosa, contestó. Había acertado: el número correspondía a la jefatura de esa dependencia. Quizá, pensaría más tarde, la comunicación, a esas horas, pasadas ya las nueve y media de la noche, podía producirse sin pasar por la farragosa intermediación de las telefonistas de la institución. En todo caso, pudo reportar el hecho sin problemas, añadiendo lo que era de cajón: el lugar, nombres, la sospecha de que se trataba de un suicidio y no de otra cosa. Mientras informaba de todo ello al director jefe de Investigaciones, entendió la razón, es decir, el detalle que acuciaba la necesidad de indagar un poco más profundamente en los hechos. En la mano del muerto se alargaba, como recogida en sí misma, la pistola. Reconoció la marca: una Beretta, la misma que, en alguna lejana ocasión, Daniela había mostrado a los contertulios en una sobremesa. Recordaba que Daniela

tenía horror a las armas y por ello, había dicho entonces, guardaba aquella en un lugar absolutamente secreto, desconocido para todos, incluyendo el esposo.

Juan Antonio creyó pertinente agregar el detalle para conocimiento del jefe de Investigaciones. Ya antes de cerrar la comunicación, se sintió culpable, un canalla.

¿Obraba así para justificar la llamada? ¿O había intuido que en el fondo de los hechos anidaba algún secreto ominoso, algo que debía ser dilucidado, aclarado? ¿Quizás influía en ello inconscientemente esa antigua aspereza, aquello complejo y casi indecible que planeaba siempre, una y otra vez, en su relación con la mujer de su hermano? Una nueva forma de incomodidad, de inquietud, emergía difusa, entremezclada con el malestar letal que emanaba de aquella muerte: un estado de las cosas difícil de definir, de precisar, en tanto en sus adentros la larva de lo vil, de lo que no debía hacerse comenzaba oscuramente a obsesionarlo, a atormentarlo, aunque de un modo imperceptible, incipiente.

•

Eran casi las diez de la noche y el inspector Raúl Jiménez se disponía a acostarse, cosa rara en un noctámbulo como él, frecuentador de bares nocturnos y lector empedernido, a veces hasta muy avanzada la madrugada, costumbre más bien infrecuente entre los

funcionarios policiacos, a quienes no suelen interesar más que los asuntos técnicos propios de su oficio. Pero Jiménez se veía a sí mismo como un caso insólito.

Ya de pie junto al lecho, encendida la lámpara del velador, timbró el teléfono. «El maldito celular», pensó, «¿por qué no lo apagaría antes?». Su indignación era meramente retórica. Siempre que a esas horas o más tarde suena así, insistente e imperativo el odioso aparato, cualquier inspector de la Policía sabe que no puede tratarse sino de malas noticias, mas no tiene otro remedio que contestar. Inconscientemente Jiménez se resistió a hacerlo, pero era imposible: responder y dejarse instruir es una cuestión sine qua non para cuantos prestan sus servicios en la División de Investigaciones —en particular, Jiménez lo sabía, para los que prestan su nombre a la División, ¿o era ella la que les marcaba con esa extraña condición?: los investigadores—. «Eso somos», se dijo en aquellos instantes, «aunque se nos conozca o denomine con otros calificativos: inspector, detective y, de modo harto más común y peyorativo: pesquisas». Le molestaba el epíteto. Hubiese preferido —lo proponía a veces— algo más literario: pesquisidores, por ejemplo.

Como era previsible, resonó al otro lado de la línea una voz conocida: la del inspector jefe, García.

—Se trata de un suicidio —indicó—. No le hubiese molestado, pero se nos ha informado de ciertos detalles que me parece tenemos que investigar.

—¿Detalles? —inquirió Jiménez, molesto.

—Alguien de la familia nos ha transmitido muy discretamente sus dudas: el arma utilizada parece ser de propiedad de la esposa, del muerto, se entiende. Algo que en principio no tiene importancia, pero el hecho de que el informante haya llamado la atención sobre ello me dice que no debemos pasarlo por alto, ¿comprende, Jiménez?

No lo comprendía realmente, aunque intuía, en el fondo, la verdadera razón, inherente casi siempre a las disposiciones de García: si no tomamos en cuenta cualquier detalle por insignificante que sea, mañana la omisión puede convertirse en reclamo, en escándalo. Entendía entonces la preocupación de García y estaba de acuerdo.

—Y usted desea... —dejó a medias la frase. No quiso ser responsable de lo que de inmediato le iba a sobrevenir.

—Sí —dijo García—, me parece que debe ir lo más pronto a la casa del muerto y examinar todo aquello que nos asegure un criterio real sobre lo sucedido. Tome nota de las coordenadas.

Mientras el inspector jefe dictaba a través del teléfono las mentadas coordenadas, sentía ya en su cuerpo la sensación del frío de fuera: esa impresión de frío y tiniebla que se acentúa cuando debes salir a la intemperie por obligación, llevando en la espalda el estigma de

lo no deseado y, por ello, execrado. «Claro», pensaba difusa y fragmentariamente, «uno se dispone a dormir, a abrigarse en el lecho y cubrirse del frío exterior y, de pronto, en alguna parte, a un idiota se le ocurre accionar un arma, cualquier arma, y allí debe correr uno, helado, obligado, sin saber a lo que va, si al infierno o la muerte, sin saber si el trayecto será solo de ida, sin posibilidad de regreso».

Pocos minutos después, conduciendo su viejo Volvo del 67 camino a la casa del presunto suicida, casi se cumple la aciaga premonición: eso de no saber si regresarás o no a tu cubil. En efecto, absorto en las aún ambiguas razones que motivaban esa salida intempestiva en mitad de la noche, al tratar de cruzar una de las principales avenidas de la urbe felizmente desierta a esas horas, no alcanzó a percatarse del súbito paso del verde al rojo en el semáforo pendiente sobre la encrucijada. Tal vez —reflexionaría más tarde— no leyó a tiempo o no alcanzó a interpretar el brusco cambio de luces que se produjo ante sus ojos. Un camión recogedor de basura avanzaba por la avenida y cruzó rápidamente frente a Jiménez, que alcanzó a frenar a raya deteniéndose apenas a milímetros de la mole de hierro que, en un segundo, como en el advenimiento de una abrupta pesadilla, fue más bien una ráfaga de muerte alejándose en la desolada distancia nocturna.

Pasado el peligro y en tanto retomaba con extrema precaución la ruta hacia su destino, pensó —no sabía

por qué— en la posibilidad de haber enfrentado una señal, un anuncio relacionado con la fragilidad de la existencia. Desechó pronto tal delirio, pero tuvo un presentimiento: aquel incidente parecía enlazarse con la misión que empezaba a cumplir siguiendo las órdenes de García. De algún modo se volvía parte de la investigación y no tenía la menor idea del porqué de una conjetura tan imprevisible.

Serían ya las once de la noche cuando llegó a la casa del matrimonio San Miguel, una casa de dos pisos en un barrio residencial. Mientras detenía el auto observó la escena: tres personas conversaban junto a la puerta de entrada arrojando el creciente frío nocturno. Una motocicleta antigua, un auto cuya marca no alcanzaba a reconocer y un cuatro por cuatro permanecían parqueados más adelante. Un poco más allá, identificables por sus luces intermitentes todavía encendidas, se adivinaban dos motocicletas de la Policía, «una muestra de la diligencia a veces excesiva de García», pensó.

Algunas ventanas estaban encendidas y la puerta principal parecía entreabierta. Saludó con una inclinación de cabeza a los contertulios y se abrió paso empujando la puerta de hierro que daba al pequeño jardín delantero. La puerta chirrió. Al final de un corto sendero adoquinado, en lo alto de unas gradas se erguía la entrada principal: una ancha puerta de madera que, como había intuido, estaba entreabierta: dentro se avizoraba una extraña luminosidad, un ambiente que

se le antojó cargado de penumbras. «¿De incertidumbres?», se dijo.

Mientras avanzaba, adivinó algo en la oscuridad lateral del jardín. Mejor dicho, lo vio de reojo. Era, no cabía duda, el resplandor breve y casi imperceptible de un cigarrillo encendido desplazándose en el vacío como una luciérnaga. Surgió entonces, delineándose gradualmente, la figura de un hombre. Primero la mano, luego el rostro, y el oscuro sobretodo. Jiménez calculó su edad: alrededor de unos sesenta años.

—Inspector —dijo el desconocido—, permítame presentarme. Me llamo Juan Antonio San Miguel, hermano del fallecido.

Jiménez asintió con la cabeza y se disculpó por su tardanza en llegar.

—Me confundí un poco con la dirección —dijo.

—Entiendo —expresó Juan Antonio, mientras ascendía junto al inspector por las gradas de piedra—. He dispuesto que no se toque nada hasta su llegada.

—Ha hecho bien —contestó Jiménez.

Pronto, franqueando con cierta cautela la ancha puerta de entrada, se halló frente a frente con una mujer a la que el hermano del occiso identificó como la viuda. Era una mujer de edad indefinible. «Tal vez cincuenta, quizá más», pensó maquinalmente. «Aún más, seguro», reflexionaría después en su cuarto. En cuanto al rostro, ningún juicio certero era posible emitir en aquel

instante, excepto en relación con un detalle evidente: la demacración de la piel. «La muerte, quizá la luz», supuso. La incerteza quedaría luego consignada en sus notas junto con otro dato, igual de irrelevante y que sin embargo, por alguna razón, no podía dejar de registrar: intuitivamente, oscuramente se le antojaba el indicio de algo difícil de dilucidar, en principio al menos. Se trataba de lo que vestía la mujer: un traje negro, casi de cóctel, la falda un poco alargada bajo las rodillas. Un detalle insignificante, anotaría, «pero que no ha podido sino sorprenderme». Sin mayores preámbulos, la flamante viuda le condujo al estudio, seguidos ambos por un cabizbajo Juan Antonio.

Lo que vio parecía muy convencional: el hombre, es decir, el cadáver, tendido en el suelo de modo tangencial a la línea del escritorio. De la sien derecha, la sangre, coagulada ya, parecía seguir manando como para siempre, acrecentándose en aquella mancha ocre extendida sobre el piso de madera. En la mano, la pequeña arma: una Beretta. Recordó lo que le había advertido García: la pistola era de propiedad de la esposa. Se preguntó: «¿qué puede haber de extraño en ello?». Más tarde, determinados datos sobrevinientes avalarían la supuesta extrañeza por sobre las suposiciones elementales y sin sustento —en la perspectiva de Jiménez— del inspector jefe.

De lo que vio, únicamente le fue posible deducir algo inequívoco: Alberto San Miguel, en efecto, se

había suicidado. Su posición, la dirección de la mano, el gesto del rostro, todo avalaba una presunción semejante. Así lo afirmaban los dos policías que habían acudido antes de Jiménez y de cuya presencia solo pudo percatarse al retirar la vista del muerto. En cualquier caso, habría que esperar las conclusiones de los técnicos forenses, que llegaron un poco después para iniciar enseguida su trabajo. Jiménez había hecho ya las observaciones que le correspondían. Casi inconscientemente, por encima de la desapasionada opinión de los técnicos, tuvo la impresión de que algo más clamaba por ser revelado, algo irracional, amenazante, oscuro. Desconocía si entre las circunstancias que rodean a un suicidio, había alguna que pudiera promover la configuración de un delito penal, pero el rostro petrificado de Daniela, la viuda, le inducía a creerlo, tanto como la atmósfera prevaleciente en el estudio, una densidad, un cierto aire que, presintió, debía estar expandiéndose por toda la casa. Le agobiaba una rara sospecha, una sensación: la de que en aquella casa, poco antes o, mejor dicho, con antelación al suicidio, hechos innominados, no usuales, habían sucedido. No sabía por qué, de repente, le sobrecogía la sensación de estar en presencia de algo más que el enigma, aún no descifrado, que entrañaba no solo ese suicidio específico, el cometido horas antes por San Miguel, sino, en general, todo suicidio. Al salir del estudio creyó entender en la perturbada mirada del hermano, aquel hombre llamado Juan Antonio,

una impresión similar y no supo, no pudo explicarse el motivo. Cuando más tarde, cumplidos los trámites de rigor, abandonó la casa, el extraño efecto se acrecentó, persistente: presintió que al cerrarse tras él las puertas de la casa de la familia San Miguel, permanecía a sus espaldas, dentro, indescifrable, indeleble, el misterio. Y no sabía por qué, pero imaginó brevemente que más allá de esas puertas un fuego antiguo iluminaba tenebrosamente el interior de la vivienda.



Una vez en su apartamento, poco después de las doce de la noche, dudó Jiménez entre irse a acostar o iniciar la elaboración del informe que debía presentar a García al día siguiente. El deber triunfó en primera instancia: se sentó a la mesa de trabajo y acometió la tarea de poner en orden sus notas, transcribiéndolas en el formato propio de los partes policiales. Siempre que regresaba de alguna misión persistía en el rutinario ejercicio: testimoniar sus impresiones en el papel con un dejo de urgencia, antes de que la memoria, falaz, comenzara a desfigurarlas.

En sus notas había detalles a primera vista irrelevantes, pero que de todos modos se enlazaban con su estado de ánimo: la sospecha de que el suicidio de San Miguel encerraba algo más que la incidencia sobrecogedora de su

cuerpo tendido en el piso del estudio. En primer lugar, reflexionaba en esos momentos Jiménez, San Miguel no había dejado ninguna nota explicativa de su decisión de suicidarse, pero no pasaba de ser una hipótesis por confirmarse: para ello había que esperar a que fuesen examinados todos los papeles de su escritorio, tarea que precisamente le correspondía y que nunca fue de su gusto. De una primera incursión en dicho mueble, había encontrado un cúmulo de abigarrados legajos, todos amontonados en las diversas gavetas, sin orden. Carpetas y documentos formaban un todo aparentemente caótico: cartas, recortes de diarios, fotografías, invitaciones a actos sociales, revistas, manuscritos, recetas médicas, facturas, papeles en blanco. Se veía que San Miguel no era un modelo en cuanto al orden de las cosas, excepto en un aspecto de sus actividades del que fue informado oportunamente por Juan Antonio, el hermano: al parecer, el ahora occiso ponía especial cuidado en sus servicios como contador registrado en distintas empresas, públicas y privadas. En una suerte de contraposición inexplicable con el caos del escritorio, en frente se erguía inmaculado uno de esos archivadores de metal, rectos y severos. Para abrirlo hubo que hurgar en los cajones del escritorio. En uno de ellos, situado en lo más bajo del mueble, ocultas en una cajita insignificante estaban las llaves. El contraste con el panorama del escritorio llamaba la atención: en sus estanterías reposaban perfectamente alineadas otras

carpetas, todas dispuestas en rigurosa sucesión alfabética, contentivas cada cual hasta el aburrimiento de lo previsible: informes técnicos, documentos anexos llenos de cifras, cuadernos de contabilidad —intocados, muchos de ellos—, copias de reglamentos y leyes, manuales, escrituras, contratos.

En principio, el inspector sintió una aguda renuencia a hacerse cargo de ese aséptico conglomerado de fríos y repetitivos papeles. Siempre habrá tiempo para examinarlos, se dijo, y pensó en que una labor como esa debía ser confiada a personal especializado: contadores como el suicida seguramente. Se centró entonces en el farragoso panorama de la mesa de trabajo de San Miguel. Su instinto de sabueso le decía que en ese caos y, a pesar de ello, era posible encontrar alguna clave, indicios que se ocultaban justamente allí, agazapados entre las carpetas o en el doble fondo de una gaveta perdida. Era sorprendente, de todas maneras, que un hombre tan cuidadoso en su trabajo principal como se evidenciaba en el orden matemático del archivador, fuese al mismo tiempo tan imprevisible, tan poco sistemático en los restantes aspectos de su vida. Sin embargo, recapacitó también Jiménez, suele suceder que cada ser humano conoce lo suyo, por lo que bien podría deducirse que todo aquel amontonamiento de papeles respondiera a arcanas clasificaciones, a secretas sistematizaciones que solo él, el suicida, sería capaz de descifrar. O pudo también suceder, no dejó de especular Jiménez, que hubiera

un momento de violencia antes de que tomara su fatal decisión.

Esta última especulación pareció primar sobre las demás, mientras su mirada, proyectándose en aquel revoltijo de papeles, se posaba insistente en una carpeta apenas oculta en un costado del escritorio. Parecía como si del centro de la confusión reinante emergiera una llamada, una advertencia. Casi sin pensarlo, en una suerte de *in promptu*, tomó el legajo. Se trataba de un cartapacio de los antiguos cruzado por una cinta azul, que conservaba en su interior unos cuantos papeles manuscritos. Se apoderó también de otros dos legajos que por allí yacían, con la intención —se dijo— de adelantar en lo que fuere posible tan indeseado trabajo: eso de ponerse a revisar los documentos dejados por el occiso.

Jiménez reivindicó ante la viuda su derecho, en cuanto representante de la Ley, a quedarse con las llaves del escritorio y del archivador, cerrando gavetas y portezuelas, en tanto que los dos policías, obedeciendo sus órdenes, marcaban ambos muebles entre las cosas que no debían ser manipuladas por nadie más que no fuesen los miembros de la Policía. «Nos reservamos el derecho de examinar todos los documentos en los días que vienen», advirtió.

Un raro presentimiento le llevó, por otra parte, a abrir una vez más el mueble archivador y revisar, muy por encima, algunas de las carpetas. Una, al menos,

llamó poderosamente su atención, pero dudó en agregarla a los legajos extraídos del escritorio. En el lomo del abultado cartapacio se leía claramente, escrita a mano, la siguiente leyenda:

Casos delicados

La letra del finado San Miguel era clara y trazada con cierta firmeza. «Un rasgo de carácter que, a lo mejor o a lo peor, habría que consultar, si hubiese necesidad, con algún grafólogo», atinó a decirse Jiménez. Sobre si se llevaba o no la carpeta, dudó un momento: «dejemos que manos más expertas que las mías se encarguen de esto», pero finalmente decidió lo primero.

Pese a todo ese trasiego, que cumplía de un modo más bien burocrático, propio de las obligaciones oficiales, seguía gravitando entre sus preocupaciones el detalle relativo a la pistola de la esposa. Tuvo ocasión de saber algo más del tema al salir de la casa de los San Miguel, seguido de Juan Antonio. Allí, en la puerta de calle, seguían las tres personas con las que se cruzó a su llegada. Juan Antonio se encargó de presentarlas.

—¿Sobrinos carnales suyos? —preguntó a Juan Antonio.

—En efecto —contestó el aludido—. Son de una hermana mayor. Ella no sabe nada de esto, todavía. Creemos que será mejor que no lo sepa: tiene principios de alzheimer.

—Comprendo —dijo Jiménez—. Lo siento.

El tercero era un primo de Daniela, la viuda.

El inspector juzgó que no podía desaprovechar la ocasión para conocer pormenores, percepciones o conjeturas que, finalmente, le ayudaran a tener una visión más cabal de los hechos. Desde su perspectiva profesional, los parientes, incluso los lejanos, y hasta los curiosos, que nunca faltan, suelen ser fuente de indicios que no pocas veces conducen a la verdad. Pero pueden también, sin discernimiento frío y absolutamente objetivo de los datos que aportan, llevar a conclusiones equivocadas. Estaba preparado para ello. Sabía además que la hora, el frío y la conmoción natural que provoca un suicidio predisponen a quienes tienen algo que decir, a franquearse. Y más aún si mediara algo de licor, como sucedió enseguida: el primo de la viuda sacó del bolsillo interno de su chompa una caminera. No tardó en ofrecerle el primer trago, que aceptó gustoso. Se trataba de un licor fuerte, un ron, «muy oportuno», pensó, «para este frío», y para el momento que vivían. Jiménez, enterado ya de la llamada de Juan Antonio San Miguel a García, suponía que habría aludido a la cuestión relativa a la tenencia del arma. Lanzó un sondeo comprobatorio entre los tres jóvenes parientes, pero ninguno, excepto Juan Antonio, estaba al tanto de la existencia de un arma de fuego en la casa. Es más, la viuda era conocida por su aprensión y su terror ante todo tipo de armas. Era de aquellas personas, señaló el primo de Daniela, que, llegado el caso, se negarían a tener alguna en su casa.

—El tema —recordó uno de los sobrinos de San Miguel— fue objeto de conversación hace algunos meses, a propósito de la ley que prohibía la tenencia de armas en manos particulares. Me parece haber escuchado entonces a Daniela que, si de todos modos se viese obligada a recibir en custodia un revólver o una pistola, lo guardaría en el lugar más secreto posible, allí donde ni su marido pudiese encontrarla.

—Y creo que fue así —enfaticó el joven pariente.

—¿Será posible que Alberto San Miguel desconociera la existencia de la Beretta? —se preguntó el inspector—. ¿Cómo explicar que hubiese aparecido de pronto en su mano? —se interrogó, volviéndose hacia Juan Antonio, que inmediatamente supuso que Jiménez sabía desde un principio quién era el autor de la alerta sobre el origen del arma. Se sintió obligado a explicarse:

—Bueno —dijo—, las cosas no son tan tajantes como ustedes creen. En alguna oportunidad, y de esto hace ya mucho tiempo, Daniela aludió a la existencia de la Beretta. Según entendí, le había tocado como parte de su herencia, entre las cosas que heredó de su padre quiero decir. Sí, lo recuerdo claramente, Inspector. Estábamos los tres: mi hermano, Daniela y yo. Alberto se mostró realmente sorprendido y quiso saber los detalles, mas ella se negó. Dejó en claro que nadie, ni ella misma, vería jamás el arma. Pero cometió un error: sin darse cuenta aludió a la marca, una Beretta, y yo, al verla

en la mano de Alberto, recordé lo dicho, lo dicho por ella.

Hubo otro detalle que, desde que llegara a la casa, concitó la curiosidad de Jiménez. No había preguntado al respecto por temor a ser impertinente. Sin embargo, animado por el rumbo que tomaba la conversación, allí, en el frío de la medianoche, junto a la verja de entrada, dejó caer el interrogante, desapasionado y preciso. Se refería a la presencia, junto a la viuda, de una mujer también de mediana edad y que imaginaba debía ser una pariente cercana: el parecido entre los rasgos de una y otra mujer abonaba a su presunción. Igual que Daniela, vestía de negro, lo que prestaba a su apariencia un dejo solemne. E incongruente, observó para sí mismo Jiménez. «Tan formal, tan deliberado, así, de pronto». Pero lo que realmente llamó su atención fue la dureza de su mirada, una mirada que tornaba a su rostro en una máscara pétrea, marmórea, casi escalofriante, que lo perturbaba aún más cuando inconscientemente la relacionaba con el cadáver, como si la ofendiera o la irritara.

«Todo esto es obra de mi deformación profesional», se dijo para sacudirse, inhibiéndose de preguntar mientras estuvo al interior de la casa y frente a la viuda. Los manuales de urbanidad no dicen nada sobre lo que debe hacerse en casos como el que Jiménez acababa de protagonizar, pensaría luego, en el transcurso del insomnio, entre dormido y despierto, cuando recordaría fragmentariamente su llegada al lugar de los hechos.

Una voz que no era la suya le susurraría, entremezclada con las imágenes distorsionadas del duermevela, que no, que no cabían allí las presentaciones de rigor u otro tipo de cortesías, salvo la elemental de facilitar la tarea al funcionario que se apersona en nombre de la autoridad.

Reviviría al mismo tiempo la incomodidad que de súbito le había embargado al despedirse de la viuda, cuando en el instante de salir debió cumplir con el canon, ese sí exigible para aquellos momentos, de advertirle que al siguiente día, por la tarde, no podría sino molestar a quien fuese necesario con algunas preguntas. Explicó que, aunque se tratara de un suicidio, como se deducía de lo que allí estaba a la vista, la autoridad tiene obligatoriamente que clarificar todas las circunstancias que rodean al hecho. «Es nuestro deber», enfatizó y anunció también que pronto llegarían los funcionarios de la morgue a fin de llevarse el cadáver para la autopsia de rigor. Seguido por la mirada de hielo de la viuda atravesó la puerta, escoltado por Juan Antonio San Miguel.

Una vez abajo, entre aquellos parientes del muerto, y luego de los intentos de dilucidación sobre la tenencia de la Beretta, se interesó por indagar acerca de la probable hermana de Daniela San Miguel. Sus interlocutores no tardaron en contestar:

—Se trata de Lucía, hermana de padre de Daniela
—le informó su primo.

—Son muy unidas —dijo uno de los sobrinos—. Sobre todo desde que Lucía sufrió un accidente que casi la lleva a la tumba. Entonces ambas se acercaron y son, más que hermanas, amigas.

El primo de Daniela insistió:

—Son hermanas de padre, pero en distinta madre.

—Es obvio, pero explíqueme un poco más —inquirió Jiménez.

—Daniela es lo que antes se decía hija legítima, de matrimonio. Lucía, en cambio, fue el fruto de una relación anterior de su padre. Por mucho tiempo no hubo contacto entre ellas, por lo menos de lo que se conoce. Hasta que, según parece, a raíz del accidente, o porque una de las dos, tal vez Lucía, buscó a la otra, comenzaron a visitarse.

Jiménez intuyó en el fondo de sus palabras una cierta animosidad: «una de las dos, tal vez Lucía, buscó a la otra». De todos modos, prosiguió su pesquisa:

—Ella, Lucía, ¿vive aquí?

—No —contestó otro sobrino—. Lucía es viuda, tiene su propio departamento, pero con Daniela, bueno... están casi siempre juntas.

—Tuvo un accidente, dicen ustedes: ¿qué clase de accidente? —preguntó.

—Fue hace algunos años, un accidente automovilístico —continuó—. Me han dicho que ella venía

manejando por una de las vías laterales que desembocan en la autopista, y al salir de golpe sin tomar las precauciones del caso, fue arrastrada, digo, arrastrada en su vehículo varios metros por otro que en ese momento cruzaba a mucha velocidad. Debe haber sido horrible. Tardó algunos años en recuperarse, en rehabilitarse, digamos. Pero ha quedado bien, al final.

—Bueno, al menos en apariencia —dijo el primo de Daniela.

Un breve escalofrío recorrió el cuerpo de Jiménez al enterarse del accidente de Lucía, recordando el camión recolector de basura que horas antes casi lo arrastra mientras venía en su auto a la casa de los San Miguel. Sin embargo, se inquietó más por la insinuación del primo de la viuda. ¿Se trataba de una incongruencia o encerraba un enigma, una advertencia quizás? Volvió a sentir la extrañeza que le asaltaba cuando se encontraba con desconocidos entre quienes parecían fluir secretos solo conocidos en el seno del grupo y no por intrusos como él, en este caso.

—Sí, bien —dijo maquinalmente, impelido por aquella impresión de ajenidad y también por otra, paralela, quizá confluyente y cuyo origen no lograba precisar. ¿Procedía del físico o más bien del gesto, que persistía en su memoria, de la mujer llamada Lucía? ¿De qué se trataba? ¿Era su rostro, la torsión de su cuerpo inclinado sobre el cadáver del suicida? ¿El matiz de su piel? Algo fijaba en su ser oscuras, inopinadas pulsiones.

Tampoco supo por qué formuló, no una pregunta, sino una especie de aseveración que procuraba ser ratificada:

—Entonces, ¿Lucía es la mayor?

—Sin duda —contestaron, casi al unísono, los dos sobrinos.

Los datos acerca de la media hermana de la viuda le resultaban contradictoriamente irrelevantes. Decidió entonces dar un giro de ciento ochenta grados al improvisado interrogatorio que transcurría allí, en la acera, en medio del frío y la noche y formular la pregunta obvia, la que cualquiera hubiera considerado de cajón:

—¿Tienen ustedes alguna idea de por qué Alberto San Miguel se ha suicidado?

Ninguno de ellos estaba en condiciones de aventurar una explicación. El primo de Daniela solo atinó a pergeñar algunos detalles que, en lugar de ayudar a una posible clarificación de los hechos, los tornó más enigmáticos por no decir increíbles, dadas las circunstancias.

—Es difícil de creer —dijo, precisamente—. Sí, lo que menos hubiéramos podido pensar es que Alberto San Miguel estaba por suicidarse. Según conozco, si bien se había desligado ya de su trabajo con el gobierno, estaba lleno de contratos y de relaciones. No se puede decir que tuviera problemas económicos. Llevaba una vida muy activa y hasta, creo, debía tener por allí alguna amiguita, bueno, ustedes ya saben —afirmó

dirigiéndose a los demás, levantando con cierta energía su brazo—, no habría sido nada raro.

Uno de los sobrinos terció:

—Sin embargo, parece que las relaciones entre él y Daniela se habían deteriorado en los últimos días. Me lo ha dicho la empleada. Según ella, se sentía en el aire una evidente hostilidad por parte de Daniela. Pero hay que tomar con pinzas su punto de vista.

—¿Por qué? —preguntó el inspector.

—Usted sabe, las empleadas fantasean a veces... Sin embargo, algo de verdad puede haber en ello.

—¿Y con la hermana? ¿Usted ha podido detectar algo especial, algún disgusto, alguna discrepancia que pudiese influir en las relaciones del matrimonio? —inquirió Jiménez.

—De lo que me ha contado la empleada —indicó el sobrino—, se diría que Alberto se estaba alejando de las dos hermanas.

Reflexionando en las posibles verdades ocultas detrás de tales infidencias, Jiménez determinó la importancia de interrogar al día siguiente a la empleada de la casa y, ¿por qué no?, a la propia Lucía. En algún punto no dilucidado de su ser, una suerte de sospecha, que se volvía casi certidumbre, había comenzado a carcomerle, a acosarle. Sin argumento que pudiera sustentarlo, basado solo en su intuición, pensó que tal vez lo que había visto, aquella evidencia de suicidio, podía ser falsa.

O por lo menos, pensaba, si bien San Miguel se había en verdad suicidado, algo más oscuro parecía incubarse tras su macabra decisión.

Por el momento, era evidente que entre aquellos contertulios de media noche nada estaba claro. Por ahora no era posible averiguar nada más. Pero no cabía duda de que algo incognoscible, algo que atañía a las relaciones entre los esposos, algo encubierto quizás, por sobre ellos y más allá de ellos, podía haber gravitado en la resolución fatal, la última, de Alberto San Miguel.

CAPÍTULO DOS

A Juan Antonio San Miguel no le fue posible conciliar el sueño por el resto de esa noche. Una vez que el inspector Jiménez hubo partido, subió lentamente hacia la puerta de entrada. Tras el portón entreabierto aguardaban las dos hermanas. Era ostensible que habían permanecido allí, escuchando la conversación entre el inspector y los parientes. Juan Antonio no se sorprendió. Solo dijo que iba a esperar un poco más, hasta que llegaran los empleados de la morgue.

En efecto, unos veinte minutos después llegó un vehículo con luces intermitentes. Acudieron a su encuentro los dos policías enviados por García. Ante la expectativa de los presentes, dos operarios sacaron del vehículo una camilla, de esas que se usan para transportar enfermos y heridos, y penetraron raudos en la casa. Fue un momento duro para los familiares del suicida, sumidos de repente en un clima de invasión y de vértigo: el entrecruzamiento de impresiones visuales, auditivas, incluso olfativas; los agentes de la morgue desplazándose hacia el estudio, precedidos por los

policías y la camilla, refrendando, subrayando en su trayecto la tragedia; enseguida, para quienes permanecían fuera del estudio, el lejano rumor de aquel sordo trasiego entre la camilla de la morgue y el cadáver de San Miguel; luego, los operarios apareciendo otra vez, llevando sobre la camilla el bulto previsible, la sábana envolviéndolo, ajustado el conjunto por tiras de *más-king*, como un paquete más. Finalmente, mientras la sirena del automotor de la morgue se aleja en la noche y los policías hacen resonar sus motocicletas al ponerlas en marcha, la certidumbre de una redoblada desolación se instala en el interior de las habitaciones, la certeza de que uno de sus habitantes se ha ido definitivamente. Frente al silencio, frente al vacío, las inevitables preguntas, el desconcierto, la duda, el frío abrazo de lo inhóspito, de lo impredecible.

Alcanzado por ese súbito vacío, Juan Antonio deseó irse de allí lo más pronto. Afortunadamente entraron también a la sala los parientes que hasta entonces habían permanecido afuera, a la intemperie. Todos estaban acordes con que, por esa noche, no restaba nada por hacer y que lo mejor sería irse cada cual a su casa. Juan Antonio pidió a Daniela y Lucía que se fueran a descansar. Era obvio que Lucía no dejaría sola a su hermana. Eso era un alivio, una excusa para que todos se despidieran con la promesa de ayudar a la mañana siguiente, desde muy temprano, en los trámites de rigor. De hecho, Juan Antonio sabía que él sería el principal

encargado, seguramente el único en cumplir con todo el trajín que contraen hechos como el sucedido, si bien aquello del suicidio podía conllevar —se dijo, aprensivo— incidencias no usuales, desconocidas.

De vuelta en su departamento, María Isabel, la esposa, le esperaba despierta, angustiada y ávida de noticias. Era previsible y absolutamente necesario hablar acerca de lo que acababa de cernirse, como una tromba de tormenta, sobre la familia.

—Me es difícil asimilar lo que ha pasado —dijo Juan Antonio—. Me parece imposible. Alberto. Él, siempre tan seguro de sí mismo. Tan comunicativo. Si hace poco que hablé con él, no denotaba ninguna aprensión, nada por lo que pudiera uno sospechar que estaba por suicidarse.

—Tal vez no lo estaba —dijo María Isabel—. ¿Cómo pudo alguien como tu hermano, alguien que ganaba bien, sin problemas económicos, alguien lleno de proyectos, y tan mujeriego además, porque lo era, ¿no?, ¿suicidarse?

—Es un misterio —dijo Juan Antonio.

—¿Se habrá suicidado? —preguntó María Isabel—. Ojalá hubiese ido yo también, habría notado algo.

—¿Algo, de qué? —inquirió, alarmado, Juan Antonio.

—Bueno, algo. ¿Qué reacción tuvieron ellas, Daniela, y... su hermana?

—Debo convenir en que no parecían especialmente dolidas. Bueno, Lucía no tenía por qué estarlo. Pero Daniela, sí, me sorprendió un poco, estaba más fría que nunca, inmovible.

—Qué raro, ¿no? —dijo la esposa.

—Pero —arguyó Juan Antonio—, una situación así es impredecible. Uno puede reaccionar de una manera o de otra. Es posible que Daniela asuma todo el dolor de lo sucedido más tarde. Por ahora debe estar tan violentamente sorprendida como nosotros, que su actitud es la de todos, la mía incluso: desconcierto, rechazo, incredulidad, afán de buscar una explicación a algo tan terrible y no deseable para nadie.

—Puede ser —comentó María Isabel, imprimiendo en el tono de esas dos escuetas palabras un no sé qué de escepticismo, de duda intencional, calculada. Casi de ironía.

Pasaron las horas de la madrugada pergeñando las posibles razones que podían haber llevado a Alberto San Miguel a su fatal decisión y, entre una y otra, fueron también construyendo, o reconstruyendo, puesto que no era la primera vez que lo hacían, desde la perspectiva de cada uno, fragmentariamente, el perfil de los personajes directamente involucrados en la tragedia: Daniela, la viuda; Lucía, la media hermana; el suicida.

—Creo —especuló en cierto momento María Isabel— que Alberto tenía algo en su interior que le

carcomía, que le atormentaba. Pero no sé, es apenas una sospecha sin base alguna.

—¿De qué se trata? —preguntó el esposo.

—Creo que tiene que ver con la edad —dijo María Isabel—. Y con la forma de ser de Alberto, con la de todos los hombres, mejor dicho.

—¿Todos los hombres?

—En cierto modo —expresó la mujer—. Y a cierta edad. Creo, me parece, que Alberto andaba muy preocupado en cuanto a su condición de hombre, digo, de macho. Ya sabes, siempre fue un mujeriego. Es más, tú mismo te reíste muchas veces al ver a tu hermano alardeando de sus conquistas, reales o no.

—Más imaginarias que reales —subrayó Juan Antonio—. Y, en honor a la verdad, nunca fue muy claro al respecto. Más bien lo insinuaba, dejaba que los demás nos imagináramos lo que podía ser o no verdad, finalmente.

—¿Como aquella vez que trajo de Río de Janeiro una fotografía de una opulenta bailarina sentada en su regazo, medio abrazada a él? —recordó María Isabel.

—Sí —sonrió Juan Antonio—. En realidad se trataba de una foto de esas que en los shows nocturnos se toman las bailarinas con los turistas y estos se llevan como recuerdo.

—No hace falta que me lo aclares —repuso la mujer—. Pero el hecho es que Alberto quería hacer creer

que se trataba de una conquista. Recuerdo cómo sonreía. Enigmático y al mismo tiempo, ¿cómo diré?, insinuante, lleno de vanidad en el fondo. En todo caso —dijo María Isabel a modo de conclusión—, lo esencial es que creía que todo le sería permitido solo por ser eso, un hombre.

—Pero eso qué tiene que ver con...

—Tal vez nada, pero estoy tratando de entender por qué Alberto, tu hermano, se suicidó. ¿Por qué lo hizo? Quizá, si pensamos un poco más, aparezca algún indicio, algo que no sabemos.

—Evidentemente no lo sabemos. Pero quisiera saber si tú tienes alguna idea.

—Me han contado —contestó María Isabel— que tu hermano podía hallarse en un estado de depresión o de incertidumbre, quizá no muy profundo, pero sí suficiente para que se resolviera, junto con otras cosas que no sabemos, es evidente, a tramar su propia muerte, es decir, su suicidio.

Juan Antonio intuyó que María Isabel había estado conversando sobre lo sucedido mientras él se encontraba en casa de su hermano, y «quién sabe con quién», se dijo, «quizá con algún pariente, con una de sus hermanas», pero no quiso ahondar en el asunto. Solo preguntó:

—¿Qué te han dicho?

—Me han dicho que últimamente ha enfrentado situaciones humillantes y, lo peor, públicas, situaciones que podrían evidenciar algún problema de personalidad, esto es, de orden psicológico. En una reunión de ejecutivos, una reunión social, me dicen, seguramente de alguna de las empresas con las que trabaja, se propuso conquistar a una joven, no sé si agraciada o no, eso no interesa, en todo caso, una secretaria. La muchacha, al parecer, se manifestó renuente a sus aproximaciones lúbricas. No solo renuente, sino que enfáticamente le hizo saber que no le interesaba nada con él, un hombre mayor, alguien que simplemente no era para ella. Alberto, seguramente, no entendió el porqué de la negativa. No aceptó que una joven, una simple secretaria, pudiera rechazarle. En una conversación posterior con alguien que estuvo presente en el incidente, aventuró una explicación: «pobre —parece que dijo—, debe estar llena de prejuicios, de inseguridad, de otro modo no hubiera dudado en irse conmigo. Pobre».

—Es posible —prosiguió María Isabel—, que incidentes como ese se hayan producido en otros momentos. Es posible que, al sucederse con cierta frecuencia, le hayan llevado a un estado de desconfianza en sí mismo, qué sé yo, de frustración, de pérdida de los parámetros en los que ha basado siempre su forma de ser.

—Es posible que esas cosas hayan sucedido —comentó Juan Antonio—, pero no las veo suficientes para llevar a una persona como Alberto al suicidio. Tiene

que haber algo más, algo que le haya puesto en un callejón sin salida. Ojalá pudiéramos averiguarlo. ¿Sabes?, me siento culpable, no sé por qué. Por eso me es necesario saberlo.

«O quizá sea mejor que no», pensó.

—Tienes razón —acometió María Isabel, a quien esta índole de elucubraciones podía llevar a sacrificar todo el tiempo, incluso el destinado a dormir—. Pero me han hablado de otras posibilidades. Nada concreto, en realidad. Meras sospechas. Me han dicho, por ejemplo, que Alberto estaría más que comprometido en los casos, bueno, los escándalos de corrupción que ahora, tú sabes, están saliendo uno tras otro a la luz. Es posible...

—No, no es posible —acotó, terminante, Juan Antonio—. Si alguna vez cometió un error, tú y yo lo sabemos, no creo que haya vuelto a hacerlo. No creo. Yo lo sabría.

María Isabel pareció darse cuenta de la gravedad que entrañaban conjeturas como la que acababa de señalar y calló. Pero siguieron, de todos modos, elucubrando en torno a un tema que les atañía tan directamente. En ello se les pasó gran parte de la madrugada. Juan Antonio necesitaba dormir pero no lo lograba. Advertía con creciente aprensión el advenimiento de un día agitado y confuso, una jornada difícil de afrontar desde el insomnio, pesando sobre él, igual que el aliento de un ave

maligna, la certeza de aquella muerte indebida, la de su hermano.



Jiménez avanzó sin mayor contratiempo en la redacción del informe. Era ya una costumbre: la transposición a la aséptica extensión de los formularios, en palabras desapasionadas, precisas, de lo que juzgaba esencial entre todo aquello vivido en las horas previas: este caso, la llamada intempestiva de García, el arribo a la residencia escenario de la tragedia, los nombres y vinculaciones familiares de quienes allí encontró, una síntesis de sus testimonios, «siempre preliminares», anotó, sus propias aprensiones y sospechas.

El reloj de pulsera marcaba ya la una de la madrugada y pensó que para la complementación del informe debía antes revisar los papeles de San Miguel confiscados por él en el curso de su incursión al lugar de los hechos. Casi con asco procedió a abrir la primera de las carpetas. Un cansancio atroz, sin embargo, le impidió continuar. Se levantó y, para darse ánimos, fue al mueble que hacía de bar, un antiguo tabernáculo de madera comprado por su padre años atrás a un párroco corrupto. Sacó una botella de ron a medio consumir. Escogió el ron para seguir la secuencia iniciada en la puerta de los San Miguel, aquel sorbo vivificador ofrecido por el

primo de la viuda. Pensó en aquellos contertulios que a lo mejor estarían todavía allí, agrupados y transidos de frío. El fuerte licor no produjo en él, pese a todo, estímulo alguno. Devolvió la botella al precioso mueble, «el único de alguna calidad que poseo», pensó, como cada vez que debía abrirlo o cerrarlo, intentando abstraerse de las dudas que sobre su antigüedad tuvieron siempre él y su padre. Sin más trámites, se fue a la cama.

Durmió profundamente por unas dos o tres horas, mas, en cierto momento, algo que venía de la noche, de algún lugar cercano aunque innominado y secreto, lo despertó. Luchó contra ello por un lapso impreciso, largo y vertiginoso. Su cuerpo se negaba a incorporarse, a despertar del todo. Pero el acoso persistía: era como una llamada, una visión informe, de contornos difusos. En una especie de delirio desfilaron por su mente, deformes, distorsionadas, las imágenes de esa noche que todavía no terminaba: el rostro de Alberto San Miguel; los bultos no reconocibles de los parientes congregados en la puerta de la casa; el rumor inarticulado de sus voces roncadas en la distancia de la noche; el rostro ovalado, hierático, petrificado de aquella media hermana, Lucía; los papeles incautados del escritorio del occiso que aguardaban allí, sobre la mesa de trabajo; la sombra de Juan Antonio, el hermano del muerto, adelantándose en la penumbra del jardín, la chispa del cigarrillo horadando la noche. Todo yuxtapuesto, descoordinado, lleno de incoherencia y, a la par, imperativo, inclemente,

incisivo. Vagamente comprendió que la llamada no venía en realidad del entorno, sino de sí mismo, de alguna zona interior del alma que despertaba y señalaba cosas aún inadvertidas en el plano de la conciencia, que, sin embargo, estaban allí, dentro de él, recogidas como al azar, acuciantes, es cierto y, sin duda, reales.

Se levantó sudoroso y sin pensarlo mucho fue hasta la mesa de trabajo. Allí estaban, acechantes, los dos legajos de papeles. Encendió la lámpara y comenzó a repasar una a una las hojas. En la quietud de la madrugada, próxima el alba, el papel crepitaba en sus dedos y acentuaba el silencio, no solo de la casa, sino de la ciudad. Un silencio que, de todas maneras, se interrumpía a momentos por el ulular distante de alguna sirena de ambulancia o de la policía, o por el grito de alguien. De pronto pensó: «no hay hora tardía de la noche en que no se escuche el grito de alguien en alguna parte: grito, o gritos, rumores inubicables pero tangibles que nacen y mueren sin causa aparente, cargados de amenaza». Es raro, se dijo, que alguien como él, un inspector de la Policía, alguien que debiera conocer de estas cosas mejor que cualquier mortal, caiga también vencido por la inconmensurabilidad del misterio. Anotó la palabra *inconmensurabilidad*, sorprendido de que existiera; más que por el término, curioso de por sí, largo de escribir, difícil de pronunciar, por la alusión a algo más vasto, un universo incognoscible, el mundo de la noche: los desconocidos seres que la pueblan, demonios y ángeles,

réprobos e inocentes, victimarios y víctimas, entidades no contactadas, abismos. Esa conciencia despejó su mente y le permitió emprender, más allá de toda turbación, el tedioso examen de los papeles de San Miguel.

Pasados unos diez minutos le pareció que lo mejor sería volver a dormir, tan inútil y sin sentido empezaba a mostrarse lo que estaba haciendo. Facturas, fotografías, recetas médicas, cartas sin importancia, recortes de diarios, todo lo que había entrevisto en el escritorio del suicida San Miguel se presentaba de nuevo ante sus ojos, revuelto y sin orden, caótico, casi ofensivo. En cierto momento hasta imaginó que el muerto había desordenado todo aquel bagaje de papeles con el propósito de fastidiar a quien osara meter las narices en ellos. Hasta creyó escuchar en algún punto entre los muebles su risa. Pero volvió pronto en sí. Tal vez, sospechó, había comenzado a alucinar, perdido en aquel contrapunto entre el silencio reinante y el crepitar sincopado de cada hoja que daba vuelta entre sus dedos. Fue al baño y se refrescó la cara. De regreso, entendió la razón por la que había despertado, impelido por aquellas siluetas de pesadilla: la efigie del suicida en el piso del estudio, los bultos de los parientes movilizándose fantasmales en el exterior de la casa. No era la primera vez que le sucedía. En ocasiones similares, algo en zonas del subconsciente solía erguirse, exigiendo su atención urgente. Algo que en algún momento intuyó apenas, muy levemente y que ahora, desde lo profundo del sueño, le había despertado

y obligado a sentarse allí, enfrentado a esos papeles signados —aquellas letras ominosas, las manchas de tinta, las corrugaciones— por un prestigio falaz, engañoso.

Recomenzó pues la tarea hasta que desde la obscuridad, su obscuridad, emergieron aunados por un clip unos cuantos papeles manuscritos cuyo contenido provenía del centro mismo del drama, como fraguado lentamente en el tiempo, si es que importa el tiempo. Unos párrafos pergeñados con mano trémula, enhebrados apretadamente hasta alcanzar un cierto desenlace, aunque no el final que Jiménez hubiese querido contemplar. Se hacía imprescindible, no obstante, volver sobre ellos, releerlos por segunda, por tercera vez, acometido, en tanto avanzaba en aquella lectura de altas horas, por una sensación de movilidad, una suerte de deslizamiento, de desplazamiento en el tiempo, el transcurso secreto del escribiente —recapacitaba, como mirando en el espejo del pasado reciente su mano, la mano del occiso que de pronto cobraba existencia en el sortilegio de la escritura—, o de un devenir simplemente, cuyo curso se detenía en las primeras horas de la noche, la noche que para Jiménez, en la madrugada del jueves, casi al amanecer, estaba ya por concluir. «Es posible», se dijo, llevado por su instinto de sabueso, «que en algún otro sitio se describa el desenlace real». «Es posible», repitió, pero nada concreto, nada en los expedientes ni en su memoria, avalaba tan peregrina enunciación.

«El desenlace real, sí», se repitió. «No lo sabemos y es indispensable descubrirlo. Es como encontrar», cavilaba, «el meollo de todo. Las probables causas, los posibles antecedentes están allí. Todo probable y nada concluyente. Por un lado, este relato sin duda íntimo, esa confesión desplegada hasta con cierta complacencia en el manuscrito. Y por otro, esa carpeta tan bien ordenada. *Casos delicados*». Jiménez la abrió y solo pudo dar una ojeada apresurada, como a vuelo de pájaro, a papeles que encontraba demasiado técnicos para su gusto. «Nada de lo que allí se dice, concluyó, parece implicar una razón valedera que explique el suicidio de un hombre como él, Alberto San Miguel». «¡Ah!», exclamó para sí, «si pudiera conocer lo sucedido en los minutos previos a su muerte: ¿se mató o lo mataron?».

La experiencia gravitaba en sus meditaciones. Lo consignado en aquella carpeta, *Casos delicados*, podría constituir —conjeturó— un material precioso que habría de entregar, más pronto que temprano, ya lo vería, a la Fiscalía, la entidad que investigaba por Ley los muchos casos de corrupción pública detectados en los últimos meses. Pero del somero examen que Jiménez acababa de realizar no se desprendía realmente responsabilidad alguna en contra de San Miguel. Este técnico reconocido había cumplido estrictamente con su trabajo, nada más. Ello, al menos, parecía desprenderse de una revisión rápida de los números y de las notas al margen. Pero ya se sabe que los números

y sus conclusiones pueden entrañar, ellos también, un lenguaje críptico, solo para iniciados. Por lo pronto, los corruptos eran los otros, los contratantes: entre ellos, nada más y nada menos que la autoridad encargada de controlar los gastos del Estado, algunos fiscales, determinados ministros. Jiménez sintió un leve mareo con la sola aproximación a lo que se le antojó un abismo delincencial que se precipitaba desde las más altas esferas del poder, un poder que por suerte simulaba replegarse, ahora, cuando empezaban de verdad las investigaciones, bajo el sol de otros tiempos, los nuevos. Pero, ¿San Miguel? De lo que Jiménez recordaba, ningún corrupto se suicida. No tienen siquiera, reconocía, ese pequeño grado de decencia. Esperan siempre, más allá de las penas que eventualmente pudieran aplicárseles, gozar algún día de los ingentes recursos acumulados y ocultos. No, se dijo, ninguno pierde esa ominosa esperanza. Ni San Miguel, si llegara a probarse que era uno más de esa tribu secreta. La incertidumbre, el enigma, se vuelven así, más profundos, pensó a modo de resumen.

Tornar a la cama le pareció inútil, tanto como dormir. Maquinalmente siguió repasando el resto de documentos, sin convicción ni interés. El manuscrito de San Miguel se imponía sobre los demás papeles con una luz excesiva, señalaba el curso ulterior que debía seguir la investigación, fijaba el sentido de las preguntas que debían hacerse a los distintos testigos o informantes, pero,

simultánea y contradictoriamente, infiltraba en su ánimo, ya bastante resquebrajado por el insomnio, nuevas, sombrías perturbaciones.

A la vez, y mientras deslizaba una mano por sobre el legajo usurpado a la intimidad del suicida, emergió en su ser la imagen, más exactamente la sensación de lo sucedido horas antes, cuando se encaminaba a la casa de los San Miguel: aquel brusco cambio del verde al rojo en el semáforo, el advenimiento del enorme camión recogedor de basura sobre él, la ráfaga de hierro alejándose luego, rauda, incommovible, y ese sentimiento final de no haber interpretado fielmente y en el segundo preciso la señal: algo de eso surgía, confluyente con aquello —su experiencia de hace unas horas—, del fondo del manuscrito y, casi arbitrariamente, recordó a su tío Jacinto, muerto hace ya tantos años, pero quien se complacía en esbozar, en horas perdidas, su falaz teoría sobre la mala interpretación de las señales.

Era como si la claridad sobreviniente desde el exterior a través de los visillos de las ventanas —amanecía ya, inexorablemente—, se proyectara también en los intersticios del caso San Miguel. Aceleradamente concluyó el informe que horas más tarde debía entregar a García, su jefe. Pero no hizo allí alusión alguna al manuscrito. Decidió en aquel instante que nadie, aparte de él, habría de conocer la posible clave del secreto, al menos —se dijo— por el momento, por unas horas o días más.



Desayunar, luego de lo sucedido, cobraba, para Juan Antonio San Miguel, el matiz de un acto de traición. ¿Podía tener otro sentido el hecho de estar allí, frente a frente con María Isabel, ante la taza de café, el periódico del día, la canastilla de pan, los huevos revueltos, el tocino fragante que, como si nada hubiese sucedido, emergían, asaz incongruentes, en su monstruosa normalidad? Lejos, en algún punto helado de la ciudad, ese lugar llamado la morgue, yacía el cuerpo sin vida de Alberto. En las horas precedentes, acaso en este mismo momento, pensaba, presa de un escalofrío, el cuerpo del hermano fue o está siendo objeto de crueles vejaciones: incisiones por aquí y por allá, análisis, mediciones, vueltas y revueltas, golpes y contragolpes y, al cabo, la aplicación de esas sustancias químicas que solo sirven para acelerar la frigidez y aplazar, por unas horas, el inexorable inicio de la putrefacción que a todos nos espera.

—Y nosotros aquí, desayunando como si nada y arriesgando hipótesis que, a estas alturas, devienen absolutamente irrelevantes.

—¿Irrelevantes? —preguntó sorprendida María Isabel, cuando Juan Antonio, sin darse cuenta, pronunció en voz alta lo que hasta entonces no era más que una sucesión de aprensiones internas—. No diría

yo que fuesen irrelevantes —continuó la mujer—. Pero quizás sería mejor no remover las cosas más allá de lo que ha pasado.

Juan Antonio miró fijamente a María Isabel y supo que mentía. Era imposible que, conociendo como era ella y, sobre todo, la índole de sus relaciones con su familia, no dejara de hurgar en lo sucedido hasta encontrar alguna verdad, algo que satisficiera, aun cuando fuese falsamente, sus iniciales sospechas, aquellas que los mantuvieron insomnes durante buena parte de la noche pasada.

Pronto, el hombre se dispuso a salir a fin de cumplir con todas las gestiones que Daniela, la cuñada viuda, había sugerido caían bajo su responsabilidad de hermano mayor. Se sintió incómodo al recordarlo. Para Daniela, en el fondo, se trataba de una disposición, algo que debía cumplirse, aunque se había cuidado bien de disfrazar el mandato bajo el lenguaje sutil de la súplica, o de una simple insinuación. A esas alturas, Juan Antonio no era capaz de distinguir la diferencia, ni falta que le hacía.

Por su parte, María Isabel era alcanzada por la misma incomodidad que embargaba a su marido, pero ella tenía que cumplir con otro deber: acudir a la casa de Daniela. La situación, los usos, la tragedia, todo el contexto sobrevenido de pronto en el ámbito familiar la obligaban.

Juan Antonio emprendió su tarea, consciente de que, más allá de los trámites de rigor, había de cumplir

con otro cometido tanto más penoso, pero necesario: transmitir a las gentes más cercanas —parientes, amigos relacionados— la terrible noticia. Esto conllevaba, sin embargo, en un subplano no tan inconsciente, la posibilidad de recabar algunas hipótesis por las cuales clarificar y sobre todo, explicarse, dilucidar el porqué de la trágica decisión de su hermano. «Es posible —se decía— que alguien, en el momento de yo transmitirle la triste noticia, pueda decir algo, darme, qué se yo, alguna pista, algún dato revelador, algo que logre tranquilizarme, aplacarme».

Y sucedió así, de algún modo, aunque no con la contundencia clarificadora deseada ni con el efecto tranquilizador esperado. En realidad, de todos aquellos a quienes pudo llamar para informarles de los hechos y comunicarles los datos relativos al funeral y posterior entierro de Alberto San Miguel, una vez confirmado el cronograma por parte de la funeraria, solo tres personas aportaron datos que, complementándose, configuraban al cabo una precaria versión aproximativa, desde luego deficiente e incompleta, pero que de cualquier manera posibilitaba un amago de explicación, algo a lo que Juan Antonio podía aferrarse para serenar su conciencia, para alejar, quién sabe si para siempre, la sospecha: la posibilidad de que él, Juan Antonio, o la familia entera, tuviesen alguna culpa, por acción u omisión, en la trágica resolución del suicida.

La gerente de una de las empresas a las que Alberto San Miguel prestaba sus servicios de contador fue bastante explícita en sus apreciaciones que, sin embargo, en la visión de Juan Antonio, bien podían estar equivocadas, sesgadas por las aprensiones propias de los negocios: la desconfianza, el prejuicio, la probabilidad siempre latente de una deslealtad; sospechas que solo evidenciaban la recurrencia en el mezquino magma de los hechos humanos, de los eternos paradigmas: la codicia, el miedo, la audacia, o el hecho de que, tal vez, Alberto San Miguel no era cualquier hombre. Su trabajo en una de las agencias de asuntos económicos estratégicos del gobierno anterior, ahora objeto de cientos de denuncias y execraciones, ubicaba el tema de su muerte bajo otra luz. Lo trasladaba a una dimensión más sombría, proclive a elucubraciones de lo más peregrinas.

—Es una terrible noticia —dijo la gerente—, jamás lo habríamos imaginado. Sin embargo, Alberto andaba alicaído. Usted sabe, muchas empresas están quebrando y las posibilidades de trabajo son cada vez más escasas. Incluso nosotros habíamos dado el paso que jamás hubiésemos imaginado: comunicar a Alberto que no podíamos contratarle, por lo menos hasta que la situación mejorara. Bueno, eso de que mejore es ilusorio, todos sabemos la situación en que el último régimen ha dejado al país. Pero en todo caso no creo que todo ello pueda ser causa de lo que ha hecho, no, no es posible. Aquí, entre nosotros —acotó bajando la voz—, su hermano

siempre tenía trabajo. Me explico. Sabemos, unos pocos desde luego, que trabajaba para determinadas personas de una manera, me perdona usted, clandestina. No, no digo, ni podría decir jamás, que Alberto cometiera algún ilícito. Simplemente le contrataban para que pusiera en orden las cuentas. Ya sabe, nadie es experto en ello, y su hermano era de los mejores.

Al salir de la oficina de aquella ejecutiva, Juan Antonio se detuvo un instante. ¿De qué se trataba? ¿Influían en todo ello la situación precaria que azotaba al país entero, la recesión económica, los altos niveles de desempleo, la contracción de los negocios? ¿O había algo más? ¿El hecho de haber comunicado al hermano suicida que no podrían contratarle, se debía en realidad a la situación descrita por ella? ¿No se habría tratado más bien de alejarlo estratégicamente? ¿Sus vinculaciones con el régimen anterior, no lo volvían sospechoso o, al menos, incómodo?

Aunque desalentado, continuó su periplo.

Una secretaria aportó con un dato de otra índole:

—¿Su hermano Alberto, suicidándose? Imposible, don Antonio. Si últimamente estaba más centrado que nunca en sus andanzas. Perdóneme usted, pero nunca dejó de ser un don juan, ¿sabe? Lo que sucede es que ya con la edad le era difícil lograr lo que buscaba. Recibía evasivas o simplemente rechazos. Pero eso puede sucederle a cualquiera. Lo real es que don Alberto se veía

muy vital, ya le digo, un don Juan como siempre. O al menos lo aparentaba. Aquí mismo en el vestíbulo lo he visto pararse como un torero cuando veía acercarse una mujer guapa. Si era de verle, esperando a su presa, medio sonreído. Claro que si la presa pasaba de largo... ¿Quién podría pensar que un hombre así iba a suicidarse?

Juan Antonio sintió cierta vergüenza ante los comentarios de la chica. Imaginó la escena, algo que ya había presenciado otras veces: aquel hombre ya mayor, Alberto, su hermano, parado como un torero —repi-tió mentalmente—, mientras se aproxima hacia él una mujer —en su memoria la figura se tornaba vagarosa, incierta—, erguido, como portando en la mano un invisible capote, aguardando, hasta que, finalmente, la figura pasa de largo; y la sensación en la memoria de Juan Antonio es la del ridículo, un amago de frustración, de pena, de carencia de todo, absoluta.

Gerardo Carvajal, amigo de la adolescencia de Alberto, se mostró francamente consternado. No podía creer en lo sucedido. Y naturalmente se entregó, junto con Juan Antonio, mientras ambos tomaban un café de la media mañana, un *doble espresso*, a elucubrar sobre las posibles razones que habrían inducido a San Miguel a quitarse la vida. Por sobre las conjeturas, tanto el amigo íntimo como el hermano buscaban de algún modo conjurar el dolor, el desasosiego, la angustia que el impensado fin de alguien tan cercano generaba en su ser.

El hermano creyó justo transmitir a aquel amigo de toda la vida los comentarios recogidos en el curso de la mañana y también las impresiones de la noche anterior: la aparente frialdad de Daniela, la viuda; la velada hostilidad de Lucía, «aquella rara hermana», acotó. No dejó de recordar lo dicho por su propia esposa, María Isabel, durante el largo insomnio compartido a su retorno del lugar de los hechos (la frase, «el lugar de los hechos», reverberó en su cerebro, pero no era suya, llegaba desde su inconsciente, reminiscencia de las noticias de crónica roja de los periódicos).

Carvajal, algo más lúcido, no dejó sin embargo de carajear, expresando así su indignación ante el impredecible destino de su amigo. «¡Carajo!», fue el preámbulo de las distintas hipótesis que formuló en procura de la elusiva verdad, relacionando unas con otras las diversas circunstancias correlativas: la situación económica, el declive de las posibilidades de trabajo, el donjuanismo aparentemente frustrado de San Miguel, y entre los dos fueron configurando otras razones: ¿una enfermedad secreta, tal vez? ¿El involucramiento en alguna oscura trama? Arriesgaron otras peregrinas suposiciones, pero Juan Antonio se cuidó de hablar ante aquel amigo de la infancia de los posibles contactos de su hermano con altos funcionarios hoy investigados por corrupción, por delitos contra la fe pública y hasta por otros de índole más siniestra. Carvajal, por su parte, insinuó otra posibilidad:

—Podría ser que Alberto se haya dado cuenta de que sufría de alzheimer. No habría querido enfrentar tan terrible mal ni arrastrar en ello a su familia. Decidió por ello adelantarse a todas las consecuencias de la enfermedad. Prefirió suicidarse y eso es todo, Juan Antonio, qué pena.

Juan Antonio tomó la elucubración de Carvajal como lo que era, una hipótesis más, pero entonces recordó a la hermana mayor de la familia. Ella había empezado a sufrir del terrible mal. Bien podría ser que la enfermedad los afectara a todos, herederos, acaso, de un destino genéticamente predeterminado. Decidió que no estaría por demás hablar de todo ello por la mañana con el inspector Jiménez. «Se trata al cabo de la dignidad de la familia», pensó, «y, sin duda, de la de mi hermano».

Entonces recordó bruscamente la existencia de otro posible informante, antiguo amigo también de Alberto San Miguel y exfuncionario, igual que su hermano, del gobierno fenecido meses atrás. No sabía por qué, pero tenía anotado en su libreta el teléfono del profesor Enrique Pimentel Gómez. Luego de despedirse de Carvajal llamó repetidas veces al profesor, pero este no contestó jamás. Mejor dicho, ni siquiera llegaba a configurarse el tono de llamada. Apenas marcaba el número, la contestadora electrónica pedía dejar un mensaje, nada más. Juan Antonio formuló unas dos o tres veces el mensaje requerido, si bien tenía la extraña certidumbre de que

no obtendría respuesta. Solo quedaba allí, en el oído, el angustioso sonido del aparato que se cierra y después el silencio, la nada.



Mientras desayunaba —una taza de café negro, un pan integral—, Jiménez repasó mentalmente algunos de los pasajes que más habían concitado su atención durante la lectura del manuscrito de San Miguel, ejercicio causante de su insomnio y del hecho de recibir el día sin pegar un ojo. Se sentía prematuramente cansado, como cuando se llega a casa luego de un largo y ajetreado viaje.

Su mente, sin embargo, discurría absolutamente despierta, lúcida. Algunos pasajes de lo escrito por el occiso despertaban en él ciertos recuerdos, ciertas impresiones más bien, redivivas de pronto en el maremágnum de las reminiscencias; en especial con respecto al tío Jacinto y sus reflexiones de filósofo de sobremesa, siempre después de aquellos almuerzos de los domingos en la casa de sus padres y en los que se hablaba, sosegadamente, de las cosas de la vida.

«La vida y el mundo, este mundo monstruoso en el que evolucionamos, plagados están de señales, de advertencias, de indicios que debemos seguir y acatar », recordaba Jiménez, haciendo un esfuerzo por repetir lo

más fielmente que podía, sin lograrlo, las palabras pronunciadas en el lejano pasado por aquel tío y que, desde que terminara de leer el documento de San Miguel, no dejaban de repicar en su mente. Pero sí recordó, con una exactitud que no dejó de sorprenderle, la admonición que seguía: «De no percatarnos de lo que indican o informan o anuncian tantas y tantas señales, estaremos abocados no ya a cualquier imprevisto sino, inclusive, a la muerte». En su interior, el tono de aquellas distantes palabras, retornó exacto, resonando solemne, como si el tío Jacinto aún estuviera entre los vivos, sentado allí, en algún lugar de la habitación. Maquinalmente levantó la vista, como si fuera a encontrarlo frente a él, apurando la taza de café negro que nunca faltó como ritual indispensable para rematar esos almuerzos de fin de semana.

Abocado a los hechos, sintiendo que muy adentro comenzaba a erguirse incipiente una oscura nostalgia, hubo de reconocer que el tío Jacinto tenía razón. A modo de ilustración de aquella verdad antigua, se le vino a la mente lo que, sin duda, emergía como el ejemplo más obvio: la peculiar estructura del tránsito urbano. Lo imaginó, o vio valdría decir, pues a momentos solía pensar más en imágenes que por abstracciones, el farragoso tráfico: enajenante, complejo y, a la par, tan incitador de emociones, tan agudamente oscilante, para quien se adentra en su tráfago, entre la simpatía y el odio, entre la aventura y el tedio: los conductores, la gente de a pie, las congestiones vehiculares; el delirio

por la velocidad que, en ocasiones, quizá las más, promueve y tienta.

Cuando entre las muchas dimensiones o andarivales que nos propone la ciudad, alcanzó a intuir Jiménez imitando en la distancia del tiempo al tío Jacinto, nos aventuramos en el vértigo del tráfico motorizado, autopistas, pasos a desnivel, tréboles o intercambiadores que uno debe descifrar una y otra vez en procura de no perder el rumbo, ese transcurrir sin término en la atmósfera de la velocidad, cualquier pequeña omisión, digamos la más recurrente, pasar bajo el semáforo en rojo en un cruce de vías y avanzar temerarios, desaprensivos, casi fulgurantes sobre el espacio repentinamente prohibido, rememoraba en una secuencia de microsegundos sin saber de qué fondo incognoscible le llegaba la efigie del arcángel rebelándose flamígero contra el dios, contra los usos y prohibiciones del dios, podría suceder que nos encontremos cara a cara con aquel rostro imaginado solo en nuestras peores pesadillas: el de la muerte, al que más tememos, lo cual, viéndolo desde otra perspectiva, es también estúpido: cómo se nos ocurre tentar, ironizaba Jiménez, al advenimiento de lo que más tememos. Y, sin embargo, concluía, lo hacemos. Lo hacemos, es cierto, repetía, mientras se le venía con un escalofrío su propia imagen en la noche precedente: el semáforo en rojo en lo alto y la mole de hierro del camión de la basura cruzando raudo a milímetros de su auto, de su propio rostro.

El ejemplo resultaba, no obstante, insuficiente. Hay muchas otras señales menos perceptibles, infinitesimales, pensaba, que, de no ser reconocidas en las décimas de segundo que nos han sido deparadas, nos harán terminar indefectiblemente en la muerte, eso que ya, de manera tan fatigosa, había repetido.

De todo ello Jiménez extraía, a manera de corolarios, al menos dos reflexiones correlativas:

UNA, implícita en el ejemplo del tránsito: la verificación de que la existencia transcurre contradictoria en un traspaso incesante entre dimensiones distintas, multiplicada o tal vez fragmentada, quizás mutilada, a través de diversos y aun contrapuestos niveles: diferentes, entrecruzados mundos mezclándose fatalmente en el recipiente menos prevenido: el individuo.

OTRA, que encierra una paradoja. Si nos limitamos a meditar en las singularidades del tránsito, debemos aceptar que, en principio, las señales, el parpadeo sistemático de los semáforos, las flechas, los círculos, las letras y grafías que en profusión está obligado a atender el conductor del vehículo que se desplaza, están allí supuestamente para precautelar nuestras vidas. Vistas al revés, preanuncian lo contrario: parece más bien que hubiesen sido colocadas no para protegernos, sino, al contrario, para desafiarnos en un juego casi siempre mortal. Están allí, sí, pero si las obviamos, aun por una fracción infinitesimal en el tiempo, nos matan o, mejor

dicho, morimos. Todo un sistema hecho para la muerte, mimetizado en lo contrario; una estructura casi infinita de indicios puestos allí, en la realidad, para posibilitarnos cada vez una sola alternativa: acatar lo que nos indican y vivir así, sobrevivientes, por un tiempo del que no conocemos su término; o transgredirlos y enfrentarnos, como bajo una condena de ejecución inmediata, al dolor, a la mutilación, a la muerte. De algún modo, hemos multiplicado la recurrencia de los infinitos peligros, pero los sistemas de señalización que nos previenen de su existencia no son más que parte estructural de lo mismo: infringir su mandato no deja de ser una tentación, en ocasiones irresistible. Tal vez siempre fue así, reflexionó finalmente Jiménez, sentado en el taburete de la cocina, puestos los codos sobre la pequeña mesa que hacía de desayunador; «tal vez nunca dejó de ser así», repetía, «solo que la sociedad masificada en que vivimos lo ha proyectado exponencialmente».

Obsesivo, pensaría en ello varias veces más tarde, incluso cuando un día después volvería a contemplar, en su ataúd en la sala de velaciones, el cadáver de San Miguel. De pie, frente al catafalco, crecería en él la sospecha que empezara a intuir desde que leyera el manuscrito del occiso: la extraña posibilidad de que aquel suicidio, si tal era el caso, no fuese sino la resultante de una mala interpretación de las señales. «Para bien o para mal», concluiría, «estaremos siempre obligados o abocados a ese ejercicio: la reiterada o reiterativa

—acotó para mayor precisión— interpretación de las señales, tal como lo advirtió hace tiempo el tío Jacinto, solo que ahora, habida cuenta de las características del mundo que hemos creado y que seguimos creando, un ejercicio como ese se vuelve simplemente monstruoso».

Jiménez se reconocía, en esa mañana de jueves, salvo la existencia de hechos que aún desconociera, como la única persona en condiciones de llegar a una hipótesis semejante en el proceso de descifrar las causas de la muerte de San Miguel. Los demás podían elucubrar cualquier otra razón. Y, no obstante, especulaba, «era posible que otras dos personas pudieran también barruntar esa sorprendente verdad: Daniela, la esposa, y Lucía, la medio hermana». Ello, sin embargo, era solo una suposición y nada le habría gustado más que estar equivocado.

Persistente, la imagen de la viuda revivía en él. «No percibo en ella —se dijo— nada que me permita juzgarla como capaz de matar. Tampoco en ninguno de los demás familiares. Pese a todo —insistía en su fuero interno—, allí, en ese entorno íntimo, tan reducido, parece anidar algo que sin razones suficientes, apenas como un efluvio secreto, indiscernible, contradice lo obvio: la hipótesis del suicidio. Aquel detalle tan inusitado —reflexionaba—, la viuda y Lucía vestidas de estricto negro, así, tan pronto, acaso desde antes de que sucediera la muerte. Lo normal, lo apropiado, es vestirse de luto a la hora de los funerales. Tampoco —concluía— se trata

de una regla a seguir obligatoriamente». Sin embargo, la duda, igual que una lepra, crecía en el alma de Jiménez, envolviéndolo, acuciándolo; bordando informe pero inflexible, como en un tapiz siniestro, los nombres del suicida, de Lucía y Daniela, pugnando por hacerse certeza, desde lo improbable, desde la oscuridad de lo que todavía permanece desconocido e incierto. Repetía una y otra vez aquellos nombres devenidos en signos: Alberto San Miguel; Daniela, la viuda; Lucía, esa media hermana demasiado íntima. Todo ello le quitaba el sosiego, era la razón por la cual no había logrado volver a dormirse.



Por suerte, en los noticiarios de página roja que pudo registrar a primera hora, luego de desayunar, no había aún información alguna sobre el deceso de San Miguel. Por otro lado, el cadáver debía permanecer por ese día en la morgue, sometido a las manipulaciones técnico-forenses de rigor. Ello determinaba que los funerales se llevarían a cabo al día siguiente, viernes, lo que abría un adecuado interregno para desplegar con tranquilidad las pesquisas.

Siendo ya algo más de las nueve, acudió al despacho de García. Este debió notar las huellas de la mala noche en su rostro, puesto que no había dormido más que dos

o tres horas. Además, la taza de café negro y el magro pan con mermelada que constituyeron su desayuno no contribuían a atenuar su palidez ni la profundidad de las ojeras.

—Creo que a usted le falta una esposa, o una novia —le espetó García a modo de saludo—. Apuesto a que ha pasado otra noche en vela.

Enterados, como han estado desde su ingreso a la Policía de su condición de divorciado, García, tanto como los demás colegas, no han cejado en el prurito de aludir a su caótico estilo de vida: desayunos apresurados, almuerzos a deshoras y en cualquier parte, ropa más bien desaliñada, ojeras ostensibles, cierta propensión al alcohol.

—Usted tiene la culpa —se defendió Jiménez—. Enviarme a una misión a las diez de la noche y, luego, estoy seguro que espera mi informe.

—Bueno, es verdad —aceptó García—. Pero en este oficio, usted lo sabe muy bien, no hay horarios.

Jiménez no hizo caso alguno a la observación de su jefe y se limitó a depositar sobre el escritorio el parte elaborado durante la madrugada. Junto a este colocó también, cuidadosamente, la carpeta sustraída del archivo de San Miguel la noche anterior: aquella signada con las palabras *Casos delicados*.

—Usted tenía razón —comentó—. No hay duda, se trata de un suicidio, por lo menos mientras los forenses

no digan otra cosa. Pero hay algunos elementos algo inusuales.

Señaló los más relevantes: el arma propiedad de la viuda de San Miguel, la dureza que pudo percibir en ella, la actitud más bien rara de su media hermana, los comentarios de los parientes.

—No veo, aparte de lo referente al arma usada por el suicida, nada extraño —dijo García—. Creo que usted se está dejando llevar por corazonadas.

Hubiera sido el momento de informarle del memorial que pudo encontrar entre los papeles de San Miguel, pero prefirió callar, «al menos por el momento», se dijo. No era la primera vez que adoptaba una determinación como aquella. Se trataba de una estrategia secreta, una táctica que lo blindaba ante García, que lo personalizaba y que construía, en el tráfago de los hechos, una identidad. Era así: un acopio de cosas, datos, intuiciones, hipótesis solo conocidas o barruntadas por él. «Por el momento, al menos —repetía en su interior—, hasta tanto la verdad, esa utopía, empiece paulatinamente a revelarse». Evitaba de ese modo cualquier suspicacia en cuanto a la validez de sus investigaciones. Y más que nada, el procedimiento le daba indudables ventajas sobre cualquier otro investigador que se aventurara a invadir su trabajo y también en relación con los distintos sospechosos.

Se limitó entonces a señalar:

—Usted sabe como nadie que a veces las corazonadas redundan en la verdad.

—No estoy tan seguro —terció García—. Pero en todo caso, se trata de un hecho violento y nuestra obligación es seguir con nuestras indagaciones, no hace falta decirlo.

Entendió en ello una autorización para continuar con las investigaciones. Pero antes de abandonar el despacho de García creyó conveniente advertirle sobre el contenido de la carpeta *Casos delicados*.

Al escucharlo, García se incorporó, sorprendido:

—¿Cómo dice? ¿Quiere decir que el suicida, el contador San Miguel, llevaba un expediente personal sobre algunos asuntos que juzgaba, él, como delicados? ¿Ha mencionado ello en el parte? ¿Se da cuenta, Jiménez? El caso puede tomar un rumbo más allá de nuestras competencias.

—Me doy cuenta —contestó, tajante, Jiménez—. He revisado muy por encima los informes, mejor dicho, esa especie de informes elaborados por San Miguel. Yo no soy un técnico para analizar estos documentos, lo he traído aquí, junto al parte, a manera de anexo. Usted dispondrá lo conveniente, ¿no?

García tomó en sus manos la carpeta anexa al parte, la hojeó por un momento y musitó en voz más bien baja, casi inaudible:

—Está bien y a la vez no está bien.

—¿Cómo dice? —preguntó el inspector.

—Bueno, es interesante saber que San Miguel llevaba una carpeta relacionada con sus servicios como contador. Pero lo que encuentro aquí no parece muy comprometedor: algunos memorandos, listados de gestiones por realizar, órdenes de servicio. Nada realmente importante; pero no importa, igual deberá ser analizado por los técnicos en asuntos de altas finanzas.

Abandonando su lugar tras el escritorio, se puso a caminar, algo absorto, por la oficina.

—¿Dice usted que leyó, pero muy por encima, estos documentos? —preguntó.

—Sí —dijo Jiménez—, pero no he encontrado allí indicio alguno que esclarezca la verdad de su muerte, digo, del suicidio.

—Mire, Jiménez, creo que se trata, sin duda, de un suicidio, pero sucede a veces que un hecho sin relación con otro tipo de delitos puede llevar a descubrir cosas que estaban secretas y seguramente de una mayor envergadura. ¿No le parece?

—Absolutamente —contestó el inspector—. Pero puede suceder también que el hecho que se investiga tenga que ver, de manera directa, con las cosas que, como usted dice, tienen una mayor dimensión, una dimensión política, es lo que usted insinúa, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo García, volviéndose hacia el escritorio y tomando en sus manos la inquietante carpeta.

La abrió y volvió a revisarla por varios minutos. Luego, aparentando serenidad, se volvió hacia Jiménez:

—Vamos a obrar de la siguiente manera: usted siga con sus indagaciones en torno al suicidio de San Miguel, ¿sí? Está bien. Nosotros aquí, ya veremos a quién le encargo la misión, estudiaremos e investigaremos todo lo concerniente a lo que pueda revelar la carpeta. Bueno, es solo una hipótesis. Lo importante es que actuemos de manera paralela y coincidente. Usted, por su lado, con la viuda y los parientes y demás. Nosotros con lo que dicen los datos dejados por el contador. ¿Le parece?

—Me parece bien —dijo Jiménez—. Es lo procedente, ¿no?

—No —contestó García—. No. Por lo que veo, técnicamente, legalmente, es un asunto que concierne a la Fiscalía. Pero usted sabe la manera como actúa hasta la fecha esa dependencia. Desde la cabeza y todos los demás están comprometidos con el régimen anterior, y me temo que, si les entregamos la tal carpeta, nada se hará con ella. Por eso, creo, es mejor que nosotros, antes que nadie, nos hagamos cargo de la investigación. Todo esto lo haremos en la más estricta reserva, ¿me entiende, Jiménez?

—Desde luego —contestó este.

Una vez fuera del despacho, llamó desde la secretaría a la casa de la familia San Miguel. Pidió hablar con la

viuda, que se acercó al cabo de un tiempo que le pareció interminable, un tiempo que, por lo prolongado, interpretó como un mensaje: su presencia, incluso de lejos, a través del teléfono, no era bienvenida. Cuando finalmente se puso al teléfono, la sequedad de sus palabras confirmó la sospecha. De todas maneras, sin preámbulo alguno, apenas con una breve disculpa, le informó: «por la tarde, a eso de las cuatro —subrayó, alzando un poco la voz— estaré en su casa». Le pidió asegurar su presencia y la de las personas que juzgaba, así lo expresó, «indispensables: su hermana —precisó—, sus hijos, los sirvientes de la casa, su cuñado, don Juan Antonio, su esposa, en fin, alguna otra persona que usted estime pueda ayudarnos».

—Solo tenemos un hijo —contestó la viuda—. Está en el extranjero. Con todo ya le hemos comunicado de la muerte de mi marido, pero no sé si alcance a asistir mañana al entierro.

—¿Y los sirvientes? —inquirió Jiménez.

—No hay más que una —contestó la viuda en tono glacial—. Viene solo en las horas laborables.

—Pero ayer estaba allí por la noche —señaló el inspector.

—La llamé para que viniera —informó—. Luego de suceder lo que sucedió necesitaba ayuda. ¿Qué más podía hacer? Llamé también a algunos parientes, creo que usted habló ya con ellos, ayer mismo.

—En todo caso, gracias —dijo Jiménez—. Y gracias por recibirme. Recuerde, a las cuatro, y perdone usted, pero las autoridades quieren lo más pronto un informe. Ya sabe, es una cuestión de rutina.

—Entiendo —dijo la viuda, siempre en tono cortante—. Gracias por advertirnos de su venida.

Cortó la llamada. Jiménez siguió por unos momentos escuchando el zumbido propio de la línea telefónica, lejano y próximo, tal era la impresión que ese sonido le causaba siempre. No cabía duda: junto a la viuda debían estar otras personas, pensó, en tanto el zumbido en su oído se prolongaba. Ese «gracias por advertirnos» lo confirmaba. «O no», reflexionó, «es solo una expresión muy manida: sustituir el singular por el plural, encubrirse entre los otros». En el fondo, especuló que debía estar algo aliviada por el hecho de dejar las entrevistas para la tarde. Después de todo, había que dejar que descansan o dediquen las horas inmediatas a los menesteres que demanda una muerte, más aún si esta ha sido imprevista. Por lo demás, él, igualmente, necesitaba tiempo para meditar en lo que iba a preguntar y decir.

Pero la sombra de una duda se instaló en su mente luego de escuchar las palabras de Daniela. Algo oscuro, que estaba allí y, sin embargo, no lograba dilucidar, reconocer.



Dejando la secretaría bajó a balística, en el piso inmediatamente inferior. Allí, como era ya una costumbre, fue recibido por el jefe de la unidad con el sarcasmo de siempre, cuando no con hostilidad. Trigueros daba la impresión de estar todo el tiempo enojado, pero todos en la Dirección General de Investigaciones sabían que se trataba de un calificado perito y toleraban por ello, incluso con cierto humor, sus impertinencias. Esta vez, también, denotaba estar irritado. Por una milésima de segundo pensó Jiménez que acaso era su forma de demostrarle un presunto aprecio, o cierta familiaridad, tal vez. Más inquietante podía ser que se mostrara indiferente, distante, glacial. «Después de todo —alcanzó a reflexionar—, siempre terminamos de acuerdo».

—Una pistola especial —dijo, displicente, Trigueros—, ¿cree usted que es fácil de manejar?

—No sé a qué viene esa pregunta —protestó Jiménez—. Es, simplemente, el arma del crimen.

—¿Del crimen? —arremetió Trigueros—. ¿No dicen por allí que se trata de un suicidio? ¿En qué quedamos?

—Está bien —concedió Jiménez—. Sí, es solo un suicidio.

—Pero, este concreto suicida —preguntó el técnico—, ¿era un tirador aficionado? ¿Un experto en armas?

—No lo sé —contestó el detective—. Pero puedo averiguarlo.

—Pues sería bueno para todos —señaló Trigueros—. ¿Sabe?: tengo aquí una Beretta 84 FS, Cheeta .380, calibre 9 mm. Estos detalles no son importantes. Lo que interesa anotar es que se trata de un arma que no dispara sin su cargador, como la mayoría de pistolas lo hacen. Tiene además un seguro adicional, el que hay que desactivar para que dispare. La pregunta es: ¿tenía el suicida conocimiento de estas precauciones?

Jiménez contempló, empequeñecida en la mesa del laboratorio, el arma, negra, bruñida, toda fraguada en metal, inocente y letal. Pensó en el peregrino detalle transmitido la noche anterior por uno de los familiares: la pistola era propiedad de Daniela, una mujer que tiene terror a las armas y que alguna vez había dicho que, de poseer una, la guardaría en el más secreto escondrijo. Algo así dijeron. Entonces, ¿cómo San Miguel había maniobrado tan diestramente el arma?, se preguntó. No era tampoco nada del otro mundo, pero valía la pena investigarlo.

Trigueros intuía cierta incongruencia; Jiménez también aunque sin mucha importancia ni convicción.

Transmitió, pese a ello, su impresión a Trigueros. Este contestó con sorna:

—En mi caso, no suelo dar trascendencia a nada. Me limito a transmitir mis observaciones técnicas. Pero usted, un investigador, ¿no debería poner la atención en los más mínimos detalles?

—No se meta con mi trabajo —protestó el inspector—. Pero esperamos su informe arriba.

No quiso escuchar más al reconocido experto en balística y apresuradamente se deslizó hacia fuera, dando un portazo.

Por un instante, una secuencia de leves vibraciones en los cristales e instrumentos dispuestos sobre las mesas y en los anaqueles de la estancia se extendió llamando la atención de los empleados del laboratorio. El rostro adusto de Trigueros, el jefe, dirigiéndose a su escritorio, les inhibía de cualquier comentario.

•

Una vez fuera, le envolvió o, mejor dicho, mermó su ser una sensación de vacío. Faltaban aún unas cuantas horas para el almuerzo y otras tantas más antes del momento de desplazarse a la casa de los San Miguel para los interrogatorios. Se arrepintió de no haber fijado la cita antes de las cuatro de la tarde. Acaso hubiera sido mejor presionar a los posibles testigos sin darles tregua, citándoles para las horas de la mañana, haciendo abstracción de su dolor, de su desconcierto

o cansancio. «Ahora —se dijo—, tendrán tiempo de preparar sus respuestas, las posibles coartadas, y yo, iluso, me encontraré en desventaja». Se erguía ante él la certidumbre de que, por unas horas, no tenía nada que hacer. El parte elaborado en la madrugada estaba ya en manos de García. La carpeta de los asuntos delicados, como los había calificado San Miguel, sería entregada al análisis de los técnicos financieros. ¿Qué podía hacer ahora él? La vaciedad o insulsez de la hora se configuraba en torno a sí como una vía superpuesta a las otras: las calles reales. Y allí, como siempre, las señales, lo permitido y lo no permitido, el tránsito indiferente, eterno, indetenible, los transeúntes que pasan, la ciudad en el fondo, como un rumor sordo, presente y a la vez inhallable, inasible.

Cuando ello acaecía, otra fantasmagoría, igual de aniquiladora, acostumbraba aparecer en su ánimo, conturbándolo, y no fue esta vez la excepción. Desde hace algún tiempo se evidenciaba así, súbita, inoportuna, una suerte de nostalgia que se incubaba en zonas no verificables del organismo y que no podía ser otra cosa: una tristeza de algún modo letal, una añoranza de no sabía qué: abrupta, radical, casi metafísica y, a la par, corporal, incontrastablemente física.

La mañana transcurría fría, con un sol desvaído y oculto en la incertidumbre de los tejados y las terrazas y, aunque era todavía temprano, entró en un café, quizá para aplacar la nostalgia, porque eso era, nostalgia,

búsqueda de lo que fue, persecuimiento inconsciente de sí mismo.

Allí, frente a la taza humeante, pensó. Más exactamente, no pudo dejar de pensar:

«No, no sabré jamás cómo eludirle si la palabra misma es insuficiente. ¿Cómo describir esta sensación de pérdida que te abraza cuando saltas de un tiempo circunscrito a otro y sabes que esa instancia temporal ya no regresará, nunca? En el tráfigo de la ciudad, aislado de ella, continuaba pensando, impelido por lo que experimentaba en su cuerpo, en la integralidad de su ser:

La definición que traen los diccionarios, repetía, no alcanza a precisarla, a describirla. En todo caso, corrosiva, creciente, se me presenta así, en cualquier momento, tal como ahora. ¿Se trata del tiempo? ¿Esto que a todos nos atañe? ¿Esto tan inoportuno que empieza nuevamente a invadirme, a roerme? Debo arriesgar una explicación racional. Desde que me divorcié se han acentuado indicios como este, efectos de la separación, me digo. Pero no. Si pienso bien es otra cosa, se trata más bien, creo, de lo que sobreviene, este acercamiento de lo ineluctable: esta ruta, la vejez, la muerte. Y no hay antídoto. Todo opera así: terminas cualquier ocupación, leer, pasear, cosas baladíes, tan baladíes como por ejemplo lavar y secar los platos en la cocina. Minutos después te sumerges en otro ejercicio, por decir algo, reanudar la lectura del libro que dejaste

el día anterior sobre la mesa de noche, irte al cine, dar una vuelta por esas calles, como hoy. Entonces, mientras te hallas inmerso en cualquiera de estas nuevas tareas, te llega inopinadamente el mismo demiurgo invisible y depredador. Te vuelves a ver en la cocina del departamento lavando y secando los platos. Y surge, imperativa, la indeseada sensación, esa certeza de pérdida, esa nostalgia: el lento o vertiginoso transcurrir del tiempo que deja atrás, implacable e inapelable, lo que ya jamás ha de repetirse; lo que ya no volverás a ser ni a poseer ni a experimentar. Nunca más.

¡Ah!, tal vez es eso, eso que acabo de señalar. No el sobrevenir de lo que necesariamente ha de llegar, ya lo dije, la vejez, la muerte, sino eso otro, lo que ya no volverás a ser, quizá lo que te corroe es aquello: el ser que contemplas en el recuerdo. El que tú eras ya no es el mismo, es radicalmente otro. Y ello, esa escisión incurable, ese separarse para siempre de lo que fuiste, te hiere, te esquilma, te aniquila».

La taza de café yacía con extraña evidencia sobre la mesa del local, el vacío amenazaba con profundizarse. Entonces, como si fuese una tabla de salvación, recordó una idea que vagamente se le había ocurrido en la madrugada, mientras leía el manuscrito de San Miguel. Ahora, la idea se tornaba clara y parecía ser el antídoto que requería su espíritu, al menos para ese momento, aunque la sensación pudiera volver, tanto como siempre, más tarde. «Podría ser útil», se dijo. «Sobre el suicidio. Literatura sobre el suicidio», reflexionó. «Tengo

tiempo, en la Biblioteca Municipal, claro». Casi sin darse cuenta, pagó el consumo y enfiló en dirección al edificio de la antigua universidad.

Se sintió un intruso al penetrar en el ancho vestíbulo y vislumbrar, más allá de las puertas de vidrio, la sala de lectura en el interior del vetusto edificio. Lo que sucedía es que habían transformado la sala con sillas y sillones alrededor de mesas donde los usuarios, fundamentalmente estudiantes, es decir, gente bastante joven, se agrupaban y, más que leer, cuchicheaban, incluso por allí asomaba ya una pareja de enamorados dedicados a mirarse y en ciernes de estrechar sus cuerpos por sobre lo permitido en un ámbito como el de la biblioteca. Pese a ello, pensó que era una buena manera de pasar las horas y contrarrestar las sensaciones que contradictoriamente no dejaban de acometerlo: el vacío, eso que por no poseer una definición más precisa llamaba nostalgia.

Mientras verificaba el panorama de la biblioteca extendido tras el mostrador de atención al público, esa latitud poblada de jóvenes y de libros y de estanterías que finalmente se entrecruzaban configurando algo como un laberinto, pensaba que era lo justo que necesitaba en aquellos momentos: un laberinto en el cual perderse, una tierra de nadie, al menos para él. Pensaba en fragmentos, vertiginosa y morosamente a la vez, en tanto atravesaba el espacio que media entre el portón de amplios vidrios y la joven mujer que, inclinada sobre el mostrador, esperaba a los usuarios. Era raro: el tramo que le tocaba recorrer no era muy largo, podía

cruzarlo en segundos y, no obstante, el curso de sus pensamientos era mucho más dilatado, incongruente con la longitud de aquel espacio desolador, ineludible en su brevedad.

La encargada de buscar y entregar los libros pareció mirarlo con cierta aprensión. Y no podía decir si aquella mirada respondía a alguna expresión facial que en el rostro del inspector dejara traslucir lo que venía experimentando desde la calle, en su profundo interior, o a la índole algo macabra de los libros que acababa de solicitarle.



Leer sobre el suicidio entre las diez y trece horas de una mañana soleada resulta, más que extraño, extravagante, absolutamente insólito, más todavía en la proximidad de aquellos jóvenes estudiantes, al tiempo que, a través de los cristales algo empañados de la sala, podía Jiménez percibir afuera, en la calle, la explosión del sol mañanero y el ir y venir incesante de transeúntes y vehículos, es decir, la vida, la vida que se expresa de pronto en movilidad: el reptar de las cosas, interminable fluir, inacabable interposición de perfiles humanos y semihumanos. Él, dentro, entretanto, rehuendo sus propios desasosiegos, acallándolos, afanándose por explorar el misterio por el cual un ser humano decide de repente

dar por terminado ese fluir, apartarse de él violentamente, sumergirse para siempre en su contrario: el silencio atroz, la muerte, la inmovilidad, el vacío.

Aquello que denominaba o reconocía como tristeza o nostalgia pareció contraerse, debilitarse, pero en su lugar se instaló otro demiurgo: el sentirse de pronto extraño, marginal, ajeno. La perspectiva de que por unas horas iba a estar solo en medio de esos círculos cerrados de jóvenes desconocidos despertó en él, tal como en algún momento de la noche pasada, esa sensación: la ajenidad. Era verdad, los parientes del difunto agrupados junto a la verja de su casa en medio del frío de la medianoche compartían secretos de los que él jamás participaría. Así ahora, el mundo de esos jóvenes le era igualmente inaprehensible, como si se tratase de un extranjero llegando sin saber cómo a un país desconocido; es más, ese mundo, ese país, parecía rechazarlo, mantenerlo al otro lado de una frontera infranqueable aunque invisible.

No había otra opción que minimizar todo lo que interiormente seguía hostigándole y centrarse en el trabajo: aquella inquisición libresca que, dijera lo que dijera García de saberlo, era ya considerada por él parte de su misión, algo que oscuramente esperaba pudiera proyectar un esclarecimiento, una iluminación. Así, la búsqueda de elementos de juicio que le ayudaran a desentrañar las razones de la decisión adoptada por San Miguel, emergía entonces no solo como un expediente para pasar las horas que faltaban antes de ir a la casa del

suicida. Al contrario, para Jiménez, se constituía en un asunto clave, si bien realmente no entendía a cabalidad el porqué. En este, como en otros casos, primaba la intuición, una suerte de corazonada. Colegas había según los cuales gracias a ello, una corazonada, pudieron aclarar el fondo de lo que en ciertos casos parecía imposible de dilucidar. «No hay crimen perfecto», solían acotar, ilusos.

Frente a los libros que le traía a intervalos la encargada de la biblioteca, pensó que la chica no debía conocer mucho del tema, «en cuanto a los libros que tratan de ello». Pronto hubo de rectificar su criterio. La muchacha actuaba con precisión y también de manera asaz sorpresiva, como si estuviera enterada más allá de lo previsible. Para empezar, dejó sobre la mesa algunos de los tratados que pueden conceptuarse clásicos y un farragoso informe de la Organización Mundial de la Salud, cuyos datos, como sucede en este tipo de trabajos, adolecen de implícita e inevitable caducidad: ese es su destino. Fatalmente, las cifras que consignan los técnicos están siempre ya, a la hora en que uno llega a consultarlas, incluso en el momento en que son impresas y difundidas, sobrepasadas y quizá refutadas por las nuevas circunstancias propias de una realidad eternamente cambiante. «Bueno», se dijo Jiménez, «al menos pueden servir de referencia», pero no avanzó mucho en la lectura del informe: lo revisó apenas, muy por encima.

Trajo luego, la encargada, algunos libros cuyos títulos no pueden, naturalmente, indicar que en su contenido el tema del suicidio fuese central. Hace falta haberlos leído, o conocido previamente de ello. Y allí fue cuando empezó a sorprenderse: o la muchacha, reflexionó, sabe más de lo que aparenta o, en su experiencia, se trata de los volúmenes que suelen pedir algunos concurrentes, *habitués* de la biblioteca, entre ellos, quizá, potenciales suicidas. Tal conjetura produjo en su interior cierto estremecimiento.

Uno de tales libros fue, casi como una obviedad, *Las penas del joven Werther*, de Goethe, obra cuya publicación —conocía bien Jiménez— provocó una ola de suicidios en toda Europa, la Europa a punto de entrar en el Romanticismo a fines del siglo XVIII. ¿Habría leído la chica este clásico de la literatura alemana?, se preguntó. ¿O lo tenía siempre a mano para atender la demanda de posibles suicidas? Ello podía explicar la sutil aprensión que pudo advertir en su rostro al entregarle los libros. Experimentó una serie de ligeros sobrecogimientos, pero ya sabía de antemano que la conocida obra no iba a aportarle nada y, sin que la encargada se diera cuenta, la puso a un lado, de entrada.

Otro de los títulos que le sorprendió le facilitara fue un erudito y adormecedor estudio sobre la ópera *La flauta mágica*, de Mozart, donde el autor discurre en relación con lo que denomina «el efecto Papageno», personaje cómico de la fantasía mozartiana, el cual, al

revés del Werther, representa un esfuerzo de prevención contra cualquier intento de suicidio: bueno, en el criterio del estudioso, cuyo nombre olvidó de anotar. Le dejó igualmente perplejo la aparición de *El país de las sombras largas*, de Hans Ruesch, un autor italiano, obra leída por él hace bastante tiempo y que, entre muchos episodios que ocurren en el seno de una pequeña comunidad de esquimales, hace hincapié en aquella costumbre ritual que obliga a los ancianos de la tribu a alejarse del hogar común en determinado momento de la existencia y quedarse a vivir a la intemperie hasta que les sobrevenga la muerte, un sacrificio o forma de aportar de modo filial a la pervivencia del grupo familiar en un medio acentuadamente duro, escaso de recursos.

Como en el caso del Werther, pronto hubo de dejar a un lado los libros mencionados y, en verdad, dada la brevedad del tiempo de que disponía, solo alcanzó a hojear, en unos casos con mayor detenimiento, en otros, menos, los demás libros. Primero fue el *Bia-thanatos*, pequeño tratado en cuyas páginas el poeta inglés John Donne da cuenta de su denodada lucha contra la obsesión del suicidio: ello es lo que explicaba la contratapa del breve volumen. Luego estaban el *Ensayo sobre el suicidio y la inmortalidad del alma*, del escéptico inglés David Hume; *El suicidio*, un tratado eminentemente sociológico de Emile Durkheim; y *El mito de Sísifo*, de Camus, donde se propone que, frente al sinsentido de la existencia, el suicidio deviene en

el problema fundamental de la filosofía, aserto que, en contrapartida, sustenta todo lo que Camus argumentara en pro de su perspectiva vitalista y heroica de la vida.

Terminada la revisión de *El mito de Sísifo*, volvió a tomar el *Biathanatos*. Alguien había dejado entre sus páginas, doblado, un documento de tres páginas. Lo abrió: se trataba de un texto de Borges, fotocopiado y titulado escuetamente con la misma palabra, anteponiéndole la partícula *El. Sí: El Biathanatos*. Una primera elucubración llamó enseguida su atención: parecía enlazarse, complejizándolas, con sus propias sospechas en cuanto a la naturaleza del suicidio de San Miguel. Allí, Borges cita a un autor anterior, De Quincey, según el cual el *Biathanatos* postularía que el suicidio es una de las formas del homicidio, aunque habría que distinguir entre voluntario y justificable. Pero lo que realmente interesa al autor argentino es la presunción de que John Donne buscaba en su ensayo demostrar algo mucho más profundo y, sin duda, blasfemo: algo que compromete a todos los hombres. Luego de incursionar, junto con Donne, en indicios significativos del *Antiguo Testamento*, Borges consigna lo siguiente: «El declarado fin del *Biathanatos* es paliar el suicidio; el fundamental, indicar que Cristo se suicidó, para redimir al género humano, se entiende. La oscura conclusión de Donne, o de Borges, se sustenta en varios argumentos, entre ellos, un versículo de San Juan: «Nadie me quita la vida, yo la doy». Donne, cuenta Borges, escribió esta conjetura

en 1608: «el suplicio de la cruz no mató a Jesucristo... Este, en verdad, se dio muerte con una prodigiosa y voluntaria emisión de su alma». «Tipos raros este Borges, y este Donne», concluyó Jiménez, sumamente impresionado, y doblando la fotocopia tornó a colocarla entre las páginas del pequeño tomo.

De un autor cuyo nombre olvidó enseguida, encontró un estudio sobre la existencia de diversos tipos de suicidio, entre ellos, el anómico, que supone una ruptura radical con el medio social y familiar del suicida; el suicidio asistido y el suicidio por interpuesta persona, que implica una experiencia límite, cercana al absurdo y, sin embargo, posible.

Al abordar el último de tales supuestos, el especialista citaba un pasaje de Claudio Magris: allí, este autor, nacido en Trieste, discurre en torno a la muerte de Robert Flinker, escritor de estirpe kafkiana quien, a finales de la Segunda Guerra Mundial, posiblemente cansado de la vida pero, sobre todo, enfrentado y seguramente indignado ante el no deseado e inminente advenimiento del estalinismo como sustitución del nazismo —transcurre esto en la Bucovina anexada en aquella coyuntura histórica a la Unión Soviética—, se suicida con el pretexto de un desengaño amoroso. En la visión de Magris, se trataría más bien de una interposición de motivos, necesaria para lograr el «empujón» que le faltaba. No pudo Jiménez dejar de relacionar este episodio con el suicidio de Alberto San Miguel: el manuscrito del occiso, leído

la madrugada anterior, le había proporcionado indicios análogos, sin duda perturbadores, y también, paradójicamente, perplejidades insólitas.

El suicidio de Flinker, acaecido en la rumana Bucovina, en el momento de su anexión a la Unión Soviética, llevaba al autor del estudio a ocuparse de otro caso ciertamente similar, o afín: el del poeta Paul Celan, oriundo de la misma latitud cultural, humana y geográfica. Celan se mataría en París en 1970, agobiado en su fuero interno por las secuelas de la ocupación nazi, persistentes en él a más de dos décadas de vencido el nazismo. Entre ellas constaba la muerte en un campo de concentración de sus padres, tragedia de la que el gran escritor, oscura, injusta e injustificadamente, parecía culparse. No obstante esta posibilidad, el ensayista pasa a dar vueltas sobre un poema escrito por Celan acerca del suicidio del filósofo de la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamin, hecho ocurrido en la localidad española de Port Bou en la noche del 25 al 26 de septiembre de 1940, en momentos en que el escritor alemán, fugitivo de la barbarie nazi y ante la amenaza cierta de ser entregado a sus perseguidores por los esbirros del régimen fascista de Franco, opta por quitarse la vida. El poema se titula *Port Bou: ¿Alemán?* Y el autor apoya su análisis en el ensayo *Paul Celan lee a Walter Benjamin*, escrito al respecto por Ulisse Dogà, pensador nacido en Venecia. En definitiva, la conclusión a la que llega el estudioso de los diversos casos de

suicidio, refiriéndose concretamente a los de Celan y Benjamin, es que uno y otro optaron por dejar atrás una historia infame o, mejor dicho, colocar una lápida sobre ella: la historia de la Alemania fascista del siglo XX y de la imposibilidad de revertir su esencia monstruosa aun después de la guerra, en tiempos aparentemente «normales». Jiménez, frente a tales conclusiones, sospechó una variante de la verdad: ante la realidad de una historia que ya nadie podía cambiar y sus secuelas, Benjamin antes, Celan después, decidieron lo previsible: matarse, pero con pretexto interpuesto: en un caso, una situación límite, la persistencia de una oscura culpa filial; en el otro, la certeza (acaso improbable) de que enfrentado a la policía franquista no tenía salida.

Atrapado en estas consideraciones, el poco conocido investigador se adentra en una espiral de concatenaciones, examinando episodios como el de otro escritor signado igualmente por la experiencia del mal bajo el dominio nazi, específicamente en relación con su internamiento en el campo de concentración de Malowice, en Polonia. Lo vivido en ese campo de la muerte conduciría a Primo Levi, italiano, a suicidarse en 1987. Trata también el autor del suicidio de Zweig, Stefan Zweig, atormentado en Petrópolis por la siniestra posibilidad de que la catástrofe desatada por los nazis, un hecho que rebasaba todo lo humano, que desafiaba a toda racionalidad pasada y presente, podía dilatarse, tal vez para siempre.

Casi como corolario, o quizá buscando conexiones siempre posibles, el estudio menciona, sin indagar mayormente en las circunstancias que los envuelven, los casos de otros grandes suicidas, asimismo escritores: Hemingway, Pavese, Klaus Mann. El matrimonio Koestler. El autor en realidad, observaba Jiménez en su fuero íntimo, se limitaba apenas a citar un libro cuya tesis central es relacionar sus muertes con el agotamiento de la capacidad creativa: *Literatura y suicidio*, de un tal H. Jürgen Baden (libro que no poseían en la biblioteca, según dijo la encargada cuando Jiménez lo solicitó).

Tales hechos acuciaron intensamente su interés y se prometió volver sobre ellos, para conocer más de su génesis, desarrollo y secuelas, tanto existenciales como literarias. Una hipótesis que el ensayista había consignado solicitando al lector que no la tomara muy en serio, puesto que se trataba más bien de simples conjeturas, llamó también su atención: fue a propósito de recordar a París como el escenario del suicidio de Celan: según él, la nostalgia de París o, mejor dicho, la rememoración íntima de lo que la capital francesa hubo de significar en el periplo vital de algunos artistas particularmente sensibles o vulnerables, los habría impulsado, cuando ya no les fue dado retornar a un ámbito tan sugestivo —casi alucinógeno subrayaba— para su creatividad, a quitarse la vida. Entre ellos, estaba lo sucedido con la poeta argentina Alejandra Pizarnik, quien se suicidaría en 1972. En conexión con ello, el autor citaba, si

bien no se trataba de un suicidio, lo ocurrido con otro poeta, el ecuatoriano Alfredo Gangotena, el cual, en los años que siguieron a su regreso obligado de París, sobreviviría marcado por la huella insustituible de los años felizmente creativos pasados allí: una suerte de doloroso autoexilio que viviría en su propia patria, hasta su muerte temprana, a los cuarenta años de edad, en el Quito natal.

En cuanto a Celan, Levi y Pizarnik, se decía Jiménez, hay que observar una cierta variante, tal vez crucial: el hecho de que eran judíos, su marginación, la persecución de una raza, su pertenencia a la diáspora, el exilio perpetuo de una comunidad. Manejó la posibilidad de que San Miguel hubiese accedido, aun antes de los hechos a los que hacía referencia en su manuscrito, a una especie de exilio interior. Su vida, especulaba Jiménez, la que correspondía a su personalidad, habría de pronto perdido sentido, un norte, una justificación para continuar. Quizá, reflexionaba, el acontecimiento que con lujo de detalles osaba contar en aquel memorial solo habría ratificado la realidad de ese destierro personal, su enajenación de la vida. Era sin duda un acontecimiento preciso, verificable en fecha y hora, una línea que separaba con claridad un antes y un después, el súbito embarcarse de Alberto San Miguel en un viaje del que no sería posible el retorno. Pero en el fondo, en el fondo, se preguntaba, ¿no sería ello nada más que un subterfugio?: la causa, se decía,

podía estar más allá, en el sinsentido de su vida o, tal vez, de la vida. ¿Estamos frente a un suicidio con persona interpuesta?, surgió, brusco, el interrogante. ¿Cabría hablar de ello, algo tan inasible, en un informe serio, basado en hechos puntuales, como suelen y deben ser los partes policiales?

No sabía por qué, pero en relación con todo esto taladraba su mente la palabra marginación. ¿Marginación?, pensó, pero si San Miguel podía ser todo menos un marginado. Aunque sí un perseguido, recapacitó. ¿Un perseguido?, se preguntó, escéptico. En el trasfondo de sus elucubraciones parecía que su inconsciente empezaba a jugarle malas pasadas: en su mente pareció delinearse de pronto un objeto: aquella carpeta tan cuidadosamente guardada en el archivador del suicida y cuya portada rezaba, blandamente: *Casos delicados*. Una sensación extraña le atravesó por un momento: era como si el suicida, a quien nunca tuvo la oportunidad de conocer, se irguiera ante él, invisible, y sacudiera cosas, objetos irreconocibles, pero entre ellos, uno perfectamente identificable: esa carpeta, *Casos delicados*, sí.

Más allá de todo ello, una palabra seguía allí, negándose a desaparecer: marginación. Y pensó en aquella trágica poeta argentina, Pizarnik. Se levantó y fue hasta donde la encargada para preguntarle si tenía algún libro sobre ella. La chica le miró sorprendida, como sobresaltada:

—Pero si acaba de entrar algo, precisamente —contestó—. Acabo de registrarlo. Mire, aquí está.

Jiménez contempló el libro. Rezaba en la portada: *Experiencias del exilio en Alejandra Pizarnik y César Dávila Andrade*. El autor: Vicente Robalino, un escritor y catedrático universitario.

Con el libro en sus manos, Jiménez regresó a su mesa, pero sintiendo que el tiempo transcurría implacable hacia el mediodía, solo pudo hojearlo centrándose en el final, en las conclusiones. Allí, el concepto de marginación se grababa casi fulgurante para explicar, entre otras diversas causas, el suicidio de Pizarnik y el del otro poeta concernido, César Dávila Andrade. Un caso cimero de esa posibilidad de marginación era sin duda el de este último personaje, verdadero exiliado del universo y enfrentado, tal vez en el momento de autoinmolarse, a lo que siempre le obsesionó: la búsqueda de lo absoluto, la existencia del mal. O el de José María Arguedas —del que el autor del anterior ensayo sobre el suicidio se ocupaba muy brevemente—, recordó Jiménez, un escritor marcado para siempre por la marginación y la violencia en la infancia, explorador incisivo de una discordia íntima correlativa a la de la realidad contradictoria que reflejan sus obras.

¿Podrían los datos de la carpeta *Casos delicados* enunciar la verdadera causa?

Perplejo, se puso a revisar, casi sin leerla, una revista en la que, de un modo más bien superficial se incluía un

reportaje acerca de otras celebridades que habían dado fin a su vida por mano propia. Se hablaba allí de parejas que habían acordado juntas tal determinación, en un verdadero pacto de sangre. No parecía que lo sucedido con aquellos personajes egregios pudiera encerrar algo útil para la dilucidación del caso que se le había encomendado, pero había algunos elementos que, pese a todo, gravitaban en su imaginación: las palabras exilio, sinsentido, absurdo, frustración, penitencia, castigo.

Se perdió al cabo en la lectura de un folleto con informes científicos relativos a las dislocaciones de orden químico y nervioso de los posibles suicidas: niveles bajos del factor neurotrófico en el hipocampo y en la corteza cerebral, tanto como de la serotonina, factor antidepresivo y contra - agresión. En contraste, se anotaba un incremento en los niveles de receptores 5-HT2A y reducción en los de ácido 5-hidroxindolacético.

Mientras leía borrosamente aquello del ácido 5-hidroxindolacético, se movía ya en un sueño propio del mediodía, y con el estómago vacío.

•

Poco antes de la una de la tarde, no solo que juzgó pertinente sino que sintió, en su estómago, la urgencia de ir a almorzar y, recordando la ironía de García sobre sus desordenadas costumbres, determinó ir a un lugar

donde pudiera encontrar una comida decente. Al decir aquella palabra, *decente*, pensaba en alimentos bajos en calorías y parcos en cuanto a aderezos y especerías, pero se sintió oscuramente traidor a sí mismo, como si hubiese claudicado ante aquellos predicadores que anatemizan la ingestión de proteínas animales de cualquier índole. No cabe duda de que el concepto, esto es, lo de «decente», no era compartido en modo alguno por su ser más profundo, es decir, su auténtico yo.

Enfiló su ajetreado Volvo a una de las zonas de restaurantes de la ciudad, en el norte. García le había hablado de un lugar, el *Metrocafé*, donde, por sobre la evocación cafetera y algo subterránea de su nombre sirven también almuerzos sin demasiados aliños: como hechos en casa, advertía el anuncio en el cartel de la entrada. Ingresó al local sin mucho entusiasmo y por ello, quizá, tuvo la ocurrencia de conjugar lo austero con lo suntuoso: sopa de legumbres, como primer plato; espagueti carbonara como segundo, manjar que, según le había informado el propio García, su jefe, era la especialidad de la casa. Empezaba a degustar la sopa de legumbres humeante que trajo a su mesa la camarera cuando sorpresivamente sintió emerger, una vez más, en su interior, esa sensación de nostalgia y de pérdida que, por razones no precisas, le había embargado horas antes. Ahora, el motivo le era perfectamente reconocible: la rememoración exacta de lo que durante unos cuantos años compartió con la que fue su esposa: esas comidas simples pero concebidas, y

perpetradas si cabe el término, en un contexto de amorosa complicidad, tanto a la hora de prepararlas cuanto de compartirlas, juntos los dos, lo que fueron los dos, a uno y otro lado de aquella mesa, la suya, la de ambos. La nostalgia no solo usurpó parte del placer prometido por ese potaje familiar y cálido, sino también el espagueti carbonara que, recomendó con especial énfasis Jiménez, le sirvieran sin mucha crema. Ello motivó que el dueño del establecimiento viniera expresamente a explicarle que el carbonara no viene con crema sino con queso, del que llaman parmesano, lo que ordenó a renglón seguido sin preocuparse de averiguar si el cliente, en ese momento Jiménez, estuviera o no de acuerdo con lo que afirmaba desde su olímpica condición de experto. La intervención del dueño atenuó en algo su elusiva inquietud, que ni siquiera el postre pudo difuminar del todo. En contraste, el café negro que selló finalmente su paso por el *Metrocafé* sí obró el milagro de reconciliarlo con el entorno y alejar esa impresión de extravío que, intermitente, no había dejado de acosarlo en las horas previas. Estaba consciente de que la lacerante impresión volvería una y otra vez en el impredecible futuro, igual que lo sucedido tantas veces en el pasado.

Serían entre las dos y media y las tres de la tarde cuando traspasó en dirección a la calle las puertas del restaurante. Un sol de justicia caía sobre la ciudad, aunque la fachada del frente alargaba su sombra hasta el centro de la calzada. En realidad, el efecto era irreal, un juego

de opacidades y devastadoras claridades, un contrapunto entre las zonas fustigadas por aquel sol inclemente y los espacios de breve sombra, que, de un modo inasequible, prometían un precario frescor. Cruzó la calle y caminó protegiéndose de la irradiación solar por los soportales y bajo los toldos y marquesinas que se sucedían hasta la esquina próxima. En frente, un pequeño parque le ofrecía la posibilidad de pasar el poco tiempo que le quedaba antes de desplazarse a la casa de la familia San Miguel. Sentado allí, en una recóndita banca, bajo la vetusta sombra de un viejo árbol, se dispuso a pensar sobre lo que iba a averiguar en aquella casa; sin embargo, algo inopinado cruzó por su mente. Se preguntó, de pronto, sin motivo alguno, acerca de su presencia en ese parque preciso, en la culminación de un peregrinaje por la ciudad iniciado al azar en horas de la mañana, luego de su entrevista con Trigueros, el jefe de balística. Lo normal, se dijo, habría sido que hubiese pasado las horas en su oficina de la Dirección de Investigaciones, revisando papeles y también los expedientes de otros casos que, como todos los días, no dejaban de llegar.

En contrapartida, quedaba en su haber lo precariamente logrado: primero, los interrogantes surgidos entre los libros de la biblioteca del ayuntamiento; luego, aquellas encontradas sensaciones experimentadas en un restaurante desconocido. En total —ese era el saldo—, un periplo enhebrado sin plan alguno preconcebido, lo que hacía que su final, el arribo a ese parque

perdido en medio de las encrucijadas de la urbe, resultara del todo sorpresivo, como si despertara de repente de un sueño. La extrañeza comenzaba a invadirle, una vez más, exiliado o, mejor dicho, excluido del trajín que, en cambio, habrían cumplido los demás en los lugares que cotidianamente transitan: su hogar, la oficina, el café de siempre. ¿Por qué había huido, inconscientemente, de su lugar de trabajo? ¿Fue acaso el temor a hundirse, una vez más, en ese tiempo vacío e inútil tras el escritorio?

¿O fue una intuición, una sospecha de que este peregrinaje sin planificación aparente respondía a la índole secreta del caso que ahora centraba sus preocupaciones? Oscuramente, tuvo la impresión de que todo se adecuaba a una secreta premonición. De algún modo, lo que experimentaba, sin lograr entenderlo a cabalidad, se asemejaba a lo que tal vez pudo llevar a Alberto San Miguel a su fatal determinación.

A lo lejos, el Volvo, aguardando su regreso como el fiel amigo que era, aparentaba llamarlo con los tenues destellos del sol sobre su gastada carrocería. La visión del entrañable vehículo alejó de él, siquiera por unos instantes, toda extrañeza, toda ajenidad de sí mismo.

CAPÍTULO TRES

El reloj de pulsera señalaba las cuatro en punto cuando llamó a la puerta de los San Miguel. Tardaron en abrir y le sorprendió que fuese la propia viuda quien apareciera en lo alto de aquella grada hollada ya por él la noche anterior. Recordó, más en su cuerpo, el frío y la incertidumbre de entonces y, sobre sus espaldas, siguiéndole, la mirada de los parientes agrupados junto a la verja exterior. Volvió a percibir algo inasequible, ilusorio, pero paradójicamente preciso: la impresión de que la puerta principal de la casa, en el momento de abrirse, fingía ser no lo que registraban sus ojos, sino, superponiéndose a lo físico y a lo evidente, una abertura, un acceso a un más allá de la casa, de algún lugar en particular, un suceso en una encrucijada de espacio y tiempo que, por su índole desusada, acaso impía, quizá sagrada en un sentido más bien ominoso, estaba destinado a permanecer en secreto. Ello, simplemente, desafiaba la naturaleza de su misión, pero estaba dispuesto a develarlo. ¿Qué más podía sino intentar lo imposible?

Abonaba a tal percepción el modo como la viuda San Miguel emergió desde el interior de la casa. Primero fue el desplazarse lento de la puerta hacia dentro y, luego, en una morosa secuencia, el perfil a medias de la mujer, su rostro mutilado entre la luz y la sombra, en un claroscuro desde cuyo fondo brillaba, fija en Jiménez, su mirada: una mirada que no expresaba temor, ni hostilidad, pero que no dejaba de proyectar una especie de desprecio, de profunda incomodidad —era posible— frente a la no deseada presencia del intruso que, en ese instante, era él y que, de todos modos y en el transcurso de esos breves segundos, juzgó, debió juzgar ella, impertinente.

Cuando terminó de abrirse por completo la pesada puerta, Daniela, la viuda, descendió con las llaves en la mano hacia la verja del jardín, desafiante en su traje de dos piezas, segura de sí, «semejante a una sacerdotisa» —se le ocurrió pensar a Jiménez—, «o casi», se dijo también, «como una deidad antigua». En realidad, no lo había notado la noche previa, Daniela, pese a su edad —indefinible por cierto— y sin ser una belleza particularmente atractiva, «nada fuera de lo común» —se complació en subrayar—, seguía siendo una mujer de aquellas que parecen estar destinadas a concitar, por un tiempo mayor al usual, el deseo, sí, el deseo físico, sin sutilezas, urgente incluso, bajo determinadas condiciones.

—Gracias por recibirme —atinó a decir.

—No se preocupe —contestó con esa, su voz madura y acariciadora—. La empleada está por el momento muy ocupada.

Con esa frase, pensó, la viuda le hacía notar, no cabía duda, ese desprecio o incomodidad que le pareció detectar en los momentos previos. Lo que en verdad le estaba diciendo, pensó también, es que no le correspondía a ella el recibirlo, sino a la empleada, y que solo la circunstancia de encontrarse esta ocupada la había obligado a abrir la puerta. Pero al mismo tiempo supuso, con suspicacia, que podía tratarse más bien de una estrategia: al salir en persona, imposibilitaba al inspector interrogar a la criada antes que a su ama. Estratagema infantil —se dijo Jiménez—, pues siempre podía él volver una y otra vez sobre los probables testigos, tantas como le pareciera necesario. Sin embargo, de cualquier manera, Daniela se adelantaba a sus intenciones e imponía, al menos en una dimensión puramente temporal, precaria, sus reglas de juego.

La mujer condujo a Jiménez a la sala donde aguardaban ya unas pocas personas: la media hermana de Daniela, los dos sobrinos de San Miguel con los que había hablado horas antes, Juan Antonio y una mujer que no conocía, pero que entendió debía ser su esposa. La viuda cumplió con las presentaciones de rigor, algo ya inocuo en casi todos los casos, pero al referirse a Lucía, de cuyo nombre él ya estaba enterado, solo dijo:

—Mi hermana.

Era, como había observado la noche anterior, de un enorme parecido con Daniela y, aunque mayor —eso ya lo sabía—, aparentaba ser un tanto más joven: lo supuso cuando, luego de ella saludarle con calculada indiferencia, volvió su rostro hacia un lado y quedó ante él de perfil, lisa la piel, hierática, inmovible. Se trataba, sin duda, de un detalle inútil, pues ambas estaban en esa edad en que la mujer sigue evidenciando, en lucha contra el tiempo, los atributos de una juventud que no termina de irse, aunque el avance de la madurez resulta también ostensible: una edad, en fin, que parece eternizarse por un cierto número de años antes de que la vejez, la verdadera vejez, esto es, el advenimiento inevitable del deterioro de la piel por fuera y por dentro, haga patente que se está ya del otro lado de la vida. Jiménez no pudo escapar a la perversa elucubración que había pergeñado momentos antes con respecto a Daniela: la suposición de que Lucía compartía con su hermana, y acaso en grado mayor, no sabía por qué, ese atributo o posibilidad más bien, inconsciente en ellas, de concitar oscuros deseos —aún—, si bien el hombre que las pretendiera, pensó en son de chisme, no pudiera ser un joven, mas tampoco un anciano. El mediodía de la existencia, meditó por breves segundos, como alcanzado por un resto de lucidez, es así de ambiguo: fatal, puesto que nada se detiene, nada es fijo, y hay, en un más allá inasible, esperándonos, una

oscuridad o una claridad algo siniestras, que no deseamos ni alcanzamos a discernir.

Para romper el hielo, como suele decirse, empezó por expresar a la familia, con el rostro vuelto hacia Daniela, sus condolencias. Nadie contestó, por lo que de inmediato y sintiendo que el hielo continuaba, endureciendo la atmósfera, preguntó sobre los preparativos del funeral. Por una décima de segundo se supo desamparado, ¿qué sucedería si continuaba el silencio? Pero Daniela, siempre con un dejo de hostilidad o resentimiento, informó que, dado que el cadáver no sería entregado a los deudos sino hasta más tarde —evitó indicar que el cuerpo del suicida se hallaba en la morgue para la autopsia de rigor—, las exequias no tendrían lugar sino hasta el día siguiente, viernes.

Jiménez no tenía la culpa de que la ley obligara en casos como ese a que el occiso debiera pasar por aquel macabro periplo de la casa a la morgue, de la morgue a la funeraria o de vuelta a la casa si así lo dispusieran los deudos y, al cabo, de la sala de velaciones donde quiera que esta se encontrara, a la cripta. No tenía culpa alguna, pero se sintió aludido, es decir, culpable.

Sin abandonar el tono de reclamo, la viuda no dejó de señalar, como para tranquilizarlo:

—Pero no se preocupe, todos los papeleos se han cumplido, felizmente, y mañana podremos dar a Alberto el adiós que se merece.

Creyó el inspector, por un instante, que la mujer iba a quebrarse, a emitir un sollozo o algo por el estilo, pero Daniela permaneció serena, inalterable. Lucía, la hermanastra, no aparentaba, igualmente, emoción alguna, pero cierto temblor en la barbilla, que se prolongaba hasta el labio inferior, tanto como la crispación de sus manos, le hicieron pensar que aquella mujer atravesaba por una lucha interna que podía derivar —se dijo mezquino, utilitario— en un punto a su favor.

—Al menos han logrado superar pronto esos trámites siempre enojosos —comentó Jiménez—. Tanto papaleo, y en momentos como este.

Nadie hizo caso de su comentario y se sintió tonto, fuera de lugar. Comprendió que el momento, a más de no ser bueno para trámites y gestiones administrativas, tampoco lo era para conversaciones como la que él, en apariencia, procuraba entablar. Allí, solo correspondía emprender lo que había venido a hacer. Lo que todos entendían que debía iniciarse, aunque les desagradara.

Preguntó a la viuda si sería factible disponer de un sitio donde pudiera conversar a solas con ella, «y con los demás, cuando fuere necesario», añadió. Daniela tardó en contestar, mientras se producía entre los circunstantes un juego de miradas cuyo significado adivinó de inmediato: lo que el inspector solicitaba era la habilitación de un lugar como cuarto de interrogatorios: tan simple y tan siniestra a la vez resultaba su petición. «Un

cuarto de interrogatorios», le pareció leer en los ojos de sus interlocutores, mientras llegaba la respuesta de la dueña de casa.

—¿Le parece, tal vez, el estudio? —dijo.

No escapó a su mirada el gesto de disgusto de Lucía. Pero no estaba ella en condiciones de discutir el asunto.

—Me parece bien —contestó—. ¿Podría usted, entonces, acompañarme?

Daniela se levantó para dirigirse al lugar donde la noche anterior habían contemplado el cadáver de Alberto San Miguel. En tanto caminaban, Jiménez detrás de ella, formuló él una petición, acaso impertinente para aquellos momentos o, al revés, absolutamente adecuada, dada la hora:

—Solo le ruego una cosa, ¿sería demasiada molestia que la empleada me pasara un café?

Sin volverse, Daniela preguntó:

—¿Cómo lo quiere?

—Negro —contestó él—. Sin azúcar.

Una vez en el estudio, la viuda lo dejó solo, para atender su pedido. Revivió entonces la escena de la noche precedente. En el lugar donde estuvo el cuerpo de San Miguel, los técnicos de la policía habían trazado su silueta con tiza blanca. El dibujo reproducía fielmente la silueta del bulto yacente en el suelo, su torsión, el brazo extendido, la mano: en el vacío que seguía a esta última,

uno podía adivinar lo que faltaba: el arma. Una cinta amarilla ceñía el escritorio. Allí, en ese ámbito, invisible, inasequible, inaprehensible y, no obstante, evidente, había una presencia: la autoridad, el poder, el Estado —se sorprendió enumerando en silencio aquellas palabras—. Palpó su bolsillo: las llaves del escritorio y de los archivos estaban allí, bajo su custodia. Comprendió de pronto el gesto de desagrado de Lucía y le dio la razón: ¿cómo hablar de la tragedia frente a aquel perfil dibujado a tiza? ¿No era como si se hallaran frente al propio cadáver?

No pudo seguir en su meditación. Daniela había regresado y él, Jiménez, tenía que emprender su ingrata tarea. Poco después ingresaba la empleada, con un charol sobre el que humeaba, fragante, la taza de café. La taza de la promisoría infusión no venía sola: en un platillo se alineaban casi militarmente unas cuantas galletas. El espíritu del inspector podía alegrarse a la vista del breve convite, pero por encima de ello predominaba lo sombrío, la huella ineludible de la tragedia, subrayada por la silueta fantasmal que se alargaba, inexcusable, en el piso.

—Señora —dijo, sin más preámbulos, luego de catar, con secreto deleite, el primer sorbo de café—, espero me disculpe que recabe su atención en horas tan dolorosas, pero no tengo más remedio que hacerlo. Seré lo más breve posible. Ante todo, ¿quisiera usted contarme sobre lo que oyó, o vio, en el instante en que, me

imagino, sonó la detonación que acabaría con la vida de su esposo, el señor San Miguel?

La interrogada no contestó enseguida, «pero», pensó Jiménez, «es natural su tardanza, o reticencia». Cualquiera que hubiese sido su situación frente a los hechos, reflexionó también, era natural que estos generaran, debían generar un clima de violenta incertidumbre, y más que en ninguna otra persona, en ella, la viuda. No podía ser de otra manera. «En tales casos, digo, en aquellos en que está de por medio un suicidio», precisó para sí, «los familiares más cercanos, incluso los amigos íntimos del occiso, suelen llevar la peor parte». En las horas que siguen al sucedido luctuoso, el inspector sabía de ello por las conversaciones que tenían lugar en la misma Policía, van profundizándose las preguntas, las dudas, los resquemores, la culpa, sobre todo la culpa: un proceso de virtual aniquilación que puede durar no solo por un tiempo prolongado —semanas, meses, años—, sino por toda una vida. Muchos no logran reponerse jamás, abocados a los mismos interrogantes desde el principio de los tiempos. Evocarlos, repetirlos, pareciera ya un lugar común y, sin embargo, se reiteran una y otra vez, tan trágicamente nuevos como lo fueron en cualquier siglo del pasado. ¿Seré yo la causa? ¿Por qué no me di cuenta de lo que planeaba? ¿Aquel comentario suyo, esa palabra, esas actitudes que no fui capaz de tomar en serio, no eran sino señales de lo que iba a suceder y yo, iluso, no pude captar su sentido, lo

que se incubaba allí, en su interior, ante mis ojos? Si tan solo hubiera conversado un poco más para entenderle, para ayudarle. Si no hubiese desplegado tanta dureza, tanta incompreensión, tanto egoísmo. En fin. Todo esto ya se sabe, pero cada vez que sucede surgen, inevitables, las preguntas, *esas* preguntas. La humanidad no deja de volver, en lances como este, a experimentar la misma culpa, la misma desorbitada sorpresa que con seguridad hicieron también presa del hombre de las cavernas inclinado, agobiado, frente a su hoguera.

Discurriendo en todo ello, Jiménez no podía sino comprender a Daniela y dejar pasar los minutos hasta que estuviese en condiciones de contestarle. Cuando lo hizo, se sorprendió un poco. Ella habló sin mirarlo, con los ojos fijos en un punto en la pared, pero su perfil emergía inexpresivo: allí no había dolor, intuyó, solo un intento, frío, desapasionado, por ajustarse a lo que debía responder, esto es, la precisa, descarnada descripción de lo que había hecho, visto y oído en los momentos inmediatos a aquello terrible que acababa de producirse en el estudio, la noche previa, allí donde ahora se encontraban, sujetos, sobre todo ella, al desaprensivo azar del destino.

Por encima del tono glacial y neutro, Daniela reconstruyó la escena previa a lo que fue casi una llamada, una convocatoria: el disparo. Jiménez pudo imaginarlo: ella y Lucía, aquella media hermana en el pequeño comedor anexo a la cocina, conversando quizás

o atisbando, mirándose una a la otra, «¿esperando tal vez —se dijo—, pero qué exactamente?» Daniela pareció contestarle:

—Esperábamos, o yo esperaba, que anoheciera un poco más para preparar la cena.

Sorprendido de nuevo, preguntó:

—¿Podría precisarme la hora?

—Alrededor de las siete y media, creo.

—¿Podría decirme qué personas estaban entonces en la casa?

—Solo los tres. Lucía, yo y Alberto, en el estudio.

—¿Siempre es así, los tres? —no podía negar que había cierto sarcasmo en la pregunta.

Daniela volvió hacia él su mirada.

—No siempre —dijo—. Lucía no vive con nosotros, pero viene con frecuencia y, bueno, nos gusta que se quede a cenar con nosotros.

Le sorprendió que hablase de ello en tiempo presente luego de lo sucedido, cuando ya no cabía el «nosotros».

Con cierta brusquedad inquirió sobre lo que hicieron al escuchar el disparo. Ella demoró en contestar, al menos por unos dos minutos interminables. Al cabo, dijo:

—Primero fue el susto, el sobresalto. Ya puede imaginarse. Luego el terror. El disparo se había producido

allí mismo, en nuestra casa, y no había duda de que la detonación provenía del estudio. De aquí, de este cuarto. Sobreponiéndonos al terror, corrimos las dos, a través del pasillo, allá, es decir, acá. La puerta estaba entreabierta, pero no me atreví a entrar de inmediato. Llamé a Alberto, dos o tres veces, pero al no contestarnos, tomadas de la mano, Lucía y yo, entramos. Allí estaba, donde ustedes han dibujado esa silueta, ese... horror.

—¿Qué hizo entonces usted? —acució el policía.

—No lo recuerdo muy bien. Estaba, más que nada, aterrada. Me incliné sobre el cuerpo de Alberto, pero Lucía me detuvo. Me dijo que no lo tocara, que había que pedir a alguien que viniera y ayudara a hacer lo que debía hacerse. Eso fue todo.

—¿Eso fue todo?

—Bueno, era evidente que Alberto se había suicidado. Allí estaba él, la pistola en su mano. La sangre. Fue horrible.

—¿Entonces? ¿Pidieron ayuda?

—Creo que lo que se nos ocurrió, fue lo más adecuado. Llamar a los parientes. Los sobrinos de Alberto. Pero a quien llamé de inmediato, el primero, fue a su hermano mayor, ya lo conoce usted. Entiendo que habló ya con ellos, me parece. Llamé a mi hijo también, pero eso fue mucho más tarde. Ya sabe, estudia en el extranjero.

—Alguien llamó a la policía, ¿sabe usted quién fue?

—No tengo la menor idea —contestó.

Pero agregó con cierta fiereza:

—Alguno de los sobrinos de mi marido. Es lógico, se trataba de un suicidio, un hecho de sangre, ¿no le parece?

Al formular la pregunta volvió su rostro hacia Jiménez. Su mirada era fría, rígida la cara.

—Es cierto —asintió el inspector—. Quien lo hizo obró muy bien. No siempre un suicidio es solo eso, un suicidio. Puede también tratarse de otra cosa.

La mirada de Daniela siguió fija en él, como si quisiera auscultar, en sus palabras, algún otro sentido. No estaba muy seguro Jiménez, pero tuvo la impresión de que un leve estremecimiento pudo atravesar, por un lapso infinitesimal, el interior de la mujer.

—Perdone que le haga otra pregunta —dijo—. Me han dicho que la pistola le pertenece a usted. ¿Es eso cierto?

Presintió, igual que segundos antes, una imperceptible torsión en ella. Su rostro se crispó, traicionando la serenidad hierática que había evidenciado hasta ese momento. Pero se repuso pronto:

—Sí —contestó—. Es parte de la herencia de mi padre, hace muchos años. Me había olvidado incluso de ella.

—Me han hablado del miedo cerval que usted tiene a las armas, a todo tipo de armas. ¿Cómo podría haber guardado por tanto tiempo la Beretta, porque se trata de una Beretta, verdad?

—Sí —contestó indecisa—. Sí, me aterrorizan las armas. Por eso la tuve siempre escondida, en un sitio secreto, donde nadie pudiera encontrarla.

—Eso me han dicho —dijo Jiménez—. Entonces, ¿cómo explica que su marido haya tenido acceso a dicha arma? ¿No dice usted que la guardaba en un lugar que nadie más conocía? ¿Ni siquiera él?

De repente ella pareció turbada y tardó en contestar. Mas, al hacerlo, no titubeó.

—Bueno, hemos convivido aquí tantos años. Es previsible que él haya conocido el lugar. Es posible que yo misma, alguna vez, me haya franqueado con él. Es posible.

—¿Podría llevarme al lugar donde guardaba usted la Beretta?

Tornó ella a mirarlo. Su rostro simulaba envejecer aceleradamente. «Sufre», imaginó el inspector. «Sufre», reiteró en sus adentros. «Parece que sufre, pero no por la muerte de San Miguel. Se trata más bien de la Beretta, creo».

—Está bien —dijo Daniela—. Pero debemos subir a mi dormitorio, en el piso de arriba. Les parecerá a todos muy extraño.

—Lo siento mucho —expresó Jiménez—. Pero necesito verificar todo lo relacionado con el suicidio. Es mi deber hacerlo.

—Está bien —repitió la mujer—. Subamos, entonces.

La siguió y pronto entendió, en parte, la razón inmediata de su renuencia a subir hacia el dormitorio. La escalera interior que conduce al segundo piso es parte de la sala de la casa, situada en un extremo de esta. Quienes se encontraban allí, esperando, no dejaron de sorprenderse al ver a Daniela y al inspector aparecer, así, de pronto, y emprender el ascenso. Ella caminaba cabizbaja. Jiménez, en cambio, no dejó de dirigir una rápida mirada a los allí sentados. Algo llamó su atención: era la mirada de Lucía fija en su hermana, fija y dura, como un relámpago cegante.

El dormitorio del matrimonio San Miguel era bastante amplio, al igual que el ancho lecho conyugal, de esos de más de dos plazas según el argot del mercado. Alrededor, los muebles de rigor: una cómoda y las mesas de noche o veladores, las tres piezas de estilo antiguo; un sofá - baúl al pie de la cama, dos sillones, un secreter, todos de buena madera, y algo que concitó el interés del inspector, «algo no muy usual en los hogares de clase media», recapacitó, si bien lo había visto ya en algunas casas: de modo contrapuesto, a uno y otro lado de la habitación, se alargaban, a manera de pasadizos,

los cuartos de vestir de los cónyuges y, en su extremo, el baño particular de cada uno de ellos: espacios no compartidos, de uso exclusivo, a la izquierda el vestidor y el baño de Daniela; a la derecha, los del marido, el ahora extinto San Miguel. «No sé por qué —reflexionó Jiménez—, pero este detalle de los baños contrapuestos indica cierta ostentación, si bien no aparentan poseer demasiado dinero». Dudó por unos segundos: «¿Será una estrategia? ¿Un modo de no atraer la atención de nadie sobre ello?».

Le acometía, a más de la duda, otra sensación: la de haber estado ya en aquella estancia. No era posible, pero recordó vagamente el manuscrito de San Miguel, aquella lectura en horas de la madrugada.

Daniela avanzó, seguida por él, hasta su ropero. Al llegar, accionó un interruptor en la pared y una lámpara fluorescente iluminó abrupta el ámbito, algo estrecho más bien. Jiménez vio, alineados, a uno y otro costado, colgando en los clósets, sus vestidos, los ternos femeninos, los abrigos, las blusas y, en las zonas inferiores, los zapatos y otros objetos. Un leve perfume derivaba tenue de alguna parte, volviendo realmente íntimo, o recoleto, el clima prevaleciente en ese espacio donde él, el representante de la Policía, se erguía, culpable casi, invasor, puesto que se trataba de un lugar donde aquella mujer, viuda ahora, debía ejercer, podía imaginarlo, sus avatares más recónditos.

Siguió con extrema curiosidad sus maniobras. Del bolsillo de su chaqueta sacó ella una pequeña llave con la que abrió un cofre oculto en una de las gavetas del clóset. El cofre llamó su atención: parecía antiguo, de bronce, con pequeños altorrelieves de perfiles romanos o griegos. De allí extrajo Daniela una llave algo más grande y pronto vio su mano, armada así, hundirse entre las blusas pendientes de sus respectivos percheros en el centro del ropero. Escuchó un clic e imaginó la compuerta secreta, oculta tras esas breves prendas de mujer. No pudo sino hacer a un lado las blusas y contemplar lo que había imaginado: el interior de una pequeña caja fuerte empotrada en la madera del mueble, en la sombra. Vio unos fajos de billetes, unas cuantas joyas femeninas, un paquete de cartas, objetos minúsculos, indescifrables.

—Aquí la tuve guardada, todos estos años —susurró Daniela—. Mire, el estuche.

Se trataba de una caja de madera lustrosa. Abriéndola, el interior de terciopelo se ahondaba en una oquedad que reproducía exactamente el perfil, la anatomía de la Beretta 84FS, su volumen, sus anfractuosidades, y recordó, al pensar en su funcionamiento, los comentarios hostiles del jefe de balística, Trigueros.

—¿Una herencia? —preguntó, aunque ya conocía su procedencia, si es que era verdad lo informado por Daniela. En tanto formulaba la pregunta recogió del fondo del estuche un papel doblado en cuatro.

—De mi padre —contestó Daniela—. Sabíamos que lo había comprado en un viaje que hizo por el País Vasco, en España, hace tiempo. A su muerte, entre tantas cosas de las que una debe hacerse cargo, estaba el arma. La guardé cuidadosamente y no conté a nadie de su existencia aquí, en este escondite.

—¿Ni siquiera a su marido? —interrogó Jiménez, mientras desdoblaba el papel.

—Ni siquiera a él, en principio —contestó.

—¿Alguna vez intentó desprenderse del arma? —preguntó.

—Varias veces —dijo—. Lo que yo quería es venderla, pero luego impusieron esa ley por la cual es un delito poseer armas sin declararlas, sin obtener un permiso. Tuve miedo entonces. Nunca realmente averigüé de los trámites que hay que hacer al respecto.

El papelito contenía un dibujo del arma, una especie de plano y las instrucciones para su uso. Lo guardó en su bolsillo, sin recabar permiso alguno de la viuda. Al fin y al cabo, se dijo, el arma estaba en manos de la Policía.

—Pero dígame —inquirió—, ¿cómo es que su marido se apoderó de la pistola? ¿Si no sabía siquiera de su existencia?

—Bueno, finalmente, con el tiempo, su existencia dejó de ser un secreto para la familia. No así el lugar en que la guardaba.

—Entonces —insistió el inspector—, ¿cómo llegó a sus manos el arma?

—No lo sé —contestó y Jiménez tuvo la seguridad de que en esos instantes mentía—. No lo sé, tal vez pudo espíarme y encontró la manera de abrir la caja fuerte, es lo que me parece, no veo otra posibilidad.

—Pero usted guardaba celosamente las llaves. Lo acabo de ver —comentó el detective.

—Es cierto, pero no siempre una está pendiente de todo, ¿no le parece? Debió, en algún momento de descuido mío, o de ausencia, apoderarse de esta llave que casi siempre llevo conmigo. No sé, todo es posible.

Mientras hablaba, mostraba la pequeña llave, pendiente de una cadenita de oro, asimismo leve: una suerte de llavero mínimo, casi invisible.

Jiménez juzgó que no convenía seguir presionando a la viuda en torno a este punto; sin embargo, la duda cundía en su mente. La versión de Daniela resultaba bastante plausible: sí, era posible, hasta novelesco, imaginarse al occiso espionando a su mujer a través de aquellas sedas y gasas tan delicadas, transparentes algunas. ¿El occiso espionando a su mujer, en tanto tramaba su muerte, su propia muerte? Jiménez no podía sino dudar, dado que tenía, a la vez, la sensación de que la viuda elaboraba su teoría sobre la marcha, en esos mismos momentos, acuciada por los interrogantes.

«Es astuta», pensó.

Abandonaron en silencio el dormitorio y tornaron a bajar por aquellas escaleras, expuestos al incómodo escrutinio de los ocupantes de la sala.

—Hay algo sobre lo que quería escuchar su opinión —dijo abruptamente Jiménez, cuando llegaban al pie de la escalera y ella, suponiendo que había terminado su interrogatorio, hizo ademán de penetrar en la sala.

Se detuvo y, al volverse hacia el inspector, su rostro denotaba evidentemente incomodidad, enfado, incertidumbre quizás. O acaso, también, sufrimiento.

—Será por pocos minutos —explicó el policía—. Creo que debemos volver al estudio.

No hizo comentario alguno, pero estaba claro que se le hacía difícil retornar a aquella estancia donde el dibujo de tiza en el suelo rememoraba, tangible, no solo el cuerpo del difunto, sino el momento de su muerte, la torsión definitiva, el gesto final que coronaba, protervo y falaz, su existencia.

—Está bien —dijo.

De nuevo en el estudio, Jiménez formuló la tercera pregunta que había preparado para ella:

—¿Qué razones, cree usted, habrían motivado a su marido, Alberto San Miguel, a suicidarse?

—No he tenido tiempo de reflexionar sobre ello —dijo, al cabo de unos segundos.

—Entonces, la ayudaré —dijo el inspector—. Por ejemplo, en los últimos tiempos, ¿estaba extraño, tal vez perturbado? ¿Notó, quizás, un cambio en su forma de ser? ¿Sufría de depresión? ¿Es posible que sufriera de depresión? ¿Una enfermedad incurable? ¿O estaba afrontando algún grave problema, de cualquier tipo? Por ejemplo, ¿alguna situación relacionada con su trabajo? ¿Graves problemas económicos, quizás?

Daniela caviló por unos instantes, el rostro vuelto hacia otro lado, cual si esquivara, con intención manifiesta, la mirada de Jiménez, la fijeza casi obsesiva con que este rastreaba sin disimulo los menores gestos, aun los más leves. Ella, era de esperarse, experimentaba —lo reflejaba en su cara— una profunda incomodidad.

Finalmente habló. De sus palabras pudo el inspector dibujar un perfil, siquiera provisional, de quien fue el hombre llamado Alberto San Miguel. Quizá tuvo, Daniela, la intención de reivindicarlo, describiéndolo como una persona de aquellas que no toleran obstáculo alguno en el cumplimiento de sus designios. Este rasgo de su carácter, según ciertas palabras de la viuda, pudo influir en su fatal determinación. Pero Jiménez entrevió algo, no diría que perturbador, sino más bien obscuro. Sospechó que debía tratarse de un ser convencido de poseer los mejores atributos en cuanto hombre, alguien seguro de que aquello que se proponía o planteaba debía ser necesariamente aceptado, no por su bondad o

pertinencia, sino simplemente porque se trataba de él, de Alberto San Miguel. Todo ello, si bien estaba en el origen de algunos de sus éxitos profesionales, también podía hallarse en el de muchas de sus frustraciones, incluyendo las de un orden más íntimo o inconfesable.

Si en principio pareció que Daniela procuraba de alguna manera presentar una imagen hasta cierto punto positiva del difunto, no tardó mucho, cualesquiera haya sido su propósito primigenio, en refutar lo poco que había dicho dentro de esa línea. Pronto emergió de él, en las propias palabras de la viuda, una impresión totalmente adversa. Paso a paso, fueron adquiriendo aquellas palabras un tono de rencor cada vez más preciso, casi, pensó él, de soterrada venganza. De lo que llegaba a insinuar, por ejemplo, sin decirlo expresamente, se infería que fue también un hipócrita y un ambicioso y, a la par, un mujeriego —de allí ese rencor, esa suerte de venganza—; un mujeriego, subrayó la viuda, que se cuidó siempre de no traspasar ciertos límites. Era pues mujeriego y astuto: no sería posible —«felizmente», musitó Daniela— achacarle aventuras prolongadas o hijos fuera del matrimonio, algo que las esposas suelen temer con justificado pavor. Pero a fin de ilustrar lo que ella quería relieves, esa modalidad del carácter de San Miguel atinente a no tolerar que algo refutara la imagen que de sí mismo tenía, no dudó en poner un ejemplo.

—Era muy mujeriego —repitió—. Como muchos hombres, estaba muy seguro de su condición de macho,

de seductor. Algo que en lugar de atenuarse fue acentuándose con el tiempo, conforme envejecía. Que una mujer pudiera rechazarle era un absurdo y si ello sucedía no lo entendía, se irritaba, se sentía terriblemente frustrado. A esta conclusión llegué luego de un episodio que conocí de labios de una antigua amiga, quien, creo, me lo contó con cierta dosis de malignidad, me parece —acotó—. Pero no creo que esto tenga algún interés para usted.

—Al contrario, me interesa mucho —repuso Jiménez—. Por favor, continúe.

—Está bien —dijo Daniela—. Ocurrió en una reunión social. ¿Sabe?, últimamente yo ya no acompañaba a Alberto a esas reuniones. Me dijo, mi amiga, que Alberto, un hombre ya en la sesentena, se había encaprichado en molestar a una chica bastante joven y que apenas acababa de conocer allí, en la fiesta. Parece finalmente que, cegado por el deseo, o por el alcohol, no lo sé, propuso a la joven que se fuera con él, esa misma noche, a un hotel o a cualquier otra parte. La chica se había negado y él, furioso, la había tildado de tímida, de pacata, de insegura, de hija de papá. Se supo de estos epítetos porque la misma chica se encargó de contarlos. En ningún momento, y esto era lo que recalaba mi amiga, pudo Alberto aceptar que la muchacha solo viera en él a un viejo, alguien sin atractivo para ella, o ambas cosas a la vez. No le era posible imaginar que la muchacha pudiera negarse a su proposición por razones tan simples como

esas: un hombre mayor, nadie a sus ojos. Era impensable desde su modo de ver. Solo podía atribuir la negativa a su propuesta a lo que espetó a la chica: inseguridad, timidez, pacatería, falta de atrevimiento. Frustraciones así tenían en Alberto un efecto devastador, lo llevaban a un estado profundo de irritación y, en ocasiones, a la depresión.

—Pero, ¿llegar hasta el suicidio? ¿No le parece demasiado extremo?

—Creo tener una explicación —expresó la viuda—. Por un lado estaban esas cosas, como la que acabo de contarle. Por otro lado, sin embargo, Alberto quería mantener la tranquilidad de su vida: un hogar honorable, una esposa irreprochable, una familia, en fin.

—No la entiendo —dijo Jiménez—. ¿Hay algo más que quiera decirme? Porque su explicación, su teoría digamos, es un poco irreal, un poco esquizofrénica, ¿no le parece?

Daniela volvió su rostro hacia él y su expresión, ahora sí, denotaba sufrimiento, pero también sorpresa, perplejidad.

Jiménez decidió no darle tregua:

—¿Sabe usted algo? ¿Hay alguna situación que ha llevado a su marido a un límite insostenible? ¿Conoce algo de ello?

—Y usted, ¿sabe algo? —preguntó a su vez Daniela, mirándole fijamente.

—No importa lo que yo sepa —contestó él—. Lo que interesa ahora es su versión de los hechos.

—Es duro decirlo —musitó Daniela, girando el rostro para fijar su mirada en la silueta del suicida en el suelo. Jiménez no reparó en ello. Lo que concitaba su interés era el perfil de la viuda: su faz alargada, tersa, sin una arruga, extraña y atractivamente joven.

—Es duro decirlo —repitió ella, mecánicamente—. Lo que sucede es que Alberto en los últimos tiempos había incubado, ¿esa podría ser la palabra?, un interés sumamente reprochable, imposible de aceptar o de concebir siquiera, en una familiar mía, muy íntima.

Se detuvo. Era evidente que afrontaba una profunda contradicción interior.

—La verdad es que esto no lo supimos sino hasta hace muy pocos días —prosiguió Daniela—. Alberto pasó de las intenciones a los hechos. Contra la voluntad de mi pariente, trató de forzarla y no sé, ahora, en este momento, si llegó a abusar de ella. No lo sé y no quiero saberlo.

Se cubrió con una mano el rostro, como si fuera a llorar, pero no lo hizo. «Afortunadamente», pensó Jiménez.

—Esa pariente —preguntó—, ¿está aquí? ¿En la casa?

—Sí —contestó ella—. Y no hace falta que repita su nombre.

—Pero —inquirió él—, ¿cómo lo supo usted?

—Ella misma me lo contó. Somos muy unidas.

—Y cuando lo supo, ¿qué hizo usted?

—Hablé con él, con Alberto. Le increpé, lo odié, ¿qué otra cosa podía hacer? Le dije que nuestro matrimonio había terminado y que, simplemente, debía irse de la casa, para siempre.

—¿Se defendió él? ¿Negó los hechos?

—No —contestó Daniela—. Tuvo el coraje de aceptarlo, pero pidió perdón, aunque no exactamente. No sabría cómo decirlo. Pidió perdón, sí, pero añadió que todo ello, su confusión, su equivocación, se debía a que estaba atravesando momentos de suma presión. «Es posible», dijo, y no estoy segura de si esas fueron sus exactas palabras, «que todo esto sea producto de mi extravío, me están presionando mucho, ¿comprendes?».

—¿Usted lo perdonó? Mejor dicho, ¿comprendió lo que quiso decirle?

—¿Qué quería que comprendiera? —contestó la viuda, casi con cólera—. Lo que hizo es imperdonable. Era evidente que ya no podía vivir aquí. Mi decisión ha sido inflexible, hasta hoy. Y quizás he ido demasiado lejos. Mire usted, su suicidio.

Se cubrió nuevamente el rostro con las manos, inclinó la cabeza y el inspector pudo entender que sollozaba realmente. En la pausa que siguió, Jiménez recordó vagamente lo leído en la mañana sobre el suicidio

interpuesto. Lo que acababa de revelar la viuda de San Miguel abría un espacio de incertidumbre, una serie de dudas que complejizaba los hechos, más allá de lo que en principio podía calificarse de una simple complicación de carácter sentimental o sexual.

—Entonces —preguntó, solo por despejar toda duda—, no se trata, su muerte quiero decir, ¿de problemas económicos?

—No —contestó ella, bruscamente repuesta—. En realidad había acumulado mucho dinero. En los últimos años, ya sabe. Pero habíamos decidido no dejar que una cosa así se transparentara. Uno nunca sabe si hay malhechores acechando, un secuestro por ejemplo, un robo.

—Entiendo —repuso Jiménez.

Dando por terminado el interrogatorio a la viuda de San Miguel, Jiménez solicitó la presencia de Lucía, la media hermana. Antes de que esta llegara, marcó en su celular el número de la Dirección de Investigaciones y requirió del oficial de turno el envío, lo más pronto, de un técnico en materia dactiloscópica.

—Es urgente —insistió, al tiempo que la mujer llamada Lucía ingresaba en la habitación.

Ahora que la tenía cerca y a solas, no alcanzaba a discernir lo que realmente promovía en él aquella mujer. Le era difícil precisarlo: ¿agrado, algo tan simple?, tal vez, sí. ¿Complacencia?, también, quizás. ¿Temor?,

posiblemente. Sí, se dijo, sobre todo eso: temor, esa edad suya tan indefinible, esa distancia.

Mientras la mujer se acercaba, Jiménez pensó en que estaba bien desplazar una de aquellas estrategias inusuales, solo suyas, no contempladas en los instructivos de la Dirección General de Investigaciones y que eran parte de su más íntimo arsenal, utilizado ya en alguna otra oportunidad anterior. Se trataba, ante seres como la media hermana de Daniela, de dejarse llevar por las sensaciones o ideas que pudiera generar en él su presencia, su proximidad; de ese modo, se decía, podría llegar a comprender lo que ese mismo ser había provocado en el occiso, cuando vivía. Si alguna vez discutió del asunto con un colega, este lo calificó sin más de cínico, de «absolutamente inapropiado», tal fue su indignada admonición.

Le preguntó si era casada. Ella esbozó, entonces, en breves términos, el escueto relato de su vida, como quien da a conocer sus credenciales, edad, estatura, estado civil, nacionalidad, etcétera.

—Estuve casada hace tiempo —contestó—, pero luego de divorciarme tomé la decisión de no volver a comprometerme con nadie. Es más, desde que tuve un accidente del que me salvé de milagro, me prometí no complicarme la vida, por nada y por nadie.

«Está, pues, en veda», pensó Jiménez, observando la hermosa pendiente de las rodillas sobresaliendo del filo de la falda. «Es una pena».

—Mi acercamiento con Daniela, somos medio hermanas, ¿sabe? —continuó ella—, nació así, del accidente, la necesidad de alguien en quien confiar y, ya se imagina usted, la sangre, la hermandad, el provenir del mismo padre, el haber descubierto tantas cosas en común. Usted se imagina —repitió.

Le gustó su voz y, en el fondo —sus procedimientos de investigación comenzaban a dar resultados—, pudo comprender a Alberto San Miguel en aquel azar tan repentino e impredecible, denunciado minutos antes frente a él por la viuda. Enseguida, y en tanto la mujer guardaba silencio, se desdijo. «Alguien podría cuestionar lo de impredecible: la familiaridad —contraargumentaba íntimamente—, la frecuencia en el trato, esa casi convivencia que el propio cónyuge suele alimentar, inocente de los probables efectos, pueden encender —es bastante usual—, relacionamientos prohibidos, riesgosos, fatales en ocasiones. La prueba la tenía allí, en Alberto San Miguel. Sin embargo, lo hecho por este, aún bajo la influencia de las circunstancias señaladas y de otras todavía no conocidas, como la aludida por Daniela en su testimonio, no lo exoneraba de culpa.

¿Parecían aclararse las probables causas del suicidio? «No del todo —pensó Jiménez—. Como siempre, o casi siempre —se dijo—, quedan, mejor dicho, se abren nuevas zonas de penumbra, difíciles de esclarecer». Sabía bien de ello. En la investigación que adelantaba desde la madrugada anterior era ya, sin duda, poseedor de

detalles a todas luces significativos. Inclusive, mientras conducía los interrogatorios, abrigaba una impresión extraña: los interpelados —Daniela, Lucía— cobraban un cariz de marionetas que él accionaba al tenor de su conocimiento de los hechos. Recordó que en algún momento Daniela hasta le miró con sospecha y aún le preguntó sobre cuánto conocía ya de lo sucedido. Y, sin embargo, necesitaba saber más. Ante todo, en relación con lo acontecido exactamente en el momento de la muerte, su entorno —digamos— externo. ¿Hubo testigos? ¿Qué sucedió en los instantes previos? ¿Estuvo solo? ¿Era verdad que Daniela y Lucía se encontraban lejos, en el comedor de diario, tal como acababa de confirmarle la viuda? Y, por sobre ello, ¿qué otras circunstancias pesaban en el ánimo del suicida en los días precedentes a su muerte?

Formuló a Lucía las mismas preguntas que a Daniela. Pese a sus respuestas continuó inmerso en la incertidumbre. Otra sospecha se abrió también paso: una oscura intuición en cuanto a la verdad más íntima de aquella muerte, una verdad que continuaba escapándosele.

Ambas mujeres parecían seguir en sus respuestas un guión predeterminado. Casi con las mismas palabras describió Lucía el momento en que escucharon el disparo desde el comedor de diario, su precipitado desplazarse al lugar de la muerte, el terror, la sorpresa. Coincidió también en el análisis, sucinto pero directo,

sobre la forma de ser del difunto. Pero su declaración tomó obviamente otro rumbo al describir el acoso de San Miguel.

Ella había pronunciado la palabra acoso. Pero, pensó el inspector, ¿se trataba realmente de acoso? El término, reflexionó, tiene una connotación de prolongación en el tiempo, tal como determinan los diccionarios a la hora de consignar sus posibles sinónimos, persecución u hostigamiento, palabras que implican no un acto imprevisto, único, sino, al contrario, una sucesión de hechos relacionados: así, el acosar tiene, entre sus probables significaciones, aquello de ser la sombra de alguien y el no cejar en el perseguimiento ni de día ni de noche. Coadyuvaba a sus dudas el propio relato de Lucía según el cual, lo ocurrido entre ella y San Miguel parecía más bien lo contrario: algo imprevisto —para la víctima, al menos—, un instante violento, fulgurante, impensado, un súbito acontecer de esos que, pese a su brevedad, a su alucinante y rápido advenimiento, logran transformar radicalmente el curso de la existencia. «Para la víctima al menos», repitió, en silencio. «Pero para el suicida San Miguel, yo bien sé que todo fue de otra manera».

—Daniela no ha podido sino decir la verdad —dijo Lucía, respondiendo a la inevitable pregunta que tarde o temprano debía formularle Jiménez: aquella atinente al acometimiento sexual de su cuñado, Alberto San Miguel.

—¿Pudo haber algún motivo previo que impulsara a San Miguel a cometer ese acto, digo, algún entendimiento entre ustedes, entre usted y San Miguel? —preguntó el detective con brutalidad.

Lucía se irguió, ofendida. Su mirada se posó en él, encendida, igual que un relámpago.

—De ninguna manera —expresó—. Jamás. Creo que él tuvo algo como un acceso de locura. Tal vez, no estoy segura, pudo pensar en la posibilidad de abordarme desde hace tiempo. Ambas cosas son posibles, ¿no le parece? Quizás esa tarde —porque fue hace como una semana, una tarde en que Daniela no estaba en casa y yo me había quedado sola, esperándola—, algo en mí pudo atraer violentamente la atención de Alberto, algo que intensificó su deseo y el resultado fue ese: su abuso, porque debo confesarlo, él abusó de mí, hasta un extremo que no he podido contar a Daniela ni a nadie. Ya se imagina, usted.

Mientras rememoraba, la mirada de Lucía se fue apartando lentamente de Jiménez hasta posarse, desorbitada, en un lugar indeterminado, contrastando con la aparente serenidad de sus palabras precisas, claras, contundentes.

—Entiendo que usted no quiera que Daniela se entere de los detalles —dijo el inspector—. Sin embargo, ¿hay algo más que usted considere necesario decirme? ¿Algo que le es difícil guardar? ¿No cree que debiera usted desahogarse un poco?

Lucía volvió a fijar en él una mirada dura, pero esta vez no parecía ofendida, sino, más bien, profundamente sorprendida, como si la exhortación del detective hubiese sondeado niveles realmente oscuros, perturbadores en extremo.

—No puedo describir exactamente lo sucedido. En el fondo —contestó por fin—, no quiero hacerlo. Solo le diré que por encima de la violación, del abuso, de la brutalidad, hubo algo más doloroso. Creo que Alberto, ¡por qué repetiré su nombre!, se convirtió en otro ser en el momento de acceder a mí, de descubrir mi piel, mi verdadera piel. No era el hombre que había conocido. Era un monstruo. No tuvo ningún límite. Yo ni siquiera me sentí mujer, ni siquiera un ser. Todo transcurrió en una dimensión verdaderamente distinta. Me es difícil explicar. No quiero hacerlo.

Se estremeció toda, bajó la cabeza y Jiménez entendió que no debía o no sería posible presionarla más. Por ello, se sorprendió cuando luego de una pausa escuchó de nuevo su voz, como si llegara de muy lejos:

—Desde ese día —dijo Lucía—, todo cambió en la casa. Regresé a mi departamento sin esperar a Daniela, pero a la noche tomé el teléfono y, muy a mi pesar, le conté todo.

—¿Todo?

—Bueno, casi todo —puntualizó.

—¿Cómo reaccionó Daniela?

—Con ira —contestó—. Se sintió traicionada, absolutamente traicionada. «Aquí, en nuestra propia casa», recuerdo que exclamó airada, profundamente herida. Contra todo lo que yo esperaba o temía, no me acusó de nada, algo que podía suceder, ¿no cree usted? Trató más bien de consolarme, como la víctima que era yo y no tardó en tomar una decisión radical, la única que ambas creímos posible: encarar a su marido, pedirle cuentas, enrostrarle lo sucedido.

—¿Le habló de ello después? ¿Usted siguió frecuentando la casa?

—Fue Daniela quien me pidió que no dejara de venir, que me necesitaba más que nunca, que ambas debíamos enfrentar juntas la situación. Yo no podía traicionarla y no dejé de venir, como ahora. Pero entenderá usted, me ha costado mucho, me cuesta mucho.

—Comprendo —dijo Jiménez—. Pero ¿qué decisión tomó Daniela con respecto a su marido?

—Fue muy directa. Según me contó, le dio un plazo para que abandonara la casa. Es imposible que permanezca aquí, parece que le dijo. Como nunca, nuestra relación de hermanas se hizo más estrecha y ya no pudimos ver a ese hombre, su marido, sino como a un enemigo, alguien que ninguna de las dos podía tolerar.

—¿Y qué hizo el difunto? Según me parece, no se fue de la casa —acotó Jiménez.

—Se encerró en el estudio —informó Lucía—. De allí salía sin vernos, se iba a la calle y regresaba muy tarde, entiendo. Hasta la noche de ayer. Le juro, inspector, ese disparo resonará para siempre en mis oídos.

—En estos días, ¿cómo hacía para vestirse? ¿Comer? ¿Bañarse?

—No lo sé ni me importa —señaló airada, Lucía.

El inspector pudo imaginar por un instante la atmósfera que debió instalarse en la casa luego de aquel disparo y que ninguna de las dos mujeres estaría dispuesta a describir. Pero imaginó también lo vivido por ellas durante los días previos, inmediatamente previos: el silencio expandiéndose por las habitaciones, el clima del rencor o del odio volviéndose casi físico, es decir, palpable, alcanzándolos a unos y a otros; esos pequeños sonidos, o el eco de ciertas palabras, promoviendo, en distintos lugares, el temor, la expectativa lacerante, la espera. Imaginó la figura de San Miguel desplazándose, según había señalado Daniela, fugitivo, esquivo, desde el estudio hacia la puerta de la calle y, más tarde, en horas de la noche, sus pasos en el trajín apenas audible del no deseado retorno: la ira, el miedo, la perplejidad cundiendo en el ser de cada uno de ellos hasta el disparo escuchado en la noche de ese miércoles infausto, a eso de las siete o siete y media, poco antes de la cena.

¿Qué cena, pensó Jiménez, cómo podían hablar de una cena aquellos tres seres enfrascados en la aventura

de destruirse unos a otros o, por lo menos, dos de ellos, las féminas, al otro, el macho réprobo?

Por otro lado, se preguntaba, ¿sería así, como provisionalmente lo imaginaba? ¿Y el misterio no dilucidado de la pistola de Daniela? ¿Su imprevista aparición en la mano del suicida, no autorizado para tenerla en su poder?

Determinó que hacía falta interrogar a un tercer testigo que no podía ser sino la criada, quien, casualmente, se encontraba haciendo labores extra en la casa.

Pidió a Lucía que la enviara al estudio. Cuando formuló la petición, ella le miró aprensiva, pero accedió enseguida. No podía oponerse a lo que era en realidad un mandato. Algo con fuerza de ley.

Unos seis o siete minutos después apareció la criada. Traía en una bandeja una nueva taza de café que el inspector recibió agradecido.

—¿Su nombre? —preguntó, mientras le indicaba que tomara asiento en la misma silla ocupada antes por las dos hermanas.

—Carmenza —contestó—. Carmenza Ramolino, para servirle.

Antes de proceder al interrogatorio advirtió a la mujer de las penas a que se exponía por perjurio y ocultamiento de la verdad, si por alguna razón se arriesgaba a mentirle o a distorsionar la realidad de los hechos. «Los hechos de los que usted ha sido testigo», enfatizó.

La mujer asintió, pero era evidente su nerviosismo y también su renuencia.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí, Carmenza?

—Casi seis años, señor —respondió.

—Es decir, que conoce muy bien los hábitos y formas de ser de las personas que viven aquí, ¿verdad?

—No del todo, señor. Primero, soy una empleada de puertas afuera, vengo en la mañana y me voy por la tarde, más o menos a las seis, o seis y media.

—Entonces, ¿no estaba usted aquí, anoche, al momento de suceder la muerte del señor San Miguel?

—Sí —dijo—. La señora me había pedido a principios de semana que me quedara un poco más de tiempo, siquiera hasta las ocho. Parecía necesitar de mi presencia. Algo muy raro sucedía entre ellos, digo, con el señor San Miguel.

—¿Y esa petición le causaba a usted algún problema?

—Sí, por la hora. Siempre tomo el bus de regreso a mi casa antes de las siete. Pero la señora me ha estado facilitando el pago de un taxi. Ayer mismo, me quedé hasta muy tarde.

—Dígame, Carmenza, ¿escuchó usted el disparo que acabó con la vida de su patrono, a eso de las siete y media, anoche?

—Sí. Estaba en la cocina preparando la cena. Poco antes, la señora y su hermana, la señorita Lucía, llegaron

apresuradas desde el estudio y se sentaron a la mesa, en el comedor de diario, junto a la cocina.

—¿Pudo usted verlas? ¿Llegaron así, apresuradas, y venían en efecto desde el estudio?

—Sí, las pude ver, la puerta de la cocina entreabierta permite ver parte del interior de la casa.

—¿Qué vio exactamente?

—Bien —pareció dudar Carmenza—, bueno, en realidad quien entró al estudio fue doña Daniela. La señorita Lucía se mantuvo fuera, cerca de la puerta, como escuchando lo que pasaba adentro.

—Luego, según usted, la señora Daniela salió del estudio y regresaron y se sentaron a la mesa. ¿Hablaban? ¿Qué hicieron? —acució Jiménez.

—Se sentaron, nada más, calladas las dos, como preocupadas, como si esperaran algo. Eso me llamó la atención. Un poco más tarde sonó el disparo y ellas se levantaron y se dirigieron a la oficina del señor, pero lentamente, como si tuvieran miedo de lo que iban a ver o encontrar.

—Y a usted, ¿eso le llamó la atención?

—Pues sí —dijo con decisión Carmenza—. No corrieron, avanzaron con lentitud, con miedo, me dije, y yo, que quería llegar pronto para ver lo que había sucedido, no tuve más remedio que ir tras ellas, despacio.

—¿Cuánto tiempo cree usted que transcurrió entre el retorno de las señoras desde el estudio y el disparo que oyeron?

—No podría decirle... El tiempo que duró cocinarse lo que estaba haciendo, ¿unos quince o veinte minutos, tal vez?

—¿Qué pasó después?

—Entramos al estudio y lo que vi fue horrible. El señor caído allí, con la pistola en la mano. La sangre. Entonces, la señora se convulsionó, regresó corriendo hacia el comedor, seguida por la señorita Lucía. En el comedor hay un teléfono, llamó a alguien, no sé, y pidió que la ayudaran, exigió que vinieran pronto, que el señor San Miguel había muerto, eso es lo que decía.

—Carmenza, una pregunta más. ¿Recuerda usted cómo vestían las señoras en aquellos momentos? Es decir, a esa hora, las siete más o menos, ¿verdad?

—Sí —contestó con cierta seguridad Carmenza—. Estaban ambas de negro. Me figuré que tal vez se habían preparado para ir a alguna reunión, ya sabe usted, algún compromiso.

—Una última pregunta —dijo él—. ¿Recuerda algo que le haya llamado la atención, en las horas previas, en la tarde, por la mañana?

Carmenza guardó silencio por un momento, tratando de recordar.

—Bueno, sí —contestó—. Fue en la tarde. Un señor llamó y pidió hablar con la señora. Lo que me intrigó, no sé por qué, fue que primero averiguó si el señor San Miguel estaba aquí. Al decirle yo que no estaba, pidió lo que le dije: hablar con la señora. La llamé y luego la escuché que conversaba en voz baja por un largo rato.

—¿Cómo se llamaba la persona que llamó?

—Recuerdo solo su apellido, Espinosa.

—¿Y pasó algo después?

—Cuando la señora dejó de hablar se dirigió al estudio. Permaneció allí por un rato. Luego salió. Llevaba en sus manos unos papeles. Aparte de esto, no creo que haya pasado algo más, algo que pudiera haber llamado la atención.

No quiso interrogar más a la criada. Con lo que dijo, pensó, podía ya formarse una idea de lo que había sucedido. Le pidió, no obstante, que lo llevara hasta las habitaciones aún no exploradas por él: la cocina, el pequeño comedor de diario, la zona, en fin, desde donde los tres testigos femeninos, cuyas declaraciones acababa de receptor, escucharon el disparo que había terminado con la vida de San Miguel.

En la cocina, guiado por Carmenza, se ubicó en el lugar habitual donde ella dijo acostumbraba cumplir la mayor parte de sus labores. Le ordenó que entreabriera la puerta de la habitación y, en efecto, pudo ver desde allí parte del corredor y, al final, la puerta del estudio.

Por unos minutos se sentó a la mesa del comedor de diario, esto es, en el lugar preciso donde Daniela y su media hermana, una vez llegadas desde el estudio, habían escuchado el disparo. De acuerdo con lo dicho por la criada, parecería que estaban esperando escucharlo. Jiménez se dirigió luego, despacio, hacia la puerta de la habitación en la que San Miguel procuró su propia muerte. Regresó de allí, lentamente, al pequeño comedor de diario. Esperó, no sabía qué, por otro lapso indefinido aunque breve. Acaso aguardaba, como en una ensoñación, escuchar a lo lejos el accionar del arma en la mano de San Miguel y luego el estruendo y el golpe seco de un cuerpo cayendo en el interior del estudio. Creyó haber escuchado en algún momento de su inmediato pasado todo lo receptado de labios de la criada, como si fuese él mismo uno de los testigos interrogados. Lo contado por Carmenza, imaginado por él tan vívidamente, se tornaba de pronto parte de su propia memoria. Y mientras se obcecaba en tan peregrina quimera, sentía que, desde la sala de la casa, los parientes allí reunidos, seguían en silencio sus pasos.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta de calle. Entendió que eran los técnicos de la oficina llamados por él. Se adelantó hacia la entrada de la casa junto con Carmenza que, en todo caso, fue más rápida en bajar las gradas de piedra y atravesar el jardín. En efecto, eran ellos. Dos. Martínez y López. «Así se llaman», se dijo Jiménez, «mellizos de leva». Martínez, el mayor de

ellos, llevaba en la mano el maletín con los dispositivos correspondientes.

El inspector se había detenido en la mitad de aquellos escalones de piedra cuando Martínez, subrepticamente, puso en sus manos un pequeño sobre.

—De la morgue, dijeron que se lo entregara —surró.

Tomó el sobre y se lo guardó en el bolsillo.

Al ascender con ellos hacia el gran portón de la residencia se encontró con Daniela. Le explicó el objeto de la visita de los técnicos: hacer un levantamiento de las huellas digitales de su caja fuerte privada en su vestidor particular, y de las llaves que ella misma había manipulado durante la inspección realizada en el dormitorio matrimonial. Una vez más habrían de subir por aquella escalera que daba a la sala y cumplir con la diligencia. La viuda no habló mientras duró el accionar de los técnicos, señal de que estaba profundamente preocupada y hostil.

Cuando retornó a la sala, una vez que aquellos abandonaron la casa, las miradas de los presentes confluyeron en él. Era evidente que esperaban les informara de sus conclusiones o que les impartiera alguna instrucción, o recabara la presencia de algunos más de entre ellos, los sobrinos, quizás. Pero estos ya habían dicho, en criterio de Jiménez, lo que necesitaba. Sin quererlo, su mirada se centraba en las dos hermanas erguidas allí,

en el sofá principal de la sala: serenas, hieráticas, desafiantes incluso, pensó.

—Creo haber conocido detalles de los que no estaba enterado —dijo mirando a Daniela y, luego, a Lucía. Finalmente, su mirada se posó en Juan Antonio.

—Antes de retirarme debo hablar con usted, Juan Antonio y también, si me lo permite, con su esposa.

Al oír esto, Daniela se irguió evidenciando su incomodidad, pero guardó silencio. Jiménez no pudo dejar de sospechar que, si hubiese dependido de ella, no habría permitido la intervención de María Isabel. No sabía exactamente el porqué, mas algo en la actitud de la viuda lo hacía ostensible.

CAPÍTULO CUATRO

El interrogatorio con Juan Antonio, el hermano mayor, y María Isabel, cuñada del occiso, fue registrado así, en singular, por Jiménez, pese a que las entrevistas con cada uno de ellos se dieron por separado, una después de la otra, como correspondía según la reglamentación vigente en la Dirección de Investigaciones, excepto, lógicamente, cuando se hacía necesario un careo, es decir, confrontar versiones entre dos testigos, reos o simplemente sospechosos, diligencia que suele cumplirse cara a cara entre los convocados con la intermediación de la autoridad.

Se sorprendió de sí mismo al calificar dichas providencias como si hubiesen sido una sola. Caviló un poco sobre ello y se dio cuenta que de algún modo fue así: ambos comparecientes lo hicieron juntos, en unidad de tiempo y espacio y, por ello, el asunto quedaba consignado de esa manera: «el interrogatorio».

En su memoria y por sobre los tiempos distintos en que físicamente transcurrieron, las versiones de los dos testigos se complementaban, llenaban en forma alternada los vacíos dejados ya por el marido, ya por la esposa,

como si entre ambos y con el concurso del propio Jiménez hubiesen intentado armar un rompecabezas.

En tanto elaboraba su informe, la sensación era exactamente esa: la de que, más que un interrogatorio, había compartido una suerte de conversación entre tres, un intercambio de impresiones entre personas interesadas en dilucidar el mismo misterio. Los tres participaban del esfuerzo común por configurar una aproximación, lateral y precaria, a la realidad de los hechos, una explicación mínimamente plausible sobre la verdad de esa muerte: su porqué y su cómo.

El inspector se sentía entre colegas, los tres empeñados en llevar adelante el mismo ejercicio inquisitorial, imbuidos, todos ellos, de dudas y perplejidades semejantes.

Juan Antonio le hizo saber cómo, en el curso del día, había desplegado una amplia investigación, enmascarada en el cometido de informar a amigos y conocidos del fallecimiento de San Miguel. Era imposible que, al momento de enterarse de su suicidio, no surgieran, por parte de muchos de ellos, los consabidos comentarios y las infaltables disquisiciones o interrogantes en torno a las causas, verosímiles o no, de la tragedia: causas, comentarios, suposiciones, admisibles unas, imposibles otras, que el hermano del muerto no dudó en transmitir a Jiménez.

Este experimentó la sensación de que no estaba hablando con un simple deponente llamado a brindar su testimonio en el desarrollo de un proceso, sino con un

compañero de ruta, un pesquisa más. Tal sensación fue todavía mayor al hablar con María Isabel, su mujer.

De las informaciones consignadas por Juan Antonio, hubo una que llenó de inquietud el ánimo del detective, como un presentimiento: algo que exigía la más pronta investigación y que, oscuramente, le pareció se vinculaba, sin que pudiera explicarse la razón, con el suicidio de San Miguel. «No sé por qué», pensó, «no lo sé», mientras repetía en su fuero interno ciertas palabras pronunciadas por la viuda momentos antes, vagos elementos de juicio como aquel de que el suicida —lo había dicho él mismo— se encontraba sujeto a fuertes presiones.

Juan Antonio había tratado, en las horas precedentes, de localizar a todas aquellas personas que, de alguna u otra manera, sabía que estaban relacionadas con el hermano suicida. No pudo, sin embargo, dar con alguien del que conocía era uno de sus amigos más íntimos, compañero de banca en el colegio y ligado, igual que Alberto San Miguel en los últimos años, al gobierno que meses antes había fenecido y que tantas pasiones en pro o en contra venía desatando en la opinión pública. Se trataba nuevamente del profesor Enrique Pimentel Gómez a quien había llamado repetidamente, llegando incluso a timbrar en la puerta de su domicilio. Todo esfuerzo fue inútil, los vecinos no quisieron dar información alguna, como si estuviesen atemorizados. En definitiva, el profesor no había dado señales de vida.

Los tiempos que vivían eran tempestuosos, signados, entre otros males, por la venganza y el odio. Pero, «a más de todo aquello —precisó Juan Antonio—, se trata de una persona que de un modo u otro, ya como docente universitario, ya como hombre de ideas, encargado inclusive de trabajar en las obras de difusión ideológica del régimen anterior, de la dictadura que vivimos hasta hace poco —enfaticó—, ha tenido, a momentos, cierta notoriedad».

—¿Puede usted facilitarme los datos del profesor? —preguntó—. La dirección, los teléfonos.

—Los tengo aquí —contestó Juan Antonio, sacando del bolsillo del saco su celular y una pequeña libreta de apuntes.

Jiménez anotó las coordenadas del profesor y, sin disculparse con sus interlocutores, llamó nuevamente a la Dirección General de Investigaciones. Transmitió los datos al oficial de guardia y dispuso iniciar de inmediato una pesquisa para localizar a Pimentel.

—Si hace falta, entren a su departamento y revisen todo —ordenó.

Alguien, al otro lado de la línea, comentaba algo.

—Cualquier cosa que encuentren sospechosa o de utilidad, quisiera que me hagan llegar hoy mismo, a la hora que fuere —indicó.

Nuevamente llegó ininteligible a los oídos de Juan Antonio el rumor de una voz.

—A la hora que fuere —repitió Jiménez—. Estaré en mi casa, pronto.

Juan Antonio se sintió obligado a preguntar:

—¿Pueden hacerlo, así, sin una orden del juez?

Jiménez no contestó y volviéndose hacia María Isabel expresó:

—Prosigamos. Me interesa saber lo que usted conozca de todo este asunto.

La mujer no había necesitado que Alberto San Miguel falleciera para emprender sus pesquisas. Lo había hecho siempre, no solo con respecto al cuñado suicida sino en relación con los demás miembros de su familia política, «y también con sus consanguíneos», elucidó Jiménez. En realidad, era una fisgona de oficio. Y en aquellos momentos, cuando la búsqueda de una posible verdad devenía en el reto principal de la jornada, Jiménez percibía la presencia de una espía contumaz y gratuita, como algo más alto, más digno: una compañera en la azarosa tarea de descifrar, aun cuando fuese de un modo aproximado, los incognoscibles mecanismos que rigen el comportamiento humano.

Juan Antonio fue útil, pero solo hasta cierto punto. En el fondo, no aportó nada decisivo que contribuyera a aclarar el misterio. Más bien sembró la investigación de nuevas incertidumbres, como la relativa a la ausencia del profesor Pimentel. En cierto sentido, fue útil por omisión. De todas maneras, de las breves conversaciones

mantenidas con los conocidos del suicida, podía esbozarse precariamente la silueta de un Alberto abocado a la cruda realidad de ser un sobreviviente de sí mismo y, quizás, un perseguido, aunque ¿por quién o quiénes?, y ¿por qué? Resaltaba, en el incompleto retrato que surgía de las pesquisas de Juan Antonio, un ser —como casi todos en la época de depresión económica y estulticia política que vivimos, anotaría Jiménez— con pocas probabilidades de realizarse —esa palabreja de moda— en su vocación primordial —si esta existiese—, abocado a un devenir poblado de frustración, escindido en la tremenda contradicción entre un pasado acaso vivido a plenitud, y la magra y desoladora realidad de su presente.

Sea lo que fuere, Juan Antonio daba la impresión de no haber conocido de verdad a su hermano o, al menos, de no estar al tanto de hechos significativos acaecidos en los últimos años. Solo la tragedia sobrevenida parecía devolverle, desde la niebla que encubría y distorsionaba para siempre la silueta del hermano muerto, su imagen trazada a medias, un perfil apenas; un esbozo que podría recomponerse en versiones desiguales: nunca el dibujo real, definitivo.

Quizá por ello y, aprovechando el cariz de conversación entre interesados en develar la verdad, más que de interrogatorio, que el inspector dio a la entrevista, puso sobre la mesa sus íntimas perplejidades en torno al enigma del suicidio. «Trato de comprender a mi

hermano», expresó. «Lo sucedido es algo brutal, todavía no puedo asimilarlo y seguramente no podré nunca», dijo, abatido. «¿Sabe?, inspector», agregó luego de una tensa pausa, «hasta tengo cierto resentimiento: irse así, sin sentido, sin explicaciones».

Jiménez comentó entonces algunas de las impresiones derivadas de su incursión de la mañana en la biblioteca municipal. Habló de los libros allí consultados y se demoró por largos minutos en exponer sus propias dudas y también las posibles razones que podrían llevar a comprender la decisión adoptada por San Miguel, el suicida. En determinado momento extrajo del bolsillo su libreta de apuntes y leyó algunas de las anotaciones hechas en la mañana, entre ellas una que otra cita de las que más llamaron su atención durante la lectura de las obras sobre el suicidio. Juan Antonio se sorprendió un poco de la faceta literaria y tal vez filosófica que parecía denotar el inspector de la policía. No se correspondía, aquello, con la visión que generalmente se tiene de esa índole de funcionarios, «al menos entre nosotros», explicó, luego de expresar su inquietud. Jiménez pudo pasar por alto el comentario, impertinente sin duda, del hermano del muerto. Pero la situación, la impronta en su memoria de lo que había leído en la mañana, le impulsaron a lo contrario. Confesó que no siempre fue policía, aunque, subrayó, «hay un hecho en mi adolescencia que, cada vez me convenzo más, determinó por mucho tiempo, oscuramente, una subterránea

atracción hacia lo que, me parece —acotó—, debe ser el objetivo final de la tarea policiaca: descubrir la verdad. En lugar de seguir esa atracción primigenia, secreta —contó—, seguí los estudios de derecho en la Universidad, si bien no llegué a recibirme de abogado. Circunstancias diversas me llevaron a otras actividades, y también al matrimonio. Extrañamente, mi fracaso matrimonial revivió aquello que germinó en la adolescencia: esta suerte de vocación por la actividad policiaca». Hablaba en fragmentos, como si necesitara reconstruir la verdad de su vida desde diferentes ángulos, acaso irreductibles unos con otros. No obstante, ante la atenta mirada de Juan Antonio, decidió explicarse:

—El lastre de la educación que se impone a los varones en relación con la mujer fue la causa de que mi esposa pidiera el divorcio. Esa evidencia ha pesado mucho en mi conciencia, hasta hoy. Luego, por incidencias vividas como ayudante en un bufete de abogados, me enfrenté a un fenómeno que día a día se vuelve más lacerante, que evidencia lo enferma que está la sociedad en que vivimos, el femicidio, o feminicidio, no sé. La violencia machista y la violencia intrafamiliar son, posiblemente, las causas decisivas que mantienen enferma a esta sociedad. Las otras son la pobreza, la incultura, todo eso, y están entreveradas, eso lo sabemos. Unas son la causa; otras, el resultado. Para no alargar más el asunto me limitaré a decirle que ello determinó mi decisión de vincularme a la Policía, quería superar mis culpas en

relación con lo ocurrido con mi esposa y el fracaso de mi matrimonio. Quería ser protagonista en el combate a este flagelo: la violencia. Reprimir a los culpables o, mejor dicho, cortar por lo sano, si ello fuere posible, la cadena sin fin en la que se reproduce incesantemente ese mal.

Calló, pero Juan Antonio preguntó:

—Usted se refirió a algo sucedido en su adolescencia, ¿podría hablarnos de ello? Bueno, si usted lo cree pertinente, perdone.

—Está bien —contestó Jiménez—. Ya que aludí a ello, les contaré. Se trata de una tía muy querida, solterona, que vivía sola en su chalet de las afueras. Un día, recibimos la trágica noticia. Rosaura, así se llamaba, amaneció muerta. En la madrugada de ese día, alguien había penetrado en la casa con la intención de asesinarla, lo que precisamente sucedió. Se produjo, sin duda, una conmoción familiar. Comentaban que la muerte se produjo por ahorcamiento. Incluso pude yo ver el arma asesina: el cordón de una de las cortinas de su sala. Finalmente se organizó, como es usual, la ceremonia del velatorio, el funeral, el entierro. Yo, muchacho, asistí a todo ello, pero por mucho tiempo, hasta ahora, me ha desconcertado algo por demás extraño: nadie, como era de esperarse, llamó a la policía para que investigara los hechos. Era lo pertinente tratándose de un homicidio. Simplemente, me imagino, lograron

que algún médico amigo emitiera el certificado de defunción y nada más: la enterraron y lloraron, sin que mediara otra cosa. Nunca se habló del posible asesino, ni se conjeturó sobre las causas del asesinato. Cuando se rememoraba a la tía Rosaura, nadie aludía a la índole de su fallecimiento y solo persistió, para mí, un misterio doble: el de la muerte en sí misma y el velo desplegado por la familia sobre la verdad de esa muerte. En los años que siguieron, no dejé nunca de pensar en lo injusto que significaba el que un delito como ese quedara en la impunidad, que la tía Rosaura no fuera vengada y no se iniciara jamás algún procedimiento para castigar al desconocido autor, o autores, del hecho. Mire usted: es posible que ese resquemor vivido en la adolescencia gravite en una decisión tomada muchos años más tarde: la de vincularme a la policía.

De repente, Juan Antonio parecía el interrogador y Jiménez, el deponente:

—¿Y a qué atribuye usted lo sucedido, esa omisión? ¿No guarda alguna hipótesis al respecto?

—Se habló en voz baja de algunas posibilidades. Se dijo, sin mayor convicción, que se había tratado de un intento de robo, frustrado por la llegada de una sirvienta. Pero no faltaba nada entre las innumerables cosas —adornos, recuerdos, chucherías— que Rosaura coleccionaba en su condición de mujer sola. Se elucubraba también entre parientes un poco lejanos, que Rosaura prestaba dinero con intereses altos y que, tal vez,

algún deudor imposibilitado de pagar, indignado, presionado por la situación, decidió librarse del problema eliminando a la presunta usurera: una teoría algo más creíble, pienso, sustentada en el hecho de que la familia, como tantas otras, habría determinado, posiblemente, precautelar su honor, ocultando para siempre la sospecha de que en su seno hubiese tenido lugar un hecho generalmente mal visto por las gentes de bien.

—Las gentes de bien.... —repitió Jiménez con un dejo de ironía y, con un gesto, dio por terminado el interrogatorio al que por varios minutos había sido sometido por el hermano mayor del suicida.

Contrariamente al fragmentario conocimiento o al desconocimiento que con respecto a su hermano denotaba Juan Antonio, su mujer, María Isabel, evidenciaba poseer una intelección mucho más precisa, más actual y creíble acerca de lo que fue o pudo ser aquel hombre. Ella no habló de impresiones, sino de certezas, de hechos. Citó, por ejemplo, algo que Jiménez ya conocía, pero que al ser repetido por alguien como aquella infidente, se tornaba verdad histórica: el rocambolesco intento de seducción a una joven, episodio que retrataba a un Alberto San Miguel definitivamente fuera de rumbo. Solo que María Isabel contribuyó aludiendo a varios otros sucesos similares.

Y fue más allá, sembrando en el inspector la sospecha de que Juan Antonio no había abordado ciertos detalles quizá por no manchar la memoria del hermano

o tal vez porque sencillamente los juzgaba irrelevantes, sin relación alguna con el acontecimiento central que los convocaba en esos momentos.

De los hechos que Jiménez pudo conocer cuando María Isabel dio rienda suelta a la pulsión de sacar a la luz los secretos de su familia política, un penoso incidente bancario llamó poderosamente su atención, una historia que, imaginaba, estaría condenada al olvido por decisión tácita de los San Miguel, al menos de los que se consideraban consanguíneos entre ellos. Pero tal secreto, razonó el inspector, no duraría mucho en divulgarse en manos de una chismosa como ella, si no era ya conocido entre agnados y cognados y seguramente otros. El interés de Jiménez era natural, no solo por los aspectos poco edificantes que el hecho ponía de relieve en la hoja de vida de Alberto San Miguel, sino porque, además, parecía conectarse con otras realidades, encubiertas también, acaso inconfesables, que él, con su instinto de investigador, había ya barruntado provisionalmente desde las primeras ojeadas que diera a los libros del difunto contador. En principio, no cabía duda de que se trataba de un profesional reconocido en su campo. Mas, en tanto María Isabel proseguía con su relato, su imagen se desmoronaba y el inspector no podía dejar de conjeturar conexiones que surgían de la existencia, por ejemplo, de aquella carpeta, *Casos delicados*, cuyo contenido había revisado con tanto escepticismo García. Se preguntó si aquella carpeta no habría sido intervenida

previamente por alguien interesado en que no se revelase lo que contenía de interés. ¿Un registro, tal vez, de involucrados en algunos de los escándalos financieros que habían impactado a la opinión pública?, ¿desvíos de los fondos públicos?, ¿abusos de poder de toda índole?, ¿hechos que empezaban a lacerar profundamente el ánimo de la comunidad entera?, «¿de *las gentes de bien?*» repitió con renovada ironía. «¿Por qué no?». Cruzó por su mente una imagen fugaz: Carmenza había visto a Daniela salir del estudio con unos papeles. Su imaginación reconstruyó muy brevemente, como en un sueño, la posible escena, que se difuminó ante las palabras de María Isabel.

Ella seguía enhebrando su historia, lentamente y tomándose todo el tiempo.

—Hace algunos años —contaba—, Alberto logró ubicarse como gerente de un importante banco creado por algunos magnates de la industria de la palma africana, entonces en boga. Se trataba de una gran oportunidad para él: de contador había pasado a otra condición, mucho más alta y, como el buen profesional que era, hizo todo bien. Dada su posición, comenzó a frecuentar ambientes más elevados que los que le correspondían, a alternar con personas poderosas que le distinguían, satisfechas por su trabajo, y entre las cuales llegó a considerarse, más que un elemento del ambiente financiero, un amigo, alguien a quien se invita junto con su familia a eventos de fin de semana o a ciertas noches de

celebración de determinados acontecimientos, propios de aquel círculo cerrado. Es más, en ocasiones participó también con algunos de aquellos magnates en azares nocturnos, azares que por su naturaleza debían asumirse necesariamente a espaldas de la cónyuge y del hogar.

Algo de eso decía María Isabel y Jiménez lo traducía a los términos apropiados.

—Según nos explicamos después —dijo María Isabel—, Alberto determinó, en aquella auspiciosa encrucijada de su vida, ser más. Quiso ser como ellos, los poderosos inversionistas con los que alternaba y que, en su particular perspectiva, le consideraban su igual. Su mujer —no la llamó por su nombre— se llevaba muy bien con las esposas. Sus hijos jugaban con los de ellos.

Insistió en lo dicho: para San Miguel había llegado su hora. «Si ella lo supo» —acotó María Isabel— «no hizo nada por disuadir al marido».

Solo que faltaba algo para cumplir con el objetivo: el dinero. Concibió entonces un plan. En cuanto gerente no podía obtener préstamo alguno de su propio banco, pero para el negocio que se proponía, esto es, la compra de varios cientos de hectáreas proclives al cultivo de la palma, solo él, en su posición, podía gestionar que se aprobara la operación. Por buena o mala suerte encontró a alguien, un testaferro, que accedió, «me imagino, a cambio de una comisión», a presentar la solicitud y el proyecto. Evidentemente, el crédito no estaba destinado al intermediario, se entiende, sino al

verdadero beneficiario, es decir, a él, el actual occiso. Demás está señalar que la solicitud fue aceptada y entregados los fondos, todo con la firma del propio San Miguel.

Conocedor de las tácticas empresariales de sus eventuales amigos, el negocio empezó bien y, por sobre los años de espera que implican el crecimiento y cuidado de la palma, todo se desarrolló sin dificultad, hasta que la mala suerte intervino. Y llegó con una siniestra combinación de plagas, calamidades naturales y baja abrupta de los precios en el mercado. Entonces, no hubo forma de pagar los intereses adeudados al banco y este, más exactamente los accionistas, descubrieron la verdadera identidad del deudor. El ficticio mundo que en ese paréntesis de su existencia se había forjado San Miguel se derrumbó y hubo de volver desde cero a su antiguo oficio. Una actividad en la que, pese a todo, logró prosperar. Siempre quedan amigos y relaciones con los que se puede contar, reflexionó Jiménez en el instante en que María Isabel terminaba su relato.

Entre María Isabel y el inspector, olvidado este de su cometido central, el de interrogador, ensayaron algunas reflexiones en torno a las posibles derivaciones de aquel lamentable episodio. Según ella, fue un jalón más en la cadena de frustraciones de San Miguel, consecuencias de algo asaz inútil: ese afán suyo de alcanzar a ser lo que nunca fue: empresario de éxito, poderoso magnate. Fue sí, en una escala menor, un seductor y un dominador

en su entorno. Mientras la mujer hablaba o, más exactamente, en tanto no dejaba de hablar, Jiménez recogía con íntima ironía sus juicios, que, al fin y al cabo, ayudaban a construir un retrato aproximado del difunto.

Una vez terminada la conversación con María Isabel, el inspector regresó a la sala para despedirse. Daniela hizo el ademán de levantarse y acompañarlo a la puerta.

—No se moleste —dijo—. Conozco el camino. Gracias por todo.

Al dejar la casa, sintió en su interior algo desusado. De pronto ya no era él quien había ejercido de interrogador, el inspector de policía que terminaba de recabar los testimonios de unos posibles testigos. Se sentía culpable. Como si se hubiese presentado ante un tribunal incognoscible en una causa que nada tenía que ver con él, pero de la cual, de esa comparecencia, no salía impune y, menos aún, inocente. Era presa, si bien todavía incipiente, de una cierta ansiedad: ¿navegaba desde el principio por la ruta errónea? ¿Los indicios, todas esas conjeturas, podrían ser falsos? ¿Lo habían inducido a la equivocación? Pero algo muy dentro de él le decía que no, que no estaba errado, que la dilucidación del enigma, aunque incompleta o mutilada, solo parecía posible allí, en el interior de esa casa signada, desde que llegara a ella, por el misterio. Y, sin embargo, otra voz le inducía a presentir que el misterio podía rebasar los muros de la vivienda, en una perspectiva mucho más vasta, inexplorada aún.

Se le hizo urgente llegar sin más dilaciones a su departamento y leer, otra vez, el manuscrito dejado por el suicida. Esta última palabra dejaba de repente de tener sentido, se vaciaba de su connotación oficial, o usual. El idioma, sobre todo el de carácter penal, se mostraba exiguo, insuficiente.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CINCO

El apartamento se sentía desolado, tal vez porque era temprano en la noche y la ciudad. Afuera, todavía vibraba: el tráfico seguía siendo intenso; el contraste, característico de la hora, esa confusión entre los que retornan a sus casas y los que salen a aventurarse al azar nocturno. Quizá era eso lo que causaba esa extraña sensación de marginalidad y de encierro, de yermo: la contraposición entre la soledad de las habitaciones y el tráfago externo y, al mismo tiempo, la constatación cotidiana de una realidad: finalmente, no había allí nadie que lo aguardara o recibiera. Pero no tenía ánimo de perderse en divagaciones sobre su propia existencia, un ejercicio que terminaba siempre por deprimirlo. Lo que acuciaba su alma era la sospecha: Daniela, Lucía y la misma criada enmascaraban con sus respuestas la verdad. La desviaban cual si se hubieran puesto de acuerdo para hacerle equivocar el camino. Debía pues poner en orden sus impresiones, perturbadas ahora por las revelaciones sobre la ambigua y equívoca personalidad de San Miguel. El mejor modo de hacerlo era transcribirlas al papel, lo que empezó de inmediato:

«*Alberto San Miguel se ha suicidado, es cierto*»,
(recuerdo que he consignado ya con antelación
este axioma).

«*Sin embargo, algo perturbador se oculta tras
las palabras de las deponentes*».

*¡Qué manía esta de utilizar palabras propias
de la jerga judicial y policiaca!*

«*Es algo que me recuerda lo que presenté ano-
che, al salir al filo de la madrugada de la casa de
los San Miguel: la presunción, sí, o la premonición
de que allí parecía haberse gestado una instan-
cia de carácter sagrado y a la par impío, ilícito.
Lo sucedido en las primeras horas de la noche del
miércoles, esto es, la víspera, ¿constituye el cumpli-
miento de una sentencia, un ajusticiamiento, una
ejecución? ¿Alguien ha hecho justicia antes de que
llegara la convencional, la derivada de la ley o del
Estado, la que yo representaba desde el momento
de apersonarme en el lugar de los acontecimientos?
O, al revés, ¿Alberto San Miguel ha escapado por
obra de esa justicia vicaria, de otra condena, la pú-
blica, la que yo represento, la que para cumplirse
me obliga a facilitar todos los argumentos y prue-
bas necesarios?».*

Tras consignar en su libreta, aunque en breve sínte-
sis, sus fundamentales inquietudes, procedió a abrir el

escrito de San Miguel que, como ya había observado en la primera lectura, se presentaba discontinuo y sin orden, redactado con seguridad a lo largo de varias semanas o meses, mediando entre las distintas partes del texto lapsos de tiempo cortos unos, prolongados otros, y, más que nada, disparidades del ánimo, como si el escribiente se transfigurara cada vez que reiniciaba su tarea en una persona diferente. Se infería aquello del hecho de que el autor separaba mediante puntos suspensivos y a manera de capítulos su memorial, correspondiendo cada uno a instancias temporales diversas y no sucesivas. La tinta usada variaba también de color y de tono entre uno y otro fragmento. Igual, la letra. Todo ello, sin embargo, carecía de importancia: lo que buscaba Jiménez era una respuesta, pero, como suele decirse y ya es un lugar común, no sabía cómo ni en qué sentido formular la pregunta correcta.

Decidió de pronto acometer una acción realmente imprevista: abrió su ordenador y se puso a transcribir el manuscrito de San Miguel. ¿Se trataba de seguir con ello una suerte de lógica singular, insólita?, o simplemente, como en sus tiempos de estudiante, de ensayar un método que se suele aplicar para entender mejor algún texto y no solo memorizarlo. Al reescribir las palabras de San Miguel abrigaba la esperanza de adentrarse en lo más hondo de su alma, como si de alguna forma peregrina o casi mágica la verdad íntima de aquel hombre muerto pudiera transferirse a su propio ser: una especie

de transustanciación o profanación si se quiere, un sucedáneo de lo que había intentado antes para comprender lo sucedido entre el ahora suicida y Lucía: revivir en él, sí, revivir —remarcaba en su fuero interno la palabra— las sensaciones que posiblemente provocaba en Alberto San Miguel la proximidad física de su cuñada, un procedimiento investigativo quizá perverso, o tal vez no; ajeno en todo caso, dada su oscura índole, a las estrategias oficiales aceptadas dentro del cuerpo policiaco.

Siguiendo, pues, la reescritura del manuscrito, trató de no alterar en absoluto su estilo, aunque a momentos no dejaba de tentarle tal posibilidad. Solo eliminó, para bien de algún lector imaginario, el horror tipográfico de los puntos suspensivos. En su lugar, separó cada tanto los párrafos pertinentes de manera ostensible. Por lo demás, mientras transcribía con denuedo aquel texto, las palabras del suicida repercutían con extraña obstinación en su mente, escritas como estaban en soledad y abandono.

CAPÍTULO SEIS

«**C**onversábamos alrededor de la mesa del jardín; de repente, Lucía hizo alusión a algo que había leído en una revista de esas especializadas en temas de mujeres.

(Así comenzaba el texto dejado por San Miguel, como de la nada, sin fecha ni antecedentes ni justificación).

«—Parece que la soledad y la carencia de relaciones sexuales pueden llevar a determinadas personas a la enfermedad del alzhéimer —dijo.

«No puedo confirmarlo con seguridad. Todo esto es oscuro, pero creo haber percibido, por una milésima de segundo, que, mientras hablaba, su mirada se posaba en mí como intencionalmente y, en tanto ella ahondaba en los argumentos que sustentan esa teoría, pensé que sus palabras aludían a su propia situación: se divorció hace muchos años y, si bien ha tenido algunos pretendientes —incluso sé que entabló relaciones más o menos estables por un tiempo con uno o dos de ellos—,

ella está hoy por hoy básicamente sola, en lo que atañe a una vida de pareja, subrayo, puesto que, por otro lado, cultiva con asiduidad un relativo amplio espectro de vínculos de amistad: allí, en primer lugar, está mi mujer —su media hermana—, amigas del colegio, sobrinos y una familia algo extensa: los*

«Reapareció entonces, en mí y ante mis ojos extraviados, el fantasma, quimera llamémosle más bien, algo que se ha vuelto recurrente en los últimos años y de lo cual solo sé yo. Más que de un fantasma se trata de una construcción fantasmal, por lo que opto por denominarla con ese segundo término: quimera. Llamo así al cúmulo de indicios, que yo juzgo deliberados, erróneamente tal vez, y que, en mi delirio, se me antoja viene desplazando Lucía de un modo sin duda subrepticio, apenas descifrable o susceptible de visualizar, en torno a mí.

«El desasosiego y también la esperanza, una esperanza no lícita, sórdida, resurgieron en mí, allí, sentado a la mesa del jardín, en una fecha que no he anotado, junto a un cortejo predecible: incertidumbre, perplejidad, miedo, ansiedad, deseo; sobre todo, deseo.

* En este final de línea hay varias palabras tachadas, pero haciendo un esfuerzo pueden leerse las tres primeras: «los Martínez Ocampo», apellidos de la familia paterna de Lucía. El resto es ilegible, probablemente se trata de los parientes por el lado materno.

(Nota del inspector Jiménez).

«¿Qué deberé hacer?, me pregunté en ese momento y me pregunto ahora. ¿Qué hacer con los datos acopiados con ansiedad y con una dosis de perversidad por quien esto escribe, y que tienen como punto de referencia a Lucía en el curso de los últimos tiempos?; datos e indicios que estuvieron presentes quizás desde mucho antes, acaso desde que conociera a Daniela, y persistieron un lustro más tarde, con Lucía, su amiga más íntima, su hermana. Pero, ¿deberé hacer algo si yo mismo acabo de calificar todo esto de construcción fantasmal, algo que emerge apenas en el terreno de las sospechas, sin asidero que lo vuelva tangible, real?

«Debo subrayar en mi descargo y tratando de ser objetivo y hasta desapasionado, que solo ahora o, mejor dicho, y repito, solo «en los últimos años» he podido tomar conciencia de este tropel de indicios, *esto* que en mi inconsciente se configura como una estructura, una construcción fantasmal urdida y tejida ¿por Lucía? ¿Por Lucía en la dilatada extensión de tantos años de convivencia? ¿Construida por Lucía? ¿Será posible? ¿O todo es solo producto de mi imaginación? Corrijo: ¿producto más bien de algo que la palabra deseo no logra precisar? ¿Pulsión? Debo ser claro conmigo mismo: he desplazado la palabra deseo, pero sé que no es más que una cabeza de playa, un avance provisional que me permite explorar lo que realmente late en el fondo, lo que sospecho se anida allí, ominoso, en la oscuridad, mi oscuridad.

«Si no quiero omitir ningún indicio debo decir que sí, que hay momentos en que Lucía despierta abruptamente mis sentidos, aunque no se trata en rigor de Lucía, la mujer, sino de algo en ella: un leve movimiento que solo yo, alerta, puedo captar, una risa, un rasgo del vestido en relación con su cuerpo, la revelación de un matiz inédito de la piel; detalles, conjeturas que, no obstante, pudieran provenir de cualquier otro ser, de Daniela, por ejemplo, o, como sucede en ocasiones, de alguna desconocida, ya en una reunión, ya en la calle, en cualquier lugar a donde este viajero secreto que soy llega de pronto, desprevenido.

«Siendo así, debe tratarse entonces de algo que está más allá de la Lucía concreta que conozco, más allá de su ser físico. Ella, acaso, sea solo la médium, el expediente o rito de pasaje para el advenimiento de una realidad mucho más honda, más desasosegante en todo caso. Escribí líneas arriba la palabra pulsión. Y sí, se trata también de eso: una pulsión.

«Me río a veces de lo iluso que puedo ser. Siempre he creído que poseo cierta aptitud para reconocer, por sobre las palabras o las situaciones, la verdad oculta tras ellas, su verdadera razón de ser. Un lugar común. Muchas personas que conozco suelen arrogarse similar habilidad. Pero, basado en ello, creo encontrar en las actitudes aparentemente inocentes de Lucía una estrategia, un designio. Sin embargo, como nunca antes, también dudo. ¿Será posible que yerre así? ¿Será posible

que toda esta estructura de leves señales que, me parece, son y han sido emitidas subrepticamente por Lucía, no exista? ¿Que no sea sino una falsa, una errónea percepción de la realidad, una confusión de perspectivas que me acomete ahora mismo, esperanzado y desasosegado a la vez?

•

«Lo que he dejado consignado y vuelvo a leer luego de tantos días cobra un cariz especialmente angustioso. El deseo, sí, el deseo se vuelve acuciante en instancias que no sé cómo calificar: ¿dolorosas, fulgurantes, imperativas? El individuo que escribió los párrafos precedentes duda de sí, de la realidad, del motivo que lo atormenta. El actual, es decir, yo mismo, tiende a creer en esa realidad, en la intencionalidad de las señales que a lo largo del tiempo ha seguido emitiendo el objeto de nuestra ansiedad: Lucía.

«Antes de recordar algunas, sobre todo aquellas que cobran una contextura de pruebas exigidas por mi propia pesquisa, quiero registrar lo que de manera general las caracteriza, su contexto:

«Se trata de momentos, momentos únicos, en que Lucía emite —o al menos me parece a mí que emite— una de esas señales que solo yo reconozco, y por ello mismo, por ser yo el único en reconocerlo, creo, estoy

casi seguro, de que están dirigidas a mí, no a ninguno de los demás circunstantes, sino a mí, de modo expreso e indudable. Solo yo, entre cuantos estamos en el lugar —el comedor, la sala, el jardín—, lo percibo. Mientras los demás continúan lo que están haciendo, ignorantes de lo sucedido, comienzo a hundirme en la perplejidad habitual: el resurgir, en el entorno, del fantasma —que, descubro al releer estas páginas, he señalado hace días—; la figuración que solamente yo alcanzo a ver, un eslabón más en la cadena de imperceptibles indicaciones que, tengo la certeza, provienen de ella, de ese territorio prohibido y vedado que se llama Lucía.

«Prohibido, sí, vedado, destinado a no ser conocido u hollado por mí y, sin embargo, precisamente por ello, ansiado, imaginado, apetecido más que ninguna otra cosa, agudizado el afán por la imposibilidad de cumplir con el objeto que lo causa, interpuesta de modo inapelable la condición filial e ilegítima del deseante.

«Hablé ya de la soltería de Lucía, luego de su divorcio, y de los pretendientes que ha ido desechando en el tiempo como una Penélope que aún espera la llegada cada vez más improbable de Ulises. La única relación que se ha mantenido incólume en el curso de los años ha sido la que mantiene con Daniela y, obviamente, conmigo.

«El otro día, en un almuerzo, en uno de los varios brindis que solemos hacer a causa de alguna celebración

especial, Lucía se percató de que mi copa estaba ya vacía. Como ella no gusta del licor, tomó la suya con el vino casi intocado e indicando a modo de excusa que apenas había ingerido no más de un sorbo, me la puso en las manos. Yo, no sé por qué —aunque lo sé bien—, giré la copa y bebí por la parte en que, apenas visible, persistía, al borde de la desaparición, un rastro del carmín de sus labios. Ella observó de reojo la proterva maniobra. Quizá no fue así, quizá solo imaginé que ella estuviera observando. Pero percibí, de todos modos, y no sé si también equivocadamente, un leve rubor en su cara. Bastó ello —algo tan difícil de ser detectado por los demás comensales— para convencerme de que ella en verdad construye, sigue construyendo su máquina de indicios (¿debería decir promesas?), dentro de la más perfecta clandestinidad. Un escenario de ocultas, imperceptibles llamadas, digo yo, que solo deben ser reconocidas por nosotros dos, Lucía y yo.

«De cualquier manera, aquel incidente, al igual que otros de los que me ocuparé más abajo, implicó o configuró un estadio de irradiación mucho más complejo: en mi extravío, felizmente no registrado por nadie, el hecho fortuito de rozar con mis labios aquella brevísima huella de carmín en el filo de la copa, convulsionó mi ser en profundidad: me fue dado sentir, en una encrucijada de tiempos distintos, que mi piel había entrado en contacto con la de ella. El efecto fue, sin lugar a dudas, fulminante, quizá vibrante: hablo de un estremecimiento,

de una onda magnética que traspasa el cuerpo entero. Pero todo ello resultó limitado y frustrante puesto que el cuerpo del que hablo es apenas el mío. Ella, Lucía, no alcanzaría sino a captar la capa externa de la situación, casi diría que desapasionadamente, tal vez con curiosidad. Y si fuese cierto que su acción hubiese sido deliberada, dirigida hacia mí con un objetivo determinado, allí terminaba, en la distancia, en una observación neutra, neutral. ¿O acaso, pensé esperanzado, obró a manera de un globo de ensayo?; uno que tuvo el efecto de una bomba de profundidad: la sensación de que durante aquel lapso tan breve —el roce de mis labios en el canto de la copa— ambas pieles pudieron encontrarse en una especie de transferencia de tiempos distintos y, pese a ello, continuos, confluentes al fin: el tiempo suyo de rozar el cristal y sorber apenas una gota de vino, y el tiempo mío de aplicar mis labios en el rastro pronto a desvanecerse del carmín de la mujer dejado allí al azar, o deliberadamente, no lo sabremos. De cualquier forma, el efecto en mí era el mismo.

•

«Vuelvo a reflexionar sobre aquel episodio tan evanescente de la copa de vino. Mis convencimientos no duran mucho. Las mismas palabras, leídas días después, asumen un carácter arcaico, falso inclusive. Lo

que atestiguan o presumen es demasiado frágil: no pueden ser sino coincidencias, gestos que Lucía ha desplazado inocentemente y que solo un perverso puede encontrar intencionales. Pero también es posible, me he dicho, que si bien Lucía no tenga conciencia de ello, intuitivamente esté incurriendo en el tejido de esa trama de indicios, atraída sin darse cuenta al umbral del deseo como suele acaecer cuando se prolongan en el tiempo ciertas cercanías, determinadas familiaridades. ¿Renegaré de mis propias palabras? ¿Deberé borrarlas? ¿O las dejo así, por el momento, al azar?

•

«Luego de varios días, la percepción de nuevas y sospechosas incidencias me obliga a formular provisionalmente algunas hipótesis. Por ejemplo: se viene produciendo algo que adquiere el nivel de una señal, no tanto por el hecho de que suceda cuanto por su índole elusiva, por su tendencia a esfumarse en el instante mismo en que amaga —amenaza sería la palabra—, con volverse tangible. Sucede que con Lucía solemos saludar según se acostumbra en estos tiempos: el roce en la mejilla, el abrazo, todas esas convenciones rutinarias. Pero cuando por alguna razón, fortuita sin duda, nuestras manos o los antebrazos alcanzan a rozarse —fuera del contacto obligado propio de la salutación—, automáticamente

sentimos una irisación de la piel, un fulgor, una especie de iluminada certidumbre de que hemos entrado en contacto y en una fracción de segundo, como por efecto de una descarga eléctrica, nos separamos, es decir, cortamos abruptamente el roce, lo que indica, en mi extraviada reflexión, que hay alguna atracción que se alarga, invisible y real, entre los dos, una atracción que alcanza certidumbre física en el contacto, en el roce casual y que, por ello mismo, por la infinitesimal toma de conciencia que se produce entre ambos, acaso más en los cuerpos, allí, en ese punto crucial, entre Lucía y este escribiente, procedemos de inmediato, en forma súbita, a interrumpirlo, a dejarlo en la nada.

«Frente a incidentes como el expuesto pienso que el contacto —esa descarga, ese fulgor— adopta un viso tan intenso pese a su brevedad, porque es precisamente la culminación de un proceso que ha venido fraguándose con antelación: la posibilidad de una secreta atracción. Una fuerza de atracción que incluye la necesidad del acercamiento, del contacto feliz, o de algo que está más allá, en un plano casi irreal pero latente, acechante: el impulso de ocupar uno el cuerpo del otro, la simbiosis total, en fin. De allí también la fulguración y el alejamiento instantáneo, casi el rechazo, la pulsión vuelta súbitamente al revés. Sin embargo, de alguna forma inasequible y por sobre la precariedad del instante, una especie de unión se ha producido, una comunión infinitesimal, una conjugación, un encuentro.



«Torno a leer este memorial secreto, este diario de la incertidumbre. El tema no me ha abandonado, convertido ya en obsesión. Consignemos, pese a todo, algunas inquietudes. Tratemos de volver a la realidad, si no es la que he descrito hasta aquí: ¿debido a qué inconsecuente razón hablo yo «de los dos» y, peor aún, de una unión, de una simbiosis? ¿Y si fuera una alucinación, una experimentación unilateral de esa descarga o fulgor físico de que he hablado, producida solo en mis privadas impresiones entre ambas pieles, la de Lucía y la mía? Ella, con seguridad, no ha sentido ni sentirá nada porque simplemente se halla a mil años luz de lo que, equivocada y errática, plantea mi imaginación, para mayor precisión, mi piel: el terrible ascenso de esta ansia de transgresión solo me atañe a mí y a nadie más, perverso de mí.

«Perverso, ciertamente. Es la tercera o cuarta vez, creo, que consigno en mi texto esa palabra. Antes de indagar en la razón de su uso debo hacer algunas reflexiones, ante todo, precisar quién es Lucía. Si alguien llegara a leer estos párrafos se sorprendería: «¡Cómo! Si la pregunta se hiciese un extraño, lo entendería, pero él, Alberto San Miguel, el cuñado». Y, sin embargo, es absolutamente necesario que me detenga y reflexione sobre ello. Sí: Lucía. Una mujer de aquellas que, pese a su edad, siguen concitando la atención, el reclamo sensual, si se me permite la aclaración. Igual que Daniela. Pero

lo que aquí interesa no es su expediente físico. Lo que interesa es su condición o su ubicación frente a Daniela y a mí. Allí, en esa condición anida lo que me obsede, repito, perverso de mí. Una sospecha que no tiene que ver con ella ni con Daniela ni con nadie, solo conmigo.

«Releo lo que he escrito párrafos más arriba: «algo» en ella, he dicho, pudo haber despertado esa pulsión sustituta, clandestina, ilegítima y, por ello mismo, acuciante. «Algo en ella»: ¿un gesto? ¿La visión de una parte secreta de su piel? ¿Una mirada que creí erróneamente cómplice, invitante, proclive a seducirme? ¿Una palabra dicha por ella con la mayor inocencia y que yo entendí grávida de oscuras, intencionadas connotaciones?

«Quiero detenerme en aquello de «una parte secreta de su piel». «Secreta», ¿en qué sentido?, si lo que aparece en público es eso, público, y nada más, susceptible de mirarse por cualquiera de los presentes, o transeúntes. Así, lo que se expone es más bien precario: las manos, por ejemplo, el cuello, la tez, la suave pendiente de las rodillas, las corvas, ¿qué más? Entonces, lo que llamo secreto deviene tal en un nivel personal: revelado solo para mí en su sensualidad más íntima, un mensaje o reclamo recóndito, una llamada que nadie más que yo, el vidente, logra reconocer, por sobre ella misma —la mujer emisora del mensaje—, inocente ella, tal vez, de lo que ha provocado, de lo que ha iniciado, este incendio interior, esta fragua.

«Nada de esto parece ser verdad. Pero podría ser verdad que Lucía no deje de construir día a día lo que ya he señalado: esa vaga fantasmagoría de indicios dirigidos a mí, ese acopio de señales, ese cerco de llamadas dirigidas al fondo de mi ser. Si es así, entonces lo que he anotado sobre los «mensajes» que solo yo he sido capaz de reconocer en la piel expuesta de Lucía, adopta un cariz mucho más insólito, un milagro por el cual lo que en ella es intencionalidad, designio, si en verdad lo es, se encarna en su cuerpo y es el cuerpo todo el que construye, para mí, ese espectro, esa quimera o ensueño de señales que yo, a mi vez, no dejo de fundar y refundar, incesante, en mi propio interior.

«En medio de la perplejidad llego a un convencimiento. Lo que en realidad impulsa esta forma equívoca de deseo fluye de lo que anoté poco antes: la posición de Lucía frente a nosotros dos, Daniela y yo, su filiación, su cercanía, la intimidad de nuestra existencia compartida.

«Lo que he llamado pulsión viene de allí: de la posibilidad, precisamente, de relativizar los límites convencionales que surgen de la ubicación de Lucía, de transgredirlos, de llegar —hablé antes ya del peregrino tentado en momentos extremos de su periplo— a gustar de aquello que por su naturaleza se encuentra prohibido; de la posibilidad de catar, sí, de degustar y sentir esa piel, la profundidad de ese ser que, justamente por su proximidad, nos estaba vedado.

«Catar» dicen en complicidad conmigo los diccionarios: «del latín *captare*», y aclaran: «coger», «buscar», «probar, gustar algo para examinar su sabor o sazón». También dicen: «mirar». Y el de sinónimos añade, en un grado mayor de connivencia y codelinuencia: «degustar» y, un poco más allá, «inquirir».

«En lo que se refiere a mi empeño, tal sucesión de acepciones resulta a la postre insuficiente, puesto que lo que definen se sustenta en lo físico y lo mío, he procurado subrayarlo, trasciende lo sensorial y se adentra en azares situados más allá de lo usualmente aceptado: ¿una dejación de la ley y los preceptos?

«Fuese real o no que el punto de enlace de todo esto sea Lucía —mis conclusiones, posiblemente erradas, en cuanto a lo que he denominado sus señales, sus clandestinas llamadas—, ello no tiene ya relevancia. Lo trascendente es lo otro: el origen de esto que me acosa y que transitoriamente he conceptuado con la palabra deseo.

«Si quiero ser exacto debería utilizar más bien el término «revelación»: un fulgor que surge precisamente de su marginalidad frente a la ley, lo usual, lo convenido. Por primera vez me encuentro en la posibilidad de ejercer, con lucidez, con plena conciencia, lo que siempre de alguna manera fue lo mío: la asunción de mi propio ser por sobre todos lo demás, sin ataduras, sin complejos, sin arrepentimientos. Recuerdo lo que le dije a aquella muchacha esquiva, ¿Imelda, se llamaba?, hace no mucho: no logrando entender su renuencia,

indignado, quizá sorprendido, la acusé de falta de seguridad, de temerosa y cobarde. Ella no se rindió y su negativa me causó profunda depresión. Lo recuerdo: no estaba ni estoy acostumbrado a que se me rechace de esa forma.

«Ahora, frente a Lucía, la duda me carcome, pero en este caso el desenlace, el premio diría, encierra una cualidad más alta que rebasa a la propia Lucía, físicamente considerada.

«Sé que solo el pensarlo o desearlo constituye ya un desafío a lo sagrado, un regodeo en el lagar de lo prohibido, de lo vedado para mí y ansiado por ello.

«Abro, como si fuera un libro, este recuento obsesivo de las señales acumuladas en el tiempo por Lucía, o por mí desde mi oblicua posición de intérprete, para bien o para mal, y concluyo, protervo, que solo me resta esperar el momento en que lo revelado deba, fulgurante y quizás aniquilador, volverse real, despiadadamente real: tal, mi destino.

•

«Han pasado algunos días. Releo los párrafos anteriores y me detengo en uno: aquel donde escribí lo que sucede cuando, por azar, nuestras pieles, la de Lucía y la mía, se rozan en lugares no usuales, no convencionales y en instancias de tiempo imprevistas, casuales: las

manos o su dorso, o los brazos, por ejemplo. Entonces, he anotado, una súbita fulguración se produce, un reconocimiento profundo e ínfimo entre las pieles de uno y de otra; como si llegáramos impensadamente a la culminación de una espera, de un sondeo físico, igual que un fognazo que llega a lo más íntimo del ser de cada cual; y entonces, cuando pareciera que estamos al borde del aniquilamiento, todo ello en el lapso de unas décimas de segundo, nos retiramos, refluimos, sembramos entre nosotros el abismo de siempre, el retraimiento, la renuencia, la desesperanza, la imposibilidad de ser uno en el otro, el miedo a cruzar lo que entendemos es la irreparable, despiadada frontera.

«Esto que acabo de escribir no es más que una reincidencia en el delito, mía y de nadie más. Como dejo consignado en el párrafo que acabo de leer, es posible que la revelación, la fulguración, no se dé más que en mí. Lucía es del todo ajena a ello y yo, engañado, engañoso, interpreto equivocadamente los hechos.

«Rememoro, para sustentar más aún esta duda, aquella alusión de Lucía al alzheimer, la enfermedad que podría ser provocada por la abstinencia sexual prolongada. Anoté entonces algo más: la certeza de que, mientras esto afirmaba Lucía, su mirada permanecía clavada en mí. Pero, me digo ahora, es probable que todo ello, siendo cierto, tuviera otra finalidad: simplemente la de recordarme, o recordarnos, con secreta malignidad, el alzheimer que sufre nuestra hermana

mayor, la posibilidad de que el mal nos alcance a cualquiera de nosotros, sus consanguíneos, mi hermano o yo, o nuestros hijos.

«Y, sin embargo, por sobre estas reflexiones más bien racionales y sensatas, en este mismo tremendo instante vuelvo a experimentar, a sentir, pese a todo, en mi cuerpo, en mi ser profundo, el deseo, la posibilidad de llegar a ella, al límite de su propia piel, quizá más allá, aun sin contar con su anuencia o conocimiento. La fantasmagoría, la alucinación en cuyos repliegues transcuro, parece real, se asienta mientras describo los roces físicos producidos al azar, al evocar el acontecimiento incluso en su contextura súbita e infinitesimal; tanto que establezco otro contacto, otro roce de pieles, palpable y casi físico, inexcusable. Siento, sufro a través de las palabras, esta piel que se extiende desde mi cuerpo, desde mis dedos que escriben ávidos; percibo, sufro en el decurso de estas palabras que alucinado pergeño manchando la blancura del papel, palabras que me aproximan al objetivo final: lograr lo inalcanzable, la culminación del deseo, esta pulsión, esta forma de aniquilamiento, de extravío total, de cuyo cometimiento no atisbo, falaz, senil, abyecto, el regreso.

«El día de hoy ha sido crucial y, puedo decirlo, definitivo. No sé qué nos depare el inmediato futuro, pero mi travesía en el desierto ha terminado, si bien en un sentido diverso al que esperaba, uno radicalmente adverso, debo confesarlo. ¿Quién era yo hasta esta tarde?

Puedo anotar simplemente que no era yo. De repente, en un instante único, irrepetible, he sido yo. Luego, he vuelto a ser la máscara que siempre fui. Mas es solo ahora, tras mi propia revelación y su fracaso, que me he reconocido también en esa máscara. Algo de lo cual, desde luego, nunca supe.

«Fue a eso de las cuatro. Daniela había salido y, por alguna razón que no me molesté en averiguar, encontré que Lucía no la había acompañado. Como hago siempre cuando regreso a casa, atravesé sigilosamente la sala y ascendí por las escaleras a nuestra alcoba. Allí, en lugar de Daniela, estaba Lucía, de espaldas a la puerta del dormitorio, mirando por la ventana. Una claridad tenue penetraba desde la calle, tornando algo translúcida su figura. Viéndola de espaldas, recordé de pronto las imágenes femeninas que suele dibujar una artista de nuestra ciudad: mujeres captadas entre la luminosidad que penetra por la ventana y el mundo acaso sombrío que se extiende detrás de ellas, en el interior de su propia morada. Una niebla incipiente parece encarnar la turbiedad, la incertidumbre, la desesperanza que, de una manera no física y que escapa a lo que logran el pincel o el lápiz del artífice, esculpen con una torsión distinta y apenas perceptible las figuras. El espectador pudiera sorprender en el gesto un asomo de escape, de búsqueda de liberación, de atracción o de transgresión de lo prohibido. Rememoré aquella niebla que, creciendo, amagaba con difuminar las siluetas de aquellas mujeres imaginadas, en

rara coincidencia con la realidad que vivía, la realidad de mi habitación desplegándose hacia la imagen de Lucía casi transparente, asaz diáfana en el claror de la ventana. El efecto derivó en una extraña sensación: me pareció que la casa se movilizaba en una oleada invisible, pero palpable, y se concentraba en aquel perfil femenino en que, por tanto tiempo oscuro, se había centrado el cúmulo de mis obsesiones más secretas. Cuando Lucía se volvió para saludarme, no se me ocurrió preguntarle el porqué de su presencia allí, en nuestro dormitorio, y solo pude pensar que se trataba de una señal más que ella emitía para mí, tal vez la definitiva, la que, de no ser atendida, no podría repetirse.

«Me acerqué y ella, Lucía, vino también hacia mí. En tanto nos aproximábamos experimenté el conocido furor, tan antiguo —lo subrayo ahora— como la humanidad misma. Transcurría para mí un instante único, una instancia del tiempo, breve y eterna, tal era su intensidad, tal la magnitud del deseo que de pronto emergía violento, arrebatador, mas no por ella, tuve en el fondo la lucidez de reconocerlo, no por ella exactamente, sino por eso que rebasaba su presencia, su ser: el presagio, la inminencia de que lo prohibido se podía cumplir allí mismo, en ese momento irrepetible, en la estancia matrimonial, en ese lecho del que Daniela estaba ausente, bajo la certidumbre de que en esa fase fuera del tiempo se lograría al fin lo más oscuro de aquel afán irrefrenable: la certeza de que violaría todo lo sagrado,

afirmandome en mi ser, en mi voluntad, en lo soñado y anhelado. Una infinita voluptuosidad parecía abrazarme implacable: la evidencia de todo lo que significaba e implicaba aquello, su certitud: la traición, el asalto a lo no permitido, a lo opuesto, a lo entredicho, a lo interdicto.

«Alcancé a Lucía cuando ella, a su vez, avanzaba por el centro de la habitación, junto al lecho, que es bastante amplio. La abracé de inmediato y traté de besarla, sintiendo aquello que ya describí en párrafos anteriores: una descarga eléctrica que parecía producirse al contacto de nuestros cuerpos. Era, para mí, el instante supremo: el de la revelación. Luego sobrevendría, debería haber sucedido, lo otro, ineluctable: la incursión detenida y sabia en el cuerpo y el ser de aquel objeto de mis más dilatadas obsesiones: la experimentación de lo que, adverso a lo sagrado, se vuelve también sacro y, seguramente, impío.

«Sin embargo, no fue así. En tanto llegaba yo o intentaba llegar, extraviado, a esa especie de triunfo, de meta largamente intuida, Lucía se encargaba de refutar, impiadosa, todo lo que tan rigurosamente había yo construido en los meses y años previos. Sorprendida primero y luego violenta, con ira, se debatió en mis brazos, rechazándome, esquivando su rostro, golpeando mi pecho con inusitada fuerza. Gritó colérica, reclamándome. Llegó incluso al insulto. Pero yo, pensé y no pensé, y sentí que ya no podía retroceder. No cedí

en mi abrazo, determinado, fuera de mí, a concluir mi proyecto. La estreché más contra mí, haciéndole daño. La empujé hacia el lecho y, brutal, contorsionándome como un simio, implacable, procedí inclemente a lo usual, lo que suele registrarse en las crónicas policiales: desgarré su vestido y de la tela rota emergió, ante mis ojos, su desconocida desnudez. Entonces sucedió lo impensado, lo que la ropa, esa segunda piel no siempre confluyente con el cuerpo que cubre, había ocultado por años en relación con la verdad de Lucía: en la piel de su torso y más abajo, en las anfractuosidades de la cintura, del vientre, sin duda terso y plano, y en la espalda también, aparecía, letal, cruzando en líneas verticales aquella extensión íntima, un haz de estrías profundas, siniestras. Por un instante me detuve, sorprendido. Pero enseguida algo que venía de lo profundo de mí acució con mayor intensidad el ansia, el ímpetu, esa hambre de ella y de más allá de ella. Me equivoco al escribir esa palabra, «algo»; en realidad se trataba, se trata de «alguien». Ese doble de mí mismo que de pronto alcanzaba carnalidad, presencia, su lugar en el mundo. Ese alguien que avasallando la poca lucidez que le quedaba, o quizás, al revés, con otra suerte de lucidez implacable, pletórica de su propia lógica, entendía de otra manera lo que allí se exponía a mis ojos: aquellas estrías brindaban a quien las descubría así, tan repentinamente, ya no solo la posibilidad del contacto definitivo con la piel apetecida, trasoñada y ansiada, sino algo más, lo que,

al rememorar, puedo conceptual de descenso o peregrinaje hacia lo que estaba más allá de la piel, de esa piel vuelta de pronto camino hacia lo que recubre: el cuerpo mismo despojado de la membrana que lo oculta. En mi extravío vislumbré, presentí, más allá de las cicatrices que lo presagian y anteceden, las cavernas del cuerpo, su cuerpo. Dentro, muy dentro: las vísceras, la sangre, el palpar de la sangre. Así, mientras cumplía con el acto mismo de la posesión indebida y no deseada por la víctima, mis manos recorrían uno a uno esos canales, con fruición, como queriéndolos abrir, con obstinación demente, generando tal vez, no puedo recordarlo con precisión, dolorosas respuestas. Supe que mi profanación, esa transgresión, se dilataban en una dimensión más compleja, más turbadora. Vagamente recordaba que la mujer llamada Lucía había sido víctima de un terrible accidente en el pasado, un accidente del que tardó varios años en recomponerse. Nadie sabía de aquellas lacerantes estrías, huellas o evidencias de cuando estuvo en contacto con la muerte. La revelación intensificaba el furor y profané, repito, no puedo decirlo de otra forma: profané. Consumé, acallando con la mano sus gritos, lo previsto y, a la par, lo que no lo estaba: el infructuoso hollar de lo prohibido, la imposibilidad de alcanzarlo a plenitud: Lucía, he dicho que impiadosa, se encargaba de refutarlo, de tornar lo soñado en su exacto revés: apenas el acre sabor de la violencia, la proximidad de la sangre, el esputo, el rechazo, los arañazos, la ropa desgarrada, el asco; con seguridad, el odio.

«Concluido todo, me he refugiado aquí, en el estudio. Lucía debe encontrarse aún en la casa, posiblemente en el dormitorio. No la he oído bajar. Tampoco he escuchado el ruido de la puerta de calle al cerrarse. Daniela llegará pronto. El inmediato futuro es, por el momento, impredecible».



En el momento de terminar de transcribir este último párrafo, Jiménez vio que, separado del manuscrito, pendía un legajo en el que no había reparado, un conjunto de hojas unidas por un clip. Se sorprendió de verlo de repente allí, como si no hubiese estado antes y, por extraño sortilegio, cobrase de repente presencia, exigiendo atención.

Se disponía a examinarlo cuando timbraron a la puerta. Vio el reloj: eran casi las doce de la noche. No se había dado cuenta de la hora enfrascado en la tarea de pasar a la computadora el escrito de San Miguel. Con cierta molestia, desperezándose, abrió la puerta. Se trataba de dos oficiales de la Dirección de Investigaciones, aquellos a los que había encomendado investigar el paradero del profesor Pimentel.

—Pimentel ha desaparecido —informó uno de ellos—. No tuvimos que forzar mucho la puerta de su apartamento pues alguien lo había hecho ya, la cerradura

estaba rota y no había señas del profesor. Todo, adentro, se veía en completo desorden, como si el profesor lo hubiese revuelto todo o como si alguien hubiese entrado y buscado quién sabe qué, trastocando la casa entera. Es evidente que se han llevado libros y la computadora del profesor. Es fácil advertirlo. Nos empeñamos en buscar cualquier objeto de interés por todo el departamento. En el trasfondo de un mueble antiguo, creo que lo llaman bargueño, encontramos estas dos cosas. Nos pareció sospechoso que se encontrasen tan ocultas y decidimos traerlas para que usted las revise.

—¿Quiere decir que quienes presuntamente allanaron la vivienda no incursionaron en el bargueño o como se llame?

—Fue solo una intuición mía. Hurgué y hurgué y el resultado fue esto, aquí lo tiene.

Lo que el oficial entregaba a Jiménez era un diminuto «flash memory» y, junto a este, una carpeta delgada, doblada por la mitad, casi enrollada. El inspector la desdobló y pudo ver en su interior un apretado legajo de páginas impresas a un solo espacio. Algunas anotaciones al margen resaltaban a lo largo de ciertas páginas, todas escritas con letra menuda y prolija.

—¿Y los vecinos? ¿Han visto algo? —inquirió el inspector.

—Nadie sabe nada sobre cuándo el profesor dejó su departamento. Una vecina, sin embargo, dijo que en los

últimos días había observado en la calle la presencia de un automóvil detenido por horas frente al edificio. Era evidente —anotó la señora— que adentro había personas vigilando la casa.

—¿Pudo ver las placas del automóvil, su marca, color, cualquier otro dato?

—La señora no sabe de marcas y tampoco se le ocurrió anotar el número de la placa. Solo recuerda que era un vehículo de color negro, con vidrios oscuros.

—¿El profesor vivía solo?

—Aparentemente sí. Era viudo, pero le visitaban sus hijos. Mire, aquí están los datos.

Jiménez tomó en sus manos la libreta que el oficial le entregaba.

—Está bien —dijo—. Agradezco su prolijidad. Vayan a descansar. Mañana veremos lo que tengamos que hacer.

Una vez adentro, solo, introdujo el «flash memory» en la computadora. Mientras el diminuto artilugio descargaba en la pantalla lo que quiera que contuviese, Jiménez fue a la cocina para servirse otra taza de café. Con la taza en la mano se sentó frente a la computadora y se dispuso a leer. Comparando los primeros párrafos que aparecían en la pantalla y los del legajo en la carpeta, quedaba claro que se trataba del mismo documento. Jiménez titubeó un poco. Luego, apagó el computador y decidió centrarse directamente en el documento

impreso. Eran las doce y quince minutos de la noche, las 00:15 de otra madrugada posiblemente insomne. Enfrentado a la incertidumbre, no confiaba mucho en que el café lo mantuviera despierto por una o dos horas más.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO SIETE

Desde que San Miguel formulara su confidencia una lluviosa tarde en el *Opus 9*, en los inicios de la colaboración de uno y otro en niveles distintos de la administración pública, el profesor Enrique Pimentel Gómez, catedrático universitario, no conoció día sin recordarla. Hubo noches en que se despertaba acosado desde la madrugada hasta bien entrado el duermevela, por imágenes y palabras que reconstruían en distintas versiones, casi siempre absurdas o grotescas, aquella lejana conversación.

Su permanencia en una de las oficinas de la Asesoría Política en el Palacio de Gobierno hacía que, quisiera o no, terminara por enterarse de las incidencias y comentarios de toda índole que por allí o en sus alrededores no dejaban de suscitarse y que, indefectiblemente, abonaban a la persistencia y reiteración de las palabras de San Miguel en su memoria y en las subsecuentes pesadillas.

«Estoy —se decía— metido en el núcleo mismo del poder, el lugar del cual deben o deberían salir no solo las directivas relativas a los emprendimientos claves del

proceso revolucionario que el caudillo-presidente impulsa en sus encendidos discursos, sino también las medidas que pudieran evitar que en el seno del proceso se dieran hechos como el relatado por San Miguel». Había pergeñado incluso una suerte de memoria en la que reproducía detalladamente el encuentro y conversación que tuvieron lugar en el *Opus* y, a veces, tornaba a releerla, comparando lo que en ella había de presagio con los sucedidos que semana a semana iban apareciendo en la realidad de las cosas.

Este documento era el que justamente aparecía el primero en el legajo entregado a Jiménez por los policías encargados de averiguar el paradero del profesor.

En una nota de fecha indeterminada, pero seguramente escrita mucho después, Pimentel aludía a ese documento, comentándolo:

«Leo con detenimiento —escribe— las primeras líneas de estos apuntes, aquella frase: *el tiempo de la ignominia ha pasado*. ¿Ha pasado en verdad? No lo sé. Allí mismo, en esos párrafos, incluyo mis dudas. Por otro lado, al releerlos, me sorprende la claridad con que rememoro aquella lejana conversación con Alberto San Miguel y el ambiente vivido entonces, en el café aledaño al Ministerio, el *Opus 9*.

«No copio literalmente la frase, mas eso no importa. Lo trascendente es su sentido. Hoy, ese tiempo parecería superado, aunque más exacto

sería decir atenuado; persisten en el propio régimen, ¿por qué negarlo?, niveles de ignominia, de ocultamiento, de peligro. Dicen que el tigre se vuelve más peligroso cuando está herido. Eso me temo. Pero un cierto despertar ético me perturba, me acosa. Y emprendo entonces esta riesgosa tarea: la de recomponer este memorial o, mejor dicho, de construirlo, de organizarlo, incorporando las reflexiones sueltas que durante el tiempo del que hablamos fui escribiendo en secreto, escondiendo luego las hojas —tal era el temor que sentíamos— en rincones arcanos: el tubo hueco de la cama de metal, la que heredé de mis abuelos; el doble fondo del cajón lateral del escritorio, legado del tío Silverio; la cava que nunca pude llenar de licores verdaderamente finos y añejos, pero que sigue allí, esperando, mimetizada en la alacena del cuarto destinado a los utensilios de limpieza».

—No se trata entonces de ningún bargueño —observó Jiménez—. No sé por qué el oficial confundió un mueble tan común como un escritorio con un bargueño. ¿O será que el tal escritorio es muy antiguo, de esos que se hacían en el período colonial? Bueno, ya lo veremos.

Acometido por la curiosidad que despertaba en él la aparición repentina de las notas de este testigo imprevisto, tan ligado al suicida por otra parte, el

inspector no pudo sino seguir su lectura, pese a lo avanzado de la hora.

«Ahora estoy solo y parece fácil decirlo. Estoy solo, enfrentando una dimensión inédita en la que todo, los hechos, las sensaciones, los impulsos, sin dejar de ser los mismos, son ya otros, distintos, adversos, de algún modo, no míos. Si siempre hubiese estado solo, lo que experimento ahora, en este mismo momento, no *sería* como *es*: así simplemente. Pero no siempre estuve solo y ahora que Carmen se ha ido, la experiencia se torna difícil de aceptar. Es verdad, Carmen se ha ido para siempre. Su muerte está certificada: hay en el escritorio una partida de defunción, unas fotografías del sepelio, los diagnósticos médicos que testifican su paulatino y doloroso descenso hacia la muerte. Por otro lado, están allí los hijos que vienen los domingos para hacer llevadera la soledad del padre, del viudo. Cartas. Existen pues constancias de su muerte y, sobre todo, de su presencia intangible entre las cosas.

«Lo más duro de estas constataciones es aquello a lo que de una manera inasequible acabo de aludir: la diversidad o adversidad de lo que te rodea o experimentas, a pesar de la persistencia de su contextura material o anímica. Algo sutil y, a la par, corrosivo, aniquilador, contribuye a ello: la nostalgia, palabra que, sin embargo, pareciera necesitar de una

acepción más profunda: digo, el hecho de que junto a lo que son en sí mismos —las cosas, las sensaciones, los recuerdos—, representan a la vez mucho más: lo que fueron y simultáneamente lo que son ahora; el recuerdo, recubriéndolos como una pátina; el pretérito, regresando ineludible en sus pliegues y repliegues; el dolor de lo perdido; la ausencia, este universo siempre inexplorado puesto que cada vez se agranda más y más, igual que un desierto inacabable.

«En el caso de Carmen, más exactamente, en el mío y de Carmen, hay, habrá siempre, por otro lado y más allá de lo dicho, un nivel de discrepancia, suerte de doloroso abismo que ya no podrá ser resuelto o salvado jamás: ella ya no está y no fuimos capaces, no lo fui yo, pusilánime de mí, de afrontarlo mientras vivía.

«Pero esto, creo, será materia para abordar en otro momento. Lo que ahora urge es organizar los materiales, las partes deshilvanadas escritas a lo largo de estos años, dispersas, ocultas aquí y allá, y que, según las veo, pueden componer finalmente un testimonio, las pruebas de un tiempo que parece haberse ido y que, no obstante, persiste, permanece soterrado, protegido en la intimidad de seres enceguecidos, venales, en cuyo seno anida la posibilidad de su renacimiento desde lo profundo de sus viles cenizas.

«¿Será posible? ¿Podré un día poner al servicio de una nueva justicia, de un nuevo tiempo, de un renacer sin ignominias, estos papeles, estos cuadernos?

«Por lo pronto, paso a transcribir, ordenándolas y numerándolas, quizás arbitrariamente, las páginas. No hay precisión cronológica en cuanto al día en que fueron escritas, pero trato de arriesgar un cierto orden o sucesión deduciéndolo de su contenido, de las fechas que corresponden a determinados hechos: su probable antelación o emergencia ulterior en el tiempo. Me propongo dividir el conjunto en “folios”, acepción que me brinda alguna libertad en cuanto a extensión, tema, intención y todo lo que uno pueda imaginar. Sigo pues:

FOLIO 1

Hace ya dos semanas que no me he encontrado con San Miguel, desde aquella tarde en el *Opus*. No puedo negar que su sorprendente denuncia me ha perturbado hondamente, aún hoy. Me inquieta en lo *macro* y también en lo *micro*. Dentro de esto último, incluyo lo referente a la personalidad de San Miguel: sus antecedentes; el cinismo del que ha hecho gala en ocasiones y que él califica de sentido práctico de la vida. Todo ello y, de repente, esa confesión. Esa infidencia. ¿Qué se proponía San

Miguel con aquello? ¿Una justificación anticipada? Es posible, puesto que en cierto modo me estaba diciendo: «mira, las cosas son así, si no me ajusto a lo que esperan de mí, simplemente estoy fuera, ya te lo he dicho, en peligro, sin amparo, sin amigos, solo, jodido».

No me sorprendería verlo pronto enriquecido, *boyante*, acaso formando parte ya del círculo de los privilegiados, de los poderosos. Y no sería la primera vez que lo intente. No sería tampoco la primera vez de un fracaso rotundo. Pobre San Miguel. Ojalá sepa guardarse las espaldas. En alguna forma lo ha hecho ya, conmigo.

Entre tanto, he seguido en el cumplimiento de mis funciones. Mi puesto en la asesoría de estilo no me disgusta, puesto que me limito a corregir, tanto en su sintaxis como en su ortografía e incluso en lo que tiene relación con la exactitud o inexactitud de los datos históricos y geográficos, los textos que emiten los diferentes despachos, pero fundamentalmente los discursos del presidente, textos que él suele aprenderse de memoria y que en gran parte los urdo yo, los concibo y, debo consignarlo, me hacen partícipe de una pequeña dosis de poder. Vaya, ¿no les parece motivador el escuchar, desde mi oficina, mis propias palabras expandidas al viento, frente a las muchedumbres, desde el balcón del Palacio, en boca del presidente?

Una extraña sensación me embarga entonces. Una sensación de poder. Estiro mis pies y cruzo los brazos alrededor de mi vientre, sentado aquí, en mi silla de trabajo, en tanto percibo que aquel hombre que gesticula en el balcón, enfrentado a la plaza, a las banderas, a las vociferaciones de apoyo, es como una marioneta mía, no importa cómo lo hace, allá él, lo que me transfigura es eso, tan banal e incitador a la par: mis palabras.

Suelo en esos momentos cobrar conciencia de la situación que atravieso, del entorno que me rodea y a ello coadyuva el extraño y paradójico silencio que se extiende por los corredores, por los recovecos, por las amplias estancias del palacio. He dicho paradójico porque mientras afuera, en el balcón y en la plaza todo es bullicio, sordo rumor o silencio expectante que de repente estalla en aplausos y vítores, al tiempo que una y otra vez regresa incisiva, elocuente, persuasiva, colérica, admonitoria la voz del presidente, adentro todo es quietud, insonoridad, pasos furtivos, espera, una como expectativa de las cosas que llegan a sentirse, casi a doler físicamente.

Se me vienen a la mente las figuraciones no conocidas de tantos megalómanos que por decenas de años han poblado cada cierto tiempo estos laberintos, desde que comenzara la República y aún antes. Temo inclusive que alguno, acaso el más protervo entre ellos, se me aparezca de improviso o llegue a

mirarme desde el otro lado de la ventana que mantengo semiabierta sobre el corredor central del palacio. He oído decir que algunos seres fallecidos en circunstancias particularmente trágicas suelen dejar estelas de lo que fueron, energías que restan, rastros en el sitio donde fueron asesinados o cometieron suicidio, huellas que tardan en difuminarse y reproducen, ya los movimientos, ya la propia imagen del muerto, allí donde murieron, por un cierto número de años. No creo en ello, pero la posibilidad no deja de darme escalofríos. Estos antros, aquel corredor, la grada central, el portal externo del edificio han sido no pocas veces escenario de tales muertes.

Todo esto forma parte de la cotidianidad, cosas que por la noche, de regreso en casa, suelo contar a Carmen. Hay, sin embargo, un hecho que roza el absurdo y que, a ratos, me preocupa. Mi oficina, el pequeño cubil que me han asignado, queda a pocos metros del despacho del presidente. Y, no obstante, jamás lo veo, jamás lo he visto, a no de ser de lejos, cuando rodeado de guardias y de los inevitables esbirros del gobierno se dirige a alguna de las estancias protocolarias o a las afueras del palacio. Esto constituye para mí un misterio irresoluble, puesto que la barrera al parecer infranqueable que me separa del jefe del Estado —cómo me disgusta esta expresión— existe también para todos los demás empleados, los que se consideran subalternos.

No sucede así, es obvio, con aquellos que ostentan las más altas funciones o con algunos que, sin ejercerlas, sin tener ninguna representación oficial, actúan en la sombra —es un decir—, en estrecha comunicación con el presidente y sus más íntimos colaboradores. Yo también actúo en la sombra, tengo esa impresión; mas sin poder alguno. El poder, me imagino, es algo que emana de quien lo ostenta en el más alto grado, que fluye —como la luz, como el agua cuando cae del techo— y alcanza a todos con diversos efectos: elevando a unos, hundiendo a otros, estigmatizando a los más, igual que un veneno. El mal, su origen, acaso está allí, aquí. Deberé tratar de esto más ampliamente, cuando tenga tiempo. Por ahora queda anotado, nada más, como un indicio, o un síntoma.

Esta condición subalterna, la mía, hace que a veces me pregunte: «Yo, filósofo y académico, ¿qué hago aquí, de simple escribiente?». Y me apresuro a contestar haciendo a un lado cualquier duda o fantasmagoría, como la sembrada paladinamente por San Miguel aquella tarde en el *Opus*: «Formo parte de un proyecto histórico, revolucionario. Esto me exalta y me justifica. Todos debemos aportar, aun desde las posiciones más modestas». Y la mía no lo es, a pesar de mi distancia respecto del ámbito del líder que encarna este proyecto, esta leyenda. He puesto «leyenda» y me sorprendo de ello;

oscuramente, me arrepiento, pero lo dejo así, como una mancha al final de esta página.

FOLIO 2

Días antes consigné algunas consideraciones en relación con el caudillo del movimiento ahora en el poder, es decir, el presidente. Dije que apenas lo había visto de lejos y es verdad. Hay en torno a él una como nube que lo oculta y revela a un tiempo. Digo nube como si dijera cualquier otra cosa: mascarada, interposición de disfraces, esbirros que lo escoltan. Más al fondo me imagino el círculo más íntimo y luego, en sucesión concéntrica, como una ola en expansión, los otros, los menos allegados, usufructuarios del poder que van ubicándose en descendentes niveles, en circunvalaciones de perímetro más amplio cada vez, que se alejan del centro y son por lo tanto más débiles, como crecientemente desdibujados si alguien llegara a esbozar un croquis del esquema que ahora, por el momento, solo imagino. En fácil imagen se me viene a la mente el recuerdo de las gradas que bajan en círculos del pretil de la catedral, vistas desde lo alto.

Al término de mi divagación no dejo de preguntarme: en esa gradación de círculos concéntricos, ¿en qué lugar estoy yo? ¿En qué punto?

Porque es indudable que debo estar en un punto preciso. No en vano pergeño frases, palabras, ideas que luego se repiten en los discursos del caudillo o en los de algunos de sus ministros. ¿En dónde estoy, entonces?

Carmen, hace algunas noches, pareció reconocer ese punto. Y lo evidenció con angustia. «No sé cómo te sentirás», dijo, mirando a la pared frontera del dormitorio, poco antes de que cada cual se volviera a su lado en procura del sueño. «Me refiero a tu trabajo», explicó. «Redactas textos en los que no crees realmente. Me imagino que solo te imaginas lo que los otros creen y lo pones en palabras, fingiendo que eres uno de ellos, fingiendo para ti mismo, enajenándote de ti mientras escribes. ¿Estoy en lo cierto?». «Tal vez», atiné a contestar, pero no quise hablar más de ello. Ya habrá tiempo de reflexionar sobre esto, me dije. Mientras redacto estas líneas me pregunto cuándo llegará la hora de hablar con Carmen del asunto. Solo sé que me hirió muy a fondo. Una herida que puede ir agrandándose con el tiempo si no la tratamos ahora, en este tiempo. ¿Será posible?

No solo Carmen sino también alguien en alguno de los círculos superiores ha identificado y registrado ese punto y hecho llegar incluso, hasta mí, un emisario. Puede que esté paranoico, que quizá no

tenga razón en afirmarlo, pero, fuere o no cierto, lo real es que se encuentra cerca, atisbando en torno a mí, aunque, vuelvo a repetirlo y lo admito, se trate tal vez nada más que de mi imaginación, de mis aprensiones: una sospecha sin base.

Desde hace unos días frecuente mi oficina, siempre de modo inopinado, sin anunciarse y, aparentemente, solo con el ánimo de conversar, tal parecería ser su propósito fundamental, un licenciado de apellido Rivera, asistente del viceministro. Sus visitas suelen producirse a media mañana, huyendo —dice, al entrar— del tráfago de las primeras horas. Más que la intromisión en sí misma, me sorprende, cada vez, lo prolongado de su permanencia, más allá de lo necesario, mientras comenta sin apuro las novedades del día y recaba, en ocasiones con molesta insistencia, mis impresiones. A la tarde también, no siempre, pero en general a eso de las cuatro y media, llega y nos desplazamos al pequeño bar ubicado en un extremo del piso para uso de los empleados y, en tanto compartimos un café y habida cuenta de sus labores en la oficina viceministerial, me hace partícipe de algún acontecimiento o decisión gubernamental que está por suceder. A la noche suelo compartir con Carmen lo que he podido conocer a través de Rivera, esos pronósticos, y, casi siempre, acierto.

La verdad es que con Rivera se ha entablado lo que podría calificar de amistad, una suerte de

camaradería. Con los demás funcionarios, en cambio, el trato es más bien protocolar, estrictamente profesional, salvo —está por demás decirlo— cuando el termómetro de los acontecimientos políticos sube de punto y entonces casi todos nos apersonamos en el bar, deseosos de saber las noticias.

En el fondo, sin embargo, la sospecha de que Rivera cumple un cometido adicional al solo deseo de compartir impresiones y despejar el tedio que, con frecuencia, cunde en ciertas horas del trabajo, no deja de perturbarme, de desasosegarme sobre todo cuando percibo la reconcentrada atención de su mirada al momento de yo emitir mis propios comentarios, cualquiera sea el objeto de la conversación que mantenemos. Pienso o, mejor dicho, presiento que sus palabras van destinadas a conocer no solo mis puntos de vista sino a sondear la verdad de mi ser. Esta aprensión se profundiza más al verificar, de un modo u otro, que aquí, en las inmediaciones del caudillo, en este centro del poder y seguramente en otros ámbitos conexos, en el vértigo de los círculos y contracírculos de los que he hablado, todos deben espionarse uno a otros. La delación o, al menos, el estar bien informados, es un expediente necesario, una garantía de sobrevivencia.

Lo digo por algo que consignaré un poco más adelante, algo confluyente con la pasada revelación de Alberto San Miguel. En el ínterin, he aprendido

a jugar con Rivera sin que él se percate, desde luego. De modo general, encuentro la manera de coincidir con él en sus apreciaciones, muy a mi pesar, violentando —esa es la palabra— mis criterios más íntimos. Pero también discrepo en determinados momentos, cuando me doy cuenta de que, ante algunos hechos muy controvertidos, una total conjunción de puntos de vista sería difícil de creer. Creo salvaguardar así mi posición en el cargo y aprovecharme también, en apoyo a lo que consignaré a renglón seguido.

La emergencia de cuanto puedo observar desde mi privilegiada situación de testigo, desde mi anonimato —subrayo—, me ha llevado a concebir un proyecto secreto, algo que nadie debe saber, al menos por ahora, ni siquiera Carmen, pero que la presencia de Rivera coadyuva a estructurar con cierta eficacia. Tiene que ver con la pregunta que sobre mí mismo consigné párrafos arriba: ¿en qué lugar me encuentro en el devenir o derivar de los círculos concéntricos que emanan desde el centro del poder? Y, claro, cobra impulso con el comentario de Carmen y las aproximaciones del licenciado Rivera, perdónenme, paranoico de mí.

Me he propuesto observar de lejos al caudillo, pero también hurgar en lo que sucede en derredor suyo, en los círculos más cercanos a él, de mayor a menor.

Pero antes creo del caso consignar un episodio que me ha impresionado mucho. En realidad, no involucra al presidente de manera directa y, sin embargo, alude a él, desde lejos, o, todo es posible: ¿de cerca?

Se trata de un joven amigo venido de provincias. Su padre, antiguo camarada de la Universidad, me pidió que lo albergara por un tiempo hasta que consiguiera un trabajo. Entre tanto iniciaría sus estudios de economía. Lo recibimos con gusto, se hizo amigo de mis hijos y me sentí satisfecho de ayudar a alguien que, escaso de recursos, trata de abrirse paso en la vida. Dos meses más tarde de llegar a la capital consiguió un cargo en una oficina de gobierno. No sé por qué soy a veces tan poco preciso a la hora de consignar datos como este. Sé bien de qué oficina se trata: es la dirección donde se estudian y aprueban, en una primera fase técnica, los contratos petroleros en el Ministerio de Hidrocarburos. Necesitaban un asistente con conocimientos de economía. Nuestro joven huésped no es un consumado experto en la materia, pero tuvo la suerte —estoy de ello seguro— de encontrar o convencer a alguien que lo recomendara. Juro que no tuve nada que ver con ello, pese a que yo, por mi parte, había sido ya reclutado para trabajar en la presidencia como corrector de estilo, creo que ya incluí este particular en alguna página.

No tardó mucho tiempo en mudarse y alquiló un apartamento en un edificio cercano a nuestra casa. Nos sorprendió que, iniciado apenas en el nuevo trabajo, se comprometiera a pagar un alquiler más bien alto y que no tuviera problemas a la hora de comprar los muebles y demás enseres con los que vistió la vivienda, debo decirlo, con cierto lujo. Unas semanas más tarde apareció manejando un automóvil de los que, desconozco la razón, llaman de «alta gama». Me imaginé que debía recibir un sueldo suficiente para cubrir tantos gastos, pero Carmen, por su lado, no dudó en someterle un día a un interrogatorio.

Sacó en conclusión que el joven, si bien no gana mucho en lo referente a su sueldo, sí recibe una serie de valores adicionales por concepto —había dicho en principio— de las utilidades de la entidad estatal en que trabaja. Presionado por Carmen, que no creyó —por su incongruencia— esta primera versión, confesó lo que parecía inevitable: cada persona, natural o jurídica —compañías, corporaciones, etc.— que conciertan contratos con la empresa debe, para lograrlo, entregar fuertes cantidades de dinero que se reparten entre los compañeros de la oficina, incluidos los jefes. Entre todos estos, existe una suerte de pacto de caballeros: nadie puede negarse a recibir su parte, so pena de ser excluido de la institución. Tanto más que una buena porción

es entregada al movimiento que sustenta el poder del caudillo. El pacto entonces se vuelve ineludible: no se basa en una simple extorsión, se trata de un proyecto que rebasa los mezquinos intereses de cada cual.

Recordé lo relatado por San Miguel aquella tarde en el *Opus*. Comparé ambos casos y los vinculé con otros semejantes de los que había conocido solo de oídas, a manera de rumores presuntamente sin fundamento. Pero la sospecha se volvió certidumbre. Parece tratarse de una política generalizada en todos los estamentos de gobierno, altos o bajos, de índole estratégica o no.

Mientras escribo estas líneas me invade, extrañamente, una cierta vergüenza. Me explico: ¿no será una mezquindad mía sobresaltarme por asuntos más bien nimios, frente a la grandeza de un programa que intenta transformar, transfigurar diría, la historia? Días antes, en el *Opus*, escuché a un conocido intelectual referirse, creo que se refería a este tema, de un modo displicente. «Este asunto, el de la corrupción —expresó—, es apenas un punto en el análisis». Lo recuerdo y pienso: ¿qué trascendencia tiene lo ético frente a todo ello: la historia? Confieso y repito: una cierta vergüenza crece en mí, mínima, latente. Y me pregunto: intelectuales como ese, ¿dicen lo que yo también debiera entender? ¿O es

quizá más llevadero ocultar lo evidente, por interés, por miedo, por admiración, por fascinación frente al poder, por lo que fuere?

Al escucharlo se me vino a la mente una antigua lectura, un libro de Czeslaw Milosz donde un intelectual orgánico de la Polonia totalitaria de mediados de siglo, hablo del siglo XX, exclama:

«¡Realmente, la gente es pequeña y ciega, en lugar de abarcar la totalidad de una tarea gigantesca, pierde el tiempo recordando detalles poco importantes!».

Milosz lo cita, pero en un tenor de denuncia.

Recordé también un par de citas confluentes del mismo libro:

«El hombre aprende a amar los vallados que se levantan a su alrededor». «El miedo ante la libertad no es nada más que el miedo ante el vacío».

No sé por qué emergieron en mi memoria estas frases, como si estuvieran vinculadas secretamente con lo escuchado en el *Opus*.

Rememoro: «Se trata de solo un punto, quizás un tema menor, en el análisis». Tal vez sea cierto. Pero, pese a todo, he tornado a sentir lo que experimenté cuando las revelaciones de San Miguel: hechos así no pueden darse dentro del proceso histórico que vivimos, puesto que lo refutan, sobre todo si la tolerancia o tal vez el estímulo llegan desde las

alturas del poder. No, no es posible. Hay aquí un error de principio. Algo no calza. No puedo evitarlo, mas la palabra traición vuelve a emerger, muy en el fondo de mi ser, como un virus o una bacteria malignos.

A partir de lo que logró averiguar Carmen con nuestro exhuésped, mi interés en el caudillo se ha acrecentado. Según me cuentan, es un hombre que pareciera estar en todo, me refiero a los asuntos del gobierno en su entera extensión. Denota un acelerado dinamismo, llama a cualquier funcionario incluso en horas de la madrugada, como si no durmiera jamás. Se aparece en las oficinas, aun en aquellas del más bajo nivel, de modo imprevisto. Y exige, siempre, le informen de todo. Entonces, me pregunto: ¿una personalidad así, es posible que no esté al tanto de los casos que he consignado páginas atrás, aquel revelado por San Miguel; el otro, el que involucra al joven amigo de mi familia? ¿Será posible? Me he dedicado pues a observarlo, puesto que la cuestión me intriga enormemente. Mi vigilancia, no obstante, solo es factible de lejos, claro está, a través de lo que testifican los diarios y siguiendo sus desplazamientos en los noticieros de la televisión. Debo confesar que este procedimiento no me satisface, pues, ¿cómo decirlo?, lo que transmiten los medios resulta poco creíble ya que, como pronosticó San Miguel, el régimen lleva ya

algún tiempo ejerciendo una política de severo control de las informaciones.

Es más, en unas oficinas más allá de la mía funciona justamente la dirección administrativa encargada de supervisar todo lo que aparece en los medios. De hecho, este ente se encarga de velar porque las informaciones aparezcan ligadas a la política gubernamental o no la contradigan. De otro modo, el medio que incurre en lo que esta instancia gubernamental juzga inaceptable, ilegal o injurioso para el régimen, es sometido a costosos apremios, que pueden incluir la clausura y aun la persecución y el encarcelamiento de los comunicadores. El encarcelamiento es algo más que un arbitrio procesal. Se habla también, en voz baja, de desapariciones, de torturas en ciertas zonas subterráneas de la policía judicial. Me sorprende de escribir las últimas líneas así: con distancia, en un tono más bien administrativo, sin emoción, sin indignarme. ¿Serán los gajes del oficio? El estilo de los papeles o no papeles administrativos (*non paper*, los llaman), ¿será que cala hondo en quienes lo practican, transformándolos, educándolos, neutralizándolos?

He llamado a San Miguel para reunirnos y hablar de estas cosas, pero él se ha excusado una y otra vez argumentando exceso de trabajo. Y debe ser cierto: un exceso de todo.

FOLIO 3

Leo el más reciente de mis apuntes y lo encuentro inconcluso: algo en lo que allí he escrito se queda trunco, como cuando terminas de redactar un párrafo y sientes, al darlo por concluido, que el tiempo verbal no se ha completado, o que la idea que esperabas transmitir se ha perdido. En principio no entiendes realmente lo que ha pasado; luego, repasas el párrafo y finalmente, sorprendido, das con aquello que falta: una palabra, una coma, un adverbio, un giro, un verbo.

En el texto que antecede a estas líneas, falta en verdad algo y, a la hora en que me propongo la tarea de emprender una nueva página, no sé aún cuál es la carencia, lo no explicado o desconocido. Y, sin embargo, lo intuyo. Intentaré, pues, dar con ello.

Veamos: me parece que todo empieza con lo que, fragmentariamente, contó San Miguel aquella tarde en el *Opus*. Imaginemos que lo dicho por él es el primero de muchos párrafos o el acorde inicial de una partitura sombría y desarticulada. Solo que por mucho tiempo lo que hemos llamado «acorde inicial» ha quedado como recluso en el trasfondo, casi inaudible, pero siempre latente, haciéndose escuchar muy de vez en cuando en el tráfago de los acontecimientos cotidianos. Revelándose a veces con cierta inopinada estridencia,

efímera, es cierto, pero absolutamente significativa, como si tratara de advertirnos algo, ese algo que se me escapa, como un pez en el agua, en la escritura que antecede a esta página.

Ahora mismo, mientras escribo en medio de la soledad del Palacio —el presidente está en el exterior, de visita en uno de los pocos países que le invitan y todo es calma y expectativa—, me parece oír, lejana, una de aquellas estridencias. Transcurre distante, avanzando más allá de los patios y muros centenarios, como si llegara de lejos, hecha ya no de sonidos discordes sino de palabras, aquellas palabras que en el tiempo van adquiriendo una textura profética, las pronunciadas hace ya tiempo por alguien que nada tiene de vidente sino, a lo más, de mal agorero y de cínico: San Miguel.

Me pregunto sobre lo que ha sucedido entre la tarde de que hablo y esta de ahora, en la desolación del Palacio. Lo que ha generado, como efecto, el acallamiento, el redespiegue en el trasfondo de mi conciencia de lo que San Miguel pareció advertir entonces y que, luego, él mismo se ha encargado al parecer de olvidar, tal como yo he intentado también, como todos.

¿Cuáles han sido en el transcurso de todo este tiempo las cosas, los gestos, las estrategias, las realidades, las amenazas, los apremios, las sutilezas,

las reacciones, los intereses, los acomodamientos que han dado lugar a ello que he llamado provisionalmente el redespiegue en el doble fondo de mi conciencia de las primigenias admoniciones consignadas por San Miguel, incluso por sobre lo que él dijera con tan sencillas palabras en el curso de aquella conversación en el *Opus*?

Empezaré por lo que me atañe, es decir, por mi experiencia personal y luego, si fuere posible, extrapolaré la peripecia íntima en un escenario más amplio. En primer lugar, hablaré de mi reclutamiento y explicaré el porqué de esta palabra, de su uso.

¿Por qué una persona accede a una situación determinada, trátase de una función, un cargo, una relación amorosa, una conspiración, un emprendimiento, una forma de abyección, un desafío, una heroicidad, una traición, incluso la muerte? Las razones son múltiples y es innecesario intentar enumerarlas aquí. Me limito a lo que me concierne: el porqué de mi reclutamiento. En general, las causas por las cuales alguien acepta una función o un cargo o un empleo podrían reducirse a las siguientes, siempre con el riesgo de dejar algunas de lado: dinero, vanidad, acceso a una posición de poder, realización de una inequívoca vocación o necesidad de ser, un designio (cualquiera que fuese, constructivo, delictuoso, perverso).

En mi caso creo que obraron la primera y tercera de las consignadas: el salario, mucho mejor del que venía recibiendo como docente, y la posibilidad de experimentar una cierta vecindad con el poder. Una conjunción de la que solo ahora cobro conciencia, que incluye el interés económico —¿codicia?—, la cercanía con el poder —¿arribismo?— y, ¿por qué no?, la curiosidad, así, simplemente.

Fue Quintana, subdirector de la oficina de supervisión de los medios, quien me consultó y, habiendo constatado mi aquiescencia, recomendó mi nombre y aquí estoy, en calidad de corrector de textos.

Pero también hay otra motivación, que intencionalmente no he citado en la enumeración que arbitrariamente y de modo tan poco profesional he incluido más arriba: la fe, ciega, fervorosa, militante que, en aquellos primeros días y aún ahora nos impulsaba (impulsa) a muchos, creo que a los más. Hablo de lo que ha prometido el caudillo, una revolución. Incluyo pues, esta, entre las que cobraron gravitación decisiva a la hora de aceptar la proposición de Quintana.

Me detengo por ahora en la tercera de las razones mencionadas. Me considero un intelectual y participo como tal de algo que los caracteriza a

casi todos: la atracción del poder. Su misterio, algo indefinible que se infiltra avieso en el ser, fascinándonos.

Cuando Quintana me habló de la posibilidad de trabajar en el Palacio, tan cerca del propio Presidente, lo que sentí fue irresistible y comprendí de pronto (¿o más tarde?) una estrategia que desde siempre han venido desplegando los detentadores del poder. Me refiero a cómo en las más diversas culturas el poder se ha manifestado materialmente en signos destinados a asegurar la sumisión y, concomitantemente, para sustentar aquello, la admiración, la adhesión incondicional, el fervor. Las grandes obras arquitectónicas son la mejor demostración de ello: los templos cristianos, cuya magnificencia y acabado esplendor contrasta, en muchos sitios, con la humildad y sencillez de las poblaciones donde se erigen, o, con el mismo sentido proselitista y dominador, las impresionantes edificaciones construidas en la era del comunismo estalinista. Lo que realmente sorprende es la atracción que íntimamente ejerce el poder en algunos como yo, muchos o pocos, estemos en su seno acogedor o en su contra, fuera de él.

Todavía hoy, a la hora en que redacto estas líneas, inmerso en este símbolo secular del poder, el Palacio, siento ese fervor, me mueve, me atrapa. Y esta es una de las razones por las cuales se repliega, se aquieta, se relativiza la primera advertencia implícita

y casi explícita en aquellas palabras de Alberto San Miguel hace tantas tardes.

Lo que digo es contradictorio en sí mismo, pero la realidad, lo que veo, lo que sé, lo que presiento, lo es igualmente. Y lo constato.

Por una parte, en las formas, en los signos externos: lo que vemos y oímos se corresponde con lo que primigeniamente nos entusiasmaba. El discurso del caudillo, que planea absorto y omnipresente sobre la realidad entera, se concentra en ello: contra los poderes que desde siempre dominaron sumiendo en la miseria a los más de entre nosotros; las diatribas contra el poder imperial que desde el norte del planeta sostiene a los depredadores de cualquier índole y se nutre de ello; el tono combativo.

Por otra, lo que nos ha sido dado verificar en la cruda e inexcusable realidad. Aquello que precisó el propio San Miguel; lo acontecido con el joven huésped de nuestra casa, hoy enriquecido con ingresos ilícitos; los rumores sobre hechos análogos que cunden y llegan inevitables a todos los oídos, por sobre la censura, por encima del miedo.

Lo palabra del caudillo implica, necesariamente, un giro de 180 grados en la situación, una nueva ética, un nuevo comienzo, tácticas imaginativas, procedimientos inéditos. Transmitida esta retórica por alguien tan persuasivo, concita —lo

reitero— nuestro entusiasmo, nos hace sus fieles seguidores, nos convierte, nos exalta. Pero aquí, precisamente en este punto se incuba, igual que un virus no deseado, aniquilador, la incongruencia. Lo que me contó San Miguel. El episodio de nuestro joven huésped. Algo no encaja: por un lado, el designio que nos convoca y compromete; por otro, esas prácticas que, en el fondo, se orientan a lo que se trataría de destruir: el poder del dinero, el lujo desmedido, la vanidad, el despilfarro. Todo, visto así, me suena esquizofrénico y, sin embargo, alejo la sospecha de mí, la oculto en los más recónditos repliegues de la conciencia y me siento entonces tranquilo, no culpable, inocente de una traición que, aun cometida en pensamiento, debería ser castigada, tal como en la retórica cristiana los llamados malos pensamientos son también pecados susceptibles de castigo y, paradójicamente, de perdón, siempre que el arrepentimiento sea auténtico. Cuando me siento al borde de la traición, experimento a la vez una exigencia: la urgente necesidad de ser perdonado, de no ser excluido del redil.

FOLIO 4

Al cabo de varias semanas he tornado a leer estas páginas, cuidadosamente guardadas en el doble fondo del escritorio. Entre la última fecha y esta, la de hoy, en que vuelvo a escribir, han pasado muchas cosas.

Cosas que el común de los mortales no podrá percibir en la medida en que yo, pese al encierro en mi cubil del Palacio, sí soy capaz de presentir, de reconocer. La sospecha de que hablo en el último escrito no se ha desvanecido; al contrario, ha acentuado su presencia, carcomiéndome interiormente por sobre todos los esfuerzos que hago para olvidarla.

He tomado entonces una decisión que, desde un principio, ha sido efectiva y dolorosa también, puesto que actúa de un modo corrosivo, indeseado, en mi ser: hablo del ser psíquico y moral, un rezago que, lo reconozco, viene del tiempo anterior a estos días revolucionarios y que, pese a todos mis esfuerzos, no desaparece.

Se trata de conjurar la posibilidad de esa realidad esquizofrénica a la que he aludido anteriormente y, para ello, se me ha ocurrido una estrategia que juzgo puede ayudarme a despejar todos los fantasmas que por ahora me aniquilan. Aprovechándome de mi singular condición de hacedor de los discursos del presidente y de algunos ministros clave, redactor —además— de textos de divulgación política encargados a mí por la división de propaganda y educación de las masas —su nombre administrativo no lo recuerdo y tampoco importa—, he comenzado a solicitar a las diferentes instituciones me faciliten datos e informes sobre las políticas que vienen aplicando, con determinación de los

resultados, recursos, gastos e ingresos, etcétera. El nombre de la dirección en que trabajo lleva ahora el pomposo nombre de Asesoría Política, aunque en verdad, como queda dicho, se limita a corregir textos y elaborar piezas oratorias de dudosa calidad literaria. Pero el nombre suena y sus exigencias, como estoy comprobando, suelen ser atendidas. Esta circunstancia, creo, ha incidido en la pronta y favorable reacción de las entidades requeridas y los informes que llegan son realmente intrigantes, muchos como si fueran fatalmente destinados a incrementar mi perplejidad. No olvidaré señalar la estratagema que utilicé: esta Asesoría Política se propone llenar un vacío, informé: escribir una serie de memorias sobre la génesis y avances del proyecto revolucionario.

Presenté la propuesta a manera de proyecto al propio despacho del ministro del Interior, del que dependo administrativamente. Y no está por demás señalar que solicité a Rivera estuviera atento a la reacción que pudiera darse. La respuesta fue positiva, tanto que una circular fue rápidamente dirigida por el propio viceministro a todas las dependencias del Gobierno. Percibo una cierta ansia por justificar todo lo que se hace; pero presiento algo más: creo que el propio presidente habrá conocido el alcance de mi propuesta y por ello la aceptación tan pronta, casi precipitada por parte de las máximas autoridades

del ministerio. Ya sabemos: nada se pone en marcha sin el visto bueno del jefe del Estado. Mi presentimiento implica también una premonición: me parece que más tarde que temprano tendré la oportunidad de estar cerca, digo, en presencia del propio caudillo y ello contrae en mí variadas sensaciones: por un lado, una parte mía, la más deleznable, se vuelve expectante, servil, como compensada por algo largamente esperado; otra, en cambio, experimenta cierta repugnancia, a la luz de las sospechas, al tenor de las infidencias de aquella tarde ya lejana en el *Opus* con San Miguel, bajo la vaga intuición de que lo que aparece y nos conmueve tiene una contrapartida oscura y tal vez monstruosa.

Con el transcurrir de los días, una y otra de tales impresiones van acentuándose. La primera, porque el aire mismo que se respira parece impregnarse de un matiz que prefigura, me imagino, los grandes acontecimientos; la segunda, porque los informes y detalles que me llegan aluden a una realidad distinta. Ya lo dije: una realidad esquizofrénica, contradictoria en sí misma.

Escindido yo también, en cuerpo y alma, emprendo (he emprendido) un quehacer *en sí mismo* antagónico. Frente a mí, sobre la mesa de trabajo, van acumulándose las notas que poco a poco irán configurando las memorias del proceso revolucionario en que me veo inmerso, propuesta que fue

de mi autoría, iluso de mí. Más allá, en lo profundo del archivador, yacen, unos junto a otros, los informes secretos: datos de reuniones y negociaciones, presupuestos, nombres, registros sobre repartos de valores, notas denunciadoras de tratos en la sombra. En un cuaderno suelo anotar con cierta prolijidad, sistemáticamente, los detalles que me parecen más significativos: nombres, sobre todo nombres. No sé, en el fondo, por qué lo hago: no sé, por el momento, si es para una posible salvación, en el impredecible futuro, o, al revés, para su exacta contrapartida: mi perdición, acaso mi muerte.

Mirando con alguna objetividad, puedo constatar lo siguiente: por un lado, una visión de mí mismo comentando el proyecto con cualquier funcionario de mi nivel, el registro histórico y cronológico de lo que, hablando en voz alta, califico también de leyenda, como suelen decir del proceso que vivimos, las autoridades más altas y más obsecuentes con el caudillo. Por otro costado, en lo más profundo del ser, la otra cara: mi perplejidad, mi angustia, mi doblez si se quiere. Cuando la primera de estas dos visiones se impone, escribo con el lenguaje adecuado a esa leyenda, la gesta revolucionaria en la que tantos creen. Cuando de las cenizas de aquella surge la segunda, escribo estas líneas, me torturo, me incrimino, pobre de mí. Hago otras cosas: escondo, por ejemplo, los nombres, el

monto de los delitos, las pruebas. Las consigno en una suerte de tercera transcripción destinada a permanecer oculta o, eventualmente, a desaparecer.

El esfuerzo es extenuante y me esquilma, depreda lo mejor de mí. Ya no soy el mismo. Soy otro, no completo, no entero, dividido más bien en lo que acabo de describir: esa abyecta yuxtaposición de visiones.

De pronto, una tercera visión me sobrecoge. Se reduce en realidad a una intelección que de improviso emerge en mi mente. Miro en una especie de ensueño el esqueleto del llamado proceso revolucionario, levantado frágilmente como en una estructura de forma piramidal. En la cúspide de la pirámide se posa el caudillo, igual a un ave rapaz que observa en lontananza con su poderoso ojo. Bajo él, surgen de puntos distintos las pilastras, las vigas inclinadas que se juntan en lo alto, bajo el caudillo, y que lo sostienen. Mi mente vaga febril: cada pilar implica algo: uno, la necesidad de represión; otro, la urgencia de glorificar al ser que aguarda absorto en el vértice donde todo confluye, no importa cuánto cueste; un tercero, lo que tan íntimamente ha venido inquietándome y atormentándome, por ser implícitamente paradójico, esa corrupción que parece difuminarse entre todos y todo. En fin, la visión cobra una premonición en la que creo y no creo, o, mejor dicho, me resisto a creer: el andamiaje

que he visto no aparece gratuito, como surgido de la nada. Aquel que mira desde lo alto es su hacedor. No me queda duda. Pero todo es puro delirio. Me levanto sudoroso y doy vueltas en el pequeño ámbito de la oficina. La misma pregunta surge asfixiante: ¿cuál es el punto exacto que me atañe en esa estructura piramidal, en el torbellino de aquellos círculos concéntricos de que he hablado antes, en alguna página?

FOLIO 5

Esta tarde, luego de haber logrado contactar con Alberto San Miguel, mi amigo, nos hemos citado en el lugar de siempre, lo digo eufemísticamente. Hablo del *Opus*. Y digo «eufemísticamente» porque hace ya mucho tiempo que no nos veíamos. Cuando entró al café y mientras se dirigía a mi mesa, lo sentí algo distinto. Como lleno de confianza en sí mismo, no sé y, a la par, huidizo, mirando a todos lados. Emanaba de él una extraña paradoja: cierta prepotencia y, como en una contraposición soterrada, cual si sospechara de todos, ese mirar de soslayo, ese afán por abarcar la realidad explícita e implícita del local.

No fue una conversación agradable y, lo peor, o lo mejor, fue breve. Ya me había advertido: no contaba con mucho tiempo.

Luego de preguntarle sobre su situación y la de su familia, esos interrogantes de cajón, abordé el propósito principal que me había llevado a concertar esa cita. Sin informarle de los métodos empleados por mí, aprovechándome del lema de mi despacho, «Asesoría Política», hice alusión a lo que él, en una ocasión ya lejana, pudo contarme: esos primeros y grandes abusos que empezaban a detectarse en diversas esferas del poder, casi desde un principio. «La verdad —dije—, he podido comprobar no solo eso, sino que las cosas se ejercen ahora en una escala mayor».

«Bueno, y a qué viene todo eso», dijo en un tono glacial.

«No sé qué pueda pasar en el futuro», expresé. «Pero debes cuidarte. Quizá sería hora de empezar a guardar documentos, pruebas, informes significativos. Es posible que algún día te sean necesarios, para, qué sé yo, cubrirte las espaldas, protegerte, en fin».

«Ya lo he hecho. Mejor dicho, ya lo hago», dijo y por primera vez esbozó una sonrisa de complicidad, mirándome fijamente.

Pocos minutos más tarde, como ya me había anticipado, se despidió. Empezaba a caminar en dirección a la puerta del local cuando se detuvo y volvió hacia mí. Inclinandose sobre la mesa susurró:

—Sé que tienes una buena amistad con Rivera, del despacho de tu viceministro.

—Sí —asentí—, ¿deseas que hable con él sobre algo?

—No, nada —contestó San Miguel—. Solo quería decirte que no te fíes mucho de él. De nadie, mejor dicho.

—Gracias por la advertencia —dije.

—De nada —expresó San Miguel—. Como ves, también me preocupo por ti.

Mientras se alejaba, observé su silueta difuminarse más allá de los cristales de la entrada. Una dura y precisa inquietud me embargó: ¿qué sería de él? ¿Qué sería de mí?

FOLIO 6

Hoy tuvo lugar la concreción en la realidad de mi premonición, aquella de que di cuenta hace algunos días. Alguien ha deslizado bajo la puerta de mi oficina un papel con unas breves líneas mecanografiadas: «el regimiento policial se había declarado en huelga, nada peligroso ni violento en realidad, gritos nada más, brazos caídos, vociferaciones, reclamos». Qué raro. Presumo que se refiere a los acontecimientos de ayer, un día agitado y de improbables desenlaces como pocos. Presumo también que el desconocido autor de esas líneas las incluirá

en su personal memorial sobre los hechos. Intuyo algo más: el memorial se está ya escribiendo y el fragmento dejado bajo la puerta de mi cubil lo delata. Sí, en efecto, ayer tuvo lugar aquello: una huelga. Y, en las horas sobrevenidas luego, lo que fue nada más que eso, «nada peligroso ni violento», se ha convertido bajo la retórica del régimen en un hecho histórico: intento de golpe de Estado, se ha dicho: magnicidio, retorno de las fuerzas oscuras de la historia.

He sabido luego que papelitos con la misma leyenda fueron deslizados bajo las puertas de otras oficinas. Se trata entonces de un opositor soterrado, oculto en el más conspicuo santuario del poder: el Palacio. Por un momento pensé en dejar en el piso el papel, como para hacer ostensible mi indiferencia y, más aún, mi absoluta distancia con el misterioso redactor de esas líneas. Sé que comenzará pronto una investigación y hay que prepararse. Pero la idea de dejar en el piso el extraño documento parece infantil y, al contrario de mis intenciones, es posible que dé lugar a alguna sospecha infundada. Vaya, ya se sabe: dejar una prueba a la vista o casi a la vista, refleja la intención de hacer notar que no se tiene nada que ver con la situación que se investiga, lo que puede provocar que un investigador avisado piense en lo contrario y deduzca, equivocadamente o no, que solo se trataba de una estratagema.

He tomado entonces el papel, lo he roto y botado en el basurero.

El suceso al que se refería el papelito acaeció ayer. En mi fuero íntimo, ¿y qué dirá Carmen?, sé que pronto me pedirán hablar de ello. Y hablaré, claro, pero desde la óptica de las alturas del poder, esto es, condenando lo que consigné más arriba: el intento de retorno de las fuerzas oscuras de la historia. Lo pedirán igual a otros historiadores y estos escribirán con gusto, glorificando al caudillo, ubicándolo en perspectiva histórica, fascinados como están, como lo estoy yo también, con su figura, con esa extraña emanación de poder que fluye de ella.

La plaza mayor amaneció adornada de banderas y a media mañana, el presidente, protagonista de los hechos de la víspera, una vez develada la huelga del regimiento, ha comparecido triunfante ante la multitud congregada a los pies del Palacio. Entonces, algo que presumía iba a suceder se ha cumplido. Se me ha invitado a estar junto al grupo privilegiado que acompaña siempre al presidente, allí, en el balcón desde el cual ha dirigido su arenga a la multitud. Esta, en la cual he contemplado a ministros, subsecretarios, innúmeros funcionarios, estallaba a intervalos en vítores y aplausos, cada vez que las palabras encendidas del jefe del Estado lo propiciaban. Yo, arriba, confundido entre los más altos ejecutivos del régimen, un poco a un lado —debo

confesarlo—, he aplaudido también, me he dejado llevar por el entusiasmo que el momento provocaba, he admirado al mandatario, allí, a sus espaldas, erguido él, victorioso, alcanzado como en una aureola por el esplendor de la historia que él mismo se encargaba de escribir en aquellos instantes, de pergeñar a su arbitrio, a la medida de su gloria. Sí, aplaudí. Y me sentí halagado, visualizado, distinguible, cuando el grande hombre se volvió dando por terminada la ceremonia y se dirigió lentamente hacia la entrada de las oficinas, deteniéndose para saludar uno por uno a quienes detrás y junto a él habíamos hecho bulto en lo alto del Palacio, frente a la plaza jubilosa y radiante. Entonces, yo también fui alcanzado por la gracia presidencial cuando el mandatario se detuvo frente a mí y, mirándome, palmeó mi hombro, antes de desaparecer en el tropel de sus acompañantes.

A la noche, hora en que escribo estas impresiones, he visto mi rostro en los noticiarios. Allí, detrás del mandatario, un poco lejos más bien, la cámara que proyecta la escena desde la calle, abajo, descubre mi efigie, aplaudiendo vigorosamente, el rictus innecesariamente servil, regocijado, alegre sin causa. Carmen, a mi lado, ha hecho el comentario de rigor: «¡Mira, allí! ¡Estás tú, tú!». Ha apretado mi mano. Mi mano, sí. Y no sé si lo ha hecho con entusiasmo o solamente por piedad, como rescatándome

de algo innominado y cruel; yo diría que del abismo. He divagado incluso, imaginando posibles escenas conexas con la vivida. Suele suceder —lo he visto en determinados reportajes televisados— que el presidente gusta de cantar y bailar en las tarimas donde congregan a los supuestos partidarios —llevados muchas veces con la promesa de un pago, en dinero o especie—, lo que obliga, sospecho que obliga a los funcionarios que le acompañan a participar también en esa suerte de fiesta, siempre con caras más bien de esbirros que de verdadero entusiasmo —los delata el rictus a medias de sus sonrisas, la discrepancia entre el rostro distorsionado por el forzado jolgorio y la mirada, sombría más bien—. «¿Qué habría pasado conmigo?» —me pregunto, mientras intento dormirme, agotado, intranquilo—, «¿habría yo también bailado, igual que esos títeres?».

He sentido entonces vergüenza. Lo he sentido muy adentro y no he hecho participar a nadie de ello, ni siquiera a Carmen, solo aquí, frente a mí mismo sobre el papel. Los datos que sistemáticamente vengo anotando, registrando y guardando en el fondo del archivador y en mi cuaderno secreto sustentan, promueven, alimentan esa vergüenza. Yo también, como la realidad que observo, adolezco de ello, esa esquizofrenia, esa contradicción esencial. Pero en medio de todo ello, hay algo que

me salva, frente a mí mismo, en mí fuero más íntimo, y solo yo lo reconozco. Y es el hecho de que he sentido vergüenza: eso me redime, me distancia, me personaliza de otro modo. Me abre otros espacios de conocimiento. Me explico. Al reflexionar sobre lo que acabo de vivir, hoy, allí, en la alta terraza del palacio, mientras aplaudía; y luego, cuando el jefe del Estado se volvió hacia quienes allí estábamos y avanzó, tolerante y complacido, saludándonos uno a uno o palmoteándonos en el hombro, como en mi caso; comprendí a aquellos que han vivido momentos semejantes y con seguridad simplemente se han sentido tocados por la gracia: la proximidad honrosa para ellos del caudillo, de la historia que él personifica y encarna. Quizá por eso, he meditado, se vuelven tan obsecuentes con todo cuanto diga y haga el autócrata, pese a que son testigos de todo el mal que ha generado: no importa, deben pensar, lo importante es que a mí me ha distinguido, me ha palmeado en el hombro y eso basta para seguirlo, como cuando Cristo convocó, con su gracia sobrenatural, a que lo siguieran los doce discípulos.

Sí, puedo comprender, puedo ser tolerante y hasta piadoso. Pero la vergüenza que siento, esta contradicción íntima, este estigma, no retrocede, no se repliega, parece quedarse para siempre. Carmen duerme y yo sigo desvelado, sin tregua posible.

FOLIO 7

He dejado por mucho tiempo de escribir este memorial, pero en contrapartida he trabajado mucho en la oficina. Un trajín agotador, debo decirlo. Discursos, mensajes, libros también, todos dedicados a explicar a los jóvenes y a la ciudadanía en general las virtudes del proceso revolucionario, siempre con un matiz que atraviesa las páginas y en cuya plasmación me he hecho un experto: la historia comienza con nosotros, la verdadera historia digo.

En contrapartida, mi ser, o lo que fui, parece haberse esfumado o, mejor dicho, en su lugar debo constatar el advenimiento de una nueva entidad, la mía, profundamente escindida, como si fuese en realidad una especie de siamés: dos caras, dos cuerpos, dos bustos, distintos, contrapuestos, viviendo, medrando, sobreviviendo en el mismo espacio.

Carmen parece haber sido alcanzada por esta lacerante contraposición. O tal vez se ha ido agotando en la contemplación de mi derelicción (tal es la palabra que mejor me define: este abandono de mí mismo, como entidad). O simplemente está enferma, como puede suceder a cualquier mortal. Está enferma y temo por ella. O, quizá, en el fondo, temo por mí. Sí, temo por mí.

Mi relación con el presidente y, tal como fue desde un principio, sigue siendo la misma: extraña, previsible, lógica dada la situación, consecuente

con ella, es decir, ninguna, pese a lo que anoté hace tantos días: la proximidad de mi oficina con el despacho presidencial.

Por sobre ello, la impronta de su presencia se acentúa día a día en todos los espacios y el sistema impuesto por él deviene casi insustituible: tal la fuerza de un poder que avasalla, que atemoriza y fascina en un solo haz. Un poder en cuyo seno, dentro de aquellos círculos concéntricos de que he hablado, se apuntala, refuerza lo insólito, lo que siempre me sorprendió y es causa de esta esquizofrenia secreta: la generalizada depredación, el asalto a los bienes del Estado, ya lo dije, ya lo soñé un día, esa suerte de estructura piramidal en cuyo vértice vi, absorto, rapaz, al propio caudillo. He aprendido a vivir con ello. En el fondo —Carmen lo sabe—, me avergüenzo, y percibo, inexcusable, mi propia degradación.

He conversado con Rivera acerca de ello, esa percepción piramidal del Estado, arriesgándome a que él, presunto espía, presienta un asomo de malestar en mis palabras, una crítica soterrada. Para evitarlo, he empleado un lenguaje más bien positivo, exaltando la sabiduría de quienes han levantado, con sagacidad, pensando en el futuro, una estructura semejante. Rivera coincidió conmigo, mientras yo, interiormente, redescubría asombrado el sortilegio del lenguaje, su flexibilidad, su ubicuidad: tanto Rivera como yo utilizábamos

las mismas palabras, solo que cada cual con un sentido radicalmente distinto.

Pero dejando de lado tales elucubraciones, paso a consignar el verdadero motivo que me impele a escribir esta página. Antes, debo decir que no he declinado en mi propósito de explorar la verdad del caudillo, la verdad de su ser. Una verdad represora, atemorizante, corruptora, totalizadora, en fin, que, como acabo de anotar, se ha acentuado en los tiempos más recientes. El motivo de que hablo es algo muy concreto, una experiencia asumida conscientemente en esa línea de exploración a la que he aludido y que no puedo dejar de registrar en mi cuaderno, tal es su índole aleccionadora, representativa de lo que estamos viendo.

En fecha reciente —no la tengo anotada con exactitud— visité el Memorial levantado para rendir homenaje a su figura. Se trata de un edificio circular, construido con los mejores materiales y que, según dicen en voz baja los ineludibles malpensados, ha costado demasiado, algo así como el cuarenta por ciento del presupuesto ordinario del Estado, lo cual es simplemente demencial y me resisto por ello a creerlo. En su interior, el visitante se adentra en un pasillo central que va ascendiendo y girando alrededor de un patio que, mientras más subes, más profundo lo sientes. Al final, en la cúspide, se

te propone, menos como espectador y más como súbdito, un doble efecto visual y anímico: frente a ti, inexcusable, un enorme retrato del gran hombre, erguido en el límite de la claraboya que permite se expanda la luz exterior como una bendición proyectada desde lo alto, pero al mismo tiempo, si te asomas al filo de la baranda, verás, en los azulejos del patio, abajo, en aquel fondo abisal, un enorme fresco que reproduce, en detalle, la misma efigie. La rara sensación imaginada por los constructores se cumple: el personaje te mira, tanto en el cielo de la edificación, como desde la profundidad y el abismo.

Esto último no era sin embargo lo que realmente concitó mi interés. Lo que me sobresaltó, hasta cierto punto, fue la reiteración de una rara impresión que experimenté cuando empecé a seguir las acciones presidenciales a través de los medios, y no recuerdo si está o no anotada en mi cuaderno. Se trata de la evolución, la alteración física y anímica digamos que, en el tiempo, ha ido asumiendo la personalidad del caudillo, fenómeno que ahora, con solo mirar los testimonios fundamentalmente gráficos puestos a consideración del público por los diseñadores del memorial, se vuelve patente a mi mirada. En efecto, si comienzas tu periplo desde la planta baja (no existe tampoco otra forma) y sigues paso a paso por aquel pasillo circular ascendente que he procurado describir, te encuentras con una

serie de fotografías estructurada de tal modo que se constituye en una biografía ilustrada del personaje, una sucesión de escenas que se te imponen y obligan a detenerte ante cada una, mientras miras de reojo el respeto con que las contemplan los otros visitantes.

Allí, en una primera secuencia, la niñez del gran hombre, su adolescencia, los planteles donde estudió, la familia, los primeros pasos en la política. Uno se encuentra de golpe con un héroe que instiga o provoca, más allá de todo lo que pienses y traigas contigo en tu fuero interno, tus simpatías, un amago de fervor involuntario, curiosidad en todo caso. Las sensaciones se acentúan cuando las fotografías abordan el proceso de la lucha insurreccional dirigida por él y la primera fase de su ascenso al poder. Seductor, cautivante, entregado a la causa, sugestivo, provocadoramente joven, dispuesto a todos los sacrificios, hipnotizante, son algunos de los atributos que acuden de un modo espontáneo a la mente de quien observa la secuencia.

Pero de pronto aparece un punto de inflexión, en el recorrido como en su imagen. Eso es lo que finalmente terminó de sobresaltarme —una rara impresión que experimenté desde cuando empecé a seguir las acciones presidenciales a través de los medios—: se trata de la evolución, de la alteración física y anímica de la personalidad del caudillo, que

se volvió patente a mi mirada en los testimonios gráficos que continúan en el recorrido del memorial.

Repentinamente, el personaje se transforma, aunque de manera paulatina, debo anotar. Parado en el balcón del palacio, mientras la muchedumbre escucha sus palabras, el hombre, su figura, van asumiendo en el curso de un lapso difícil de determinar, una forma, un rictus, un sentido, distintos de los de aquellos frescos cautivadores de las imágenes primigenias. El rostro mismo cambia: la mirada se vuelve dura, el rostro entero comienza —cada vez más, cada foto lo testifica de manera elocuente— a adquirir una expresión dispar, multidispar: fastidio, displicencia, amargura, desprecio, odio.

Las palabras ilustran lo que ya se adivina en la imagen. Y el espectador no prevenido por la propaganda oficial, el extraño, se preguntará inevitablemente sobre el sentido de esa transformación: ¿por qué esa amargura si está en la cúspide del poder?; ¿será eso que llaman el misterio del poder?, sería una posible respuesta, así, en tono de pregunta, de tácita incertidumbre. Pero, ¿será ello una contestación realmente adecuada a tan crucial interrogante?

Hay secuencias en que la metamorfosis se vuelve más evidente. Por ejemplo, hay una que coincide con el abandono de la política de protección del ambiente y la asunción abrupta de lo que llaman

el extractivismo, esto es, la explotación indiscriminada de los recursos mineros. En las fotografías correspondientes, sorprende el gesto colérico del caudillo, yo diría que algo como una predisposición a agredir a cualquiera que se atreviera a contradecirle: violencia soterrada, codicia implícita, fruncimiento del alma y el rostro.

Al cabo, mientras más asciendes, la impresión deriva más que nada en fastidio. Demasiada exaltación, demasiada la intención servil que denotan los autores de una muestra que, además, es permanente y concebida para que dure ¿mil años?

En el café que espera a los visitantes en lo más alto del memorial, bajo la mirada en lontananza del gran hombre que nos sigue desde el inmenso retrato allí levantado, me encontré con un ex compañero docente en la Facultad, sociólogo él. Comentamos lo que él y yo, por separado, acabábamos de contemplar. Con cierta frialdad comentó: «Me indigna la vuelta al extractivismo, su machismo, la prepotencia frente a sectores del proletariado». En efecto, pocos días antes el caudillo se había enajenado el afecto de determinadas etnias representativas de la diversidad del país. «¿Y la corrupción?», afirmé, más que pregunté. «Bueno, eso», dijo con desprecio, con displicencia. Entendí que lo que a mí me sublevaba, frente a todo lo otro señalado por mi amigo catedrático, no tenía para él mayor

importancia. Torné a sentir esa extraña vergüenza: aquello que yo consideraba como una traición mayor no tenía relevancia, se correspondía con ciertas taras del pasado, con valores ya sobrepasados o irrelevantes frente a lo que más importaba: la transformación de la historia, las grandes palabras.

De regreso en mi cubil, digo en la oficina, me he puesto a meditar en las encontradas sensaciones experimentadas en mi visita al Memorial. No solo me obseden las imágenes del caudillo transformado, sino las de otros personajes que aparecen con él o detrás de sí en las fotografías más recientes. Allí, rodeando siempre al personaje, sustentándolo, listos a cumplir sus posibles inminentes designios, ellos, los fariseos. Los inevitables. Rememoro algunas escenas: el héroe va desplazándose frente a cualquier cosa, una exposición de maquinaria, un mercado, un aula llena de estudiantes. En derredor suyo, ellos, los de siempre, muchos en uniforme militar, bien peinados, corto el cabello, sonrientes, sumisos, denotando de todos modos en el fondo, muy en el fondo, un soterrado temor. De repente, me pregunto: ¿quién detenta en verdad el poder? ¿El héroe, el superhombre? ¿O los otros? ¿Los que a su sombra manejan los verdaderos hilos de todo? ¿Ese andamiaje que he soñado en mi delirio: la pirámide, los círculos concéntricos, el héroe en la cumbre, el ave rapaz?

Me prometo meditar profundamente sobre esto. Pero por ahora no hay tiempo posible. Lo que he visto en el Memorial simula ilustrar algo que desde hace varias semanas o meses viene preocupándome. Más allá de las fotografías, de las celebraciones, de los discursos, una realidad difícil de nominar se arrastra y cobra evidencia, si no para todos, para algunos al menos, para quienes la sufren sin duda y también para otros, los que la intuyen y no se atreven a describirla en palabras.

Desde hace algunos meses... Sí. De manera semejante a lo que he señalado como los síntomas de una corrupción generalizada, así también debo apuntar otros indicios infinitamente más desasosegantes. Y yo, pusilánime de mí, me he vuelto cómplice de ello. No, Carmen no lo sabe. No debería enterarse jamás, Ahora, sobre todo, cuando empieza a mostrar síntomas de una enfermedad que, me temo, podría llevarla a la tumba, cuando sé, asimismo, que estos, los síntomas de esa dolencia me llevan a identificarlos como nacidos y derivados de la situación por la que atravesamos: este sin sentido, esta degradación, este refocilizarse en ella de lo que ya anoté en alguna página anterior: mi derelicción.

Es peligroso confiar a estas páginas lo que me dispongo a consignar en ellas. Siento que es necesario hacerlo, si como dicen los religiosos la

confesión tiene el poder de liberarnos. Si ello es cierto, esta liberación es espuria: las hojas que emborrono, las que empiezo a emborronar han de quedar obligatoriamente secretas. Ellas cubrirán mi vergüenza. Esta vergüenza tan íntima que, sin embargo, clama por ser explicada. Vamos, comenzaré de una vez. Se trata de lo siguiente.

En meses últimos el ministerio del Exterior ha estado recibiendo, desde distintas partes del mundo, un verdadero aluvión de misivas y mensajes en los que activistas preocupados por la situación de los derechos humanos en el país, se refieren, unos, a casos muy concretos, con nombres y apellidos y, otros, a la situación en general, pero siempre exigiendo respuestas, señalando la emergencia de violaciones graves al derecho a la vida, a la libertad, a la libre expresión, a la convivencia normal de la sociedad. Algunos denuncian desapariciones de personas, la aplicación de tortura en las cárceles o, peor, en recintos secretos. Se habla de ejecuciones extrajudiciales, de persecuciones, de razias que se organizan en mitad de la noche para detener a presuntos culpables sin antes mediar el debido proceso. Yo, inmerso en mi oficina del Palacio, aquí donde es imposible no dejar de percibir la verdad subyacente a los acontecimientos, puedo afirmar la realidad de lo que se señala en las cartas, pero no he dicho nada: ¿a quién? ¿Cómo?

Podría preguntárseme, ¿cómo sé yo de esos mensajes, de esas exigencias llegadas de más allá de las fronteras? Pues llegaron a mí por imperiosa casualidad. Sucede que en el ministerio del Exterior no supieron qué hacer con ellas y pidieron instrucciones a la presidencia, es decir, a las oficinas del caudillo. Allí, alguien acucioso pensó en mí y, mediando el inevitable memorando del secretario de la Presidencia, se me ordenó contestar todas y cada una de las misivas.

Fue precisamente Rivera quien llegó a mi oficina una tarde, casi a la hora de salida. Lo recuerdo nítidamente. Un sol desvaído entraba por la ventana. Rivera venía con un enorme legajo de hojas en sus dos brazos.

—El propio secretario de la Presidencia me ha encargado entregarte todos estos papeles —dijo, depositándolos sobre el escritorio. La macilenta luz solar pareció querer retirarse de aquellos papeles, en la breve extensión de mi mesa de trabajo.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—Las instrucciones son muy precisas —dijo Rivera, cuya mirada, noté, no se posaba en mis ojos, sino que me evitaba, mirando a algún lugar más allá de la ventana—. Se trata de que tú, en nombre del Gobierno y como encargado del despacho de asuntos políticos, cumplas con lo que se dice en este memorándum.

Mientras hablaba me extendía el papel. Se me ordenaba, en efecto, desvirtuar tajantemente las afirmaciones que, «falsa y maliciosamente» nos llegaban desde las más diversas latitudes. Debía proclamar además que, contrariamente a lo que aseguraban aquellos despistados o malintencionados corresponsales del extranjero, el país respetaba estrictamente todos los derechos del ser humano, sus libertades, su vida.

Lo raro era que lo que rezaban las instrucciones estaba ya escrito en cada papel. Incluso, al final de todas las misivas se ponía ya mi nombre, mi supuesto cargo y el espacio para mi firma.

Dudé en profundidad al recibir la mentada disposición, fraguada —con toda seguridad— en el propio despacho del presidente, allí, tan cerca de donde me encuentro en este mismo momento: «el gabinete del mandatario», recapacité, tan próximo e inaccesible a la vez. Algo en mi interior se resistía a hacerlo, pero me allané finalmente a la orden: ¿miedo?, ¿confusión temporal? No lo sé. Solo sé que firmé y consigné mi rúbrica al pie de cada uno de aquellos escritos, eximiendo de toda responsabilidad al Gobierno. Por varios días, los asistentes del secretario de la Presidencia supervisaron cuidadosamente la remisión de los ejemplares de la carta a sus múltiples destinatarios.

Paralelamente y en tanto se cumplía el procedimiento, yo era presa de la más honda depresión. Me sabía culpable. Me reconocía de pronto uno más entre todos aquellos canallas. Me sentía un traidor, ¿acaso a mí mismo? Días después me repuse, acometiendo con denuedo, como para olvidarme de todo aquello que había perpetrado, lo único que restaba en mi situación: seguir con lo que venía desarrollando desde hace tiempo: recopilar y recopilar los expedientes, los testimonios, las listas de nombres, los montos de las transacciones que se realizaban al margen de la Ley. Un día, pensé, alguien descubrirá todo esto, y será mi venganza.

Carmen no debe saber de ello, lo relatado en los párrafos precedentes. De ella enterarse, no podría volver a mirarle a los ojos.

FOLIO 8

Retrocedo a mis impresiones en el Memorial levantado en homenaje al presidente. Me mortifican, ya lo dije, las imágenes de aquellos que hoy, en este presente, aparecen junto a él: sus falsas sonrisas, la obsecuencia que denotan, los designios —sus propios designios— disimulados en los gestos de sumisión con que siguen los desplazamientos del mandatario.

¿Cuál de ellos será el que ejerce la mayor influencia? ¿O lo serán todos en conjunto, integrantes como son del primer círculo del poder?

Me han dicho que aún antes del proceso insurreccional algunos de los que aparecen en las fotografías y otros que prefieren no mostrarse en público fueron, junto con el caudillo, compinches en el manejo de la política estudiantil, allá por los años universitarios. Se dieron modos, siempre, para apoyarse unos a otros y captar, una y otra vez, las dignidades de los organismos estudiantiles. Con el tiempo, fueron consolidando sus vínculos y, más que nada, sus objetivos que no eran otros sino los de extrapolar al ámbito nacional lo conseguido en los claustros universitarios. El proyecto siempre implicó para ellos un propósito central: captar el poder, asumirlo si fuere posible para siempre y ser sus privilegiados usufructuarios: un modo de vivir como cualquier otro, pensarían, entonces y hoy. Lo que ha sobrevenido —la concentración de todos los poderes en el mandatario, los dispendios faraónicos, el despojo de los recursos del Estado, la confusión del pueblo, tanta indignidad, tanta mentira— dicen mis informantes, dos de ellos estudiantes que fueron también a la misma facultad y en los propios años en que transitaron por ella el caudillo y sus secuaces, demuestra fehacientemente esa verdad: los reales propósitos de aquella camarilla. «Mire —concluye uno de ellos, a modo de colofón—: no han dudado en traicionar y alejar, y aún eliminar, a todos cuantos los apoyaron en principio, convencidos, estos últimos, de que un

verdadero cambio —el soñado— se aproximaba a la vuelta de la esquina». Cuando escucho cosas como esta vuelve a acosarme, en la imaginación, delirante, brumosa, aquella pirámide construida por el caudillo, una estructura de poder delincuencial sin lugar a dudas, hecha para solidificar el poder de toda índole entre él y los que fueron siempre sus allegados más íntimos, esos que aparecen una y otra vez servilmente próximos a su efigie, en las fotografías. Esas imágenes empotradas para siempre en las paredes del Memorial, en lo más alto del pasillo central y que el visitante llega por fin a contemplar al cabo de circunvalar el vacío existente entre las dos efigies del héroe: la que yace abajo, en el patio del fondo, y la de arriba, el imprescindible cartel que desde el cielo de la edificación ha presidido su penosa peregrinación.

Cuando me cuentan la prehistoria atinente a los inicios políticos del caudillo y su cerrado círculo de adeptos imagino lo que creo pudo suceder. Y no parece adecuado hablar de imaginación, en el sentido de intuir algo que realmente acaeció aunque no tenga las pruebas que lo sustenten ni la privilegiada condición del testigo. Opto pues por decir que invento o deliro cuando, por lo general en la madrugada, a una hora no indefinida, insomne o a medias entre la vigilia y el sueño, resurge la imagen, esta sucesión de imágenes que se entremezclan, y

veo entonces, veo al futuro presidente, en aquel tiempo, en ese improbable pretérito, abandonando la reunión en la que los propulsores de un nuevo movimiento transformador, llamado a dignificar los destinos del país, a superar las ignominias del pasado y asegurar un futuro inclusivo, justo y radicalmente distinto a todo lo anterior, le han propuesto ser el candidato del pueblo para la toma del poder, habida cuenta de lo que en una perspectiva que juzgan realista y posible prometen sus antecedentes inmediatos, su carisma, su entrega eficaz en acontecimientos políticos recientes, sus ejecutorias durante el proceso insurreccional. Lo veo salir y avanzar, salir y adelantarse en una especie de niebla. Lo veo después de un modo más preciso, en su mano un teléfono, y me parece escucharlo. Alguien al otro lado de la línea debe oír sus palabras que no son otras que las que utiliza para informar de su designación, pero en mi sueño anida algo más: son palabras que preanuncian la inminente traición. «Una vez que triunfemos, parece decir —el sonido es más bien lejano, entrecortado—, seremos nosotros y solo nosotros, los de siempre, el verdadero poder». «Los otros —se interpone otra voz ajena en el seno de mi imaginación—, son apenas compañeros de ruta, tontos útiles, prescindibles. Me río en silencio de mi propio discurso, de esta invención que surge arbitraria, imprevista».

Pero ¿por qué no pudo ser así?, me pregunto de pronto, recobrando la lucidez. No exactamente así, aunque en lo fundamental sí, no importan el contexto y los términos en que pudo producirse. A juzgar por los efectos, por las realidades que han sobrevenido, bien pudo ser de ese modo. ¿Por qué no? Me repito la pregunta, una interrogación que solo por el hecho de formularse entraña ya una respuesta. ¿No se ha dicho ya que la verdad se conoce mejor por sus efectos?

Me parece percibir, de repente, inopinada o quizás sobrevenida en el momento preciso, la repetición, esta vez en tiempo real, en el tiempo que transcurre avieso en los fotogramas del Memorial, de un hecho persistente en la historia, su eterno retorno: la presencia, reiterativa, de la gran tentación, o, en ocasiones singulares, de un gran tentador. De ser así, el caudillo y su camarilla no merecen perdón.

En un solo haz y, concomitantemente, en un innumerable y contradictorio juego de espejos contemplo el mito más antiguo, el de la fábula hebrea: el tentador luciferino termina con aquella ilusión, eternamente buscada, del paraíso. El hombre despierta entonces a la libertad, pero también a la adversidad, al sufrimiento, a la intelección de la muerte y de su finitud, es decir, a la realidad, su realidad humana. Desde entonces, libertad y felicidad, libertad y paraíso, parecen contraponerse una y otra vez

y trágicamente. Siempre se ha de interponer o un tentador o la tentación en sí; el mal al acecho, latente, listo a echar su zarpazo.

La tentativa de Prometeo será también castigada. Los dioses no pueden tolerar la improbable simbiosis de aquellas dos vastas y grandiosas apetencias del hombre: libertad y felicidad, paraíso y libre albedrío.

¿Qué seducción deslizó en el oído de Cristo el demonio, cuando aquel repliegue de los cuarenta días en el desierto, según nos cuenta la fábula cristiana? Recuerdo lo que nos relata Iván Karamazov en el sueño del Gran Inquisidor sobre esa eterna antinomia. Repito lo que dice el Gran Inquisidor, el viejo Cardenal de Sevilla mientras increpa al propio Cristo y defiende la inaudita cruzada de represión y muerte que ha emprendido:

«Decide Tú mismo quién tenía razón —argumenta refiriéndose a la tentación en el desierto—. ¿Tú o aquel que te interrogaba? Recuerda la primera pregunta: aunque no a la letra, su sentido es este: “Tú quieres irle al mundo, y le vas, con las manos desnudas, con una ofrenda de libertad que ellos, en su simpleza y su innata cortedad de luces, ni imaginar pueden, que les infunde horror y espanto..., porque nunca en absoluto hubo para el hombre y para la sociedad humana nada más intolerable que la libertad. ¿Y ves Tú esas piedras en

este árido abrasado desierto?... Pues conviértelas en pan, y detrás de Ti correrá la humanidad como un rebaño, agradecida y dócil, aunque siga temblando, no sea que Tú retires tu mano y se le acabe el pan”. Pero Tú no quisiste privar al hombre de su libertad y rechazaste la proposición».

Sigo escuchando lo que expresa en su diatriba el terrible Inquisidor soñado por Karamasov, mientras se burla con sarcasmo de la ofrenda de libertad formulada por el Cristo evangélico: «... ellas (las gentes) vendrán a nosotros después de haber perdido mil años con su torre. Nos buscarán de nuevo bajo la tierra, en las catacumbas, escondidos (porque de nuevo nos expulsarán y martirizarán); nos hallarán y nos dirán: “Dadnos de comer, porque aquellos que nos habían prometido el fuego de los Cielos no nos lo han dado”. Ninguna ciencia les dará el pan mientras continúen siendo libres, sino que acabarán por traer su libertad y echarla a nuestros pies y decirnos: “Mejor será que nos impongáis vuestro yugo, pero dadnos de comer”».

Mientras torno a leer las palabras del Gran Inquisidor recuerdo también, en extraña coincidencia, la prolongada secuencia de fotografías contemplada por mí en días recientes en el Memorial. Quienes organizaron la muestra no repararon en que inconscientemente trazaron también, no tanto la exaltación del héroe, sino su contrapartida: su

caída. Me concentro en esa discrepancia esencial: el paladín carismático, joven, lleno de esperanzas y promesas de libertad —el que visibilizamos en las primeras fotografías—, trocado en otro a partir de la toma del poder: un hombre amargo, despreciativo, intolerante, inaccesible, desagradable (incluso). No cabe duda: ha sido tentado y allí radica su tragedia. Ha cedido a la tentación en el desierto y ha optado por ella: el pan sin libertad, la imposibilidad decretada por los dioses desde el principio de los tiempos. El héroe ha caído, más aún si por lo que hemos observado ni siquiera ha dejado el pan, este ha sido finalmente y de un modo infame confiscado. Ha sido simbólicamente sacrificado para que, al cabo, se restaure el mismo orden de iniquidad, inequidad y sojuzgamiento. En su lugar ha emergido el otro, el contra-héroe, el que siendo el mismo se nos ha aparecido diverso, trucado y, en el fondo, envilecido.

Pienso en el regreso metafórico y tal vez real de otras fábulas representativas de hechos y procesos totalizadores. La figura del rey sagrado, por ejemplo, que más bien es histórica y no precisamente inventada. Y no sé por qué se me ha venido a la mente: tal vez por eso de que por un tiempo podía ejercer todo el rigor y crueldad del poder para, más tarde, cumplida la fase ritual, ser sacrificado por el mismo pueblo al que había sojuzgado sin piedad

y sin miedo. Rememoro el mito hebreo de Job: el hombre que lo ha tenido todo, reducido a la peor de las miserias, juzgado implacablemente por aquellos que un día lo encumbraron y alabaron.

Me pregunto: ¿la fábula primigenia y el ritual que propone, esa vuelta de tuerca, deberá cumplirse de manera puntual, como siempre? ¿La travesía en el desierto no importa, sino lo actual, este ominoso proceso que vivimos? ¿El poder que ejercita en el presente, a plenitud, el contra-héroe, solo es una primera y trágica etapa? ¿Más tarde asistiremos, es posible, a su procesamiento, al ajusticiamiento, lo que fuere, en la fatal recurrencia de un sino común—no dilucidado, no explicado todavía—? ¿Esa necesidad del chivo expiatorio, mientras más alto y poderoso, mejor?

Reitero entonces la necesidad de volver con mayor ahínco a la tarea propuesta: mis transcripciones, esta especie de diario, las listas secretas, los facsímiles, todo lo que cuidadosa y prolijamente tendré que, a partir de ahora, almacenar en lugares imprevisibles y solo conocidos por quien escribe estas líneas.

FOLIO 9, mucho después

Ha pasado mucho tiempo y también un conjunto de encontradas vicisitudes antes de retomar el

hilo de las reflexiones que durante los años más oscuros de la dictadura fui de manera más bien somera, casi burocrática, consignando en hojas que, todavía hoy, permanecen ocultas en escondites que creo, iluso tal vez, son de difícil acceso para los no iniciados. Hablé ya de esos escondrijos hace poco, cuando decidí organizar dicho material: los tubos del espaldar de mi lecho; el cajón lateral de mi escritorio, su doble fondo; el piso falso de la bodega donde, como un pasatiempo al que siempre aspiré, he ido almacenando unos cuantos vinos sin duda magníficos, debo ahora confesarlo.

Es posible que lo que acabo de describir, la ocultación de los manuscritos, el no siempre tenerlos a mano, haya gravitado de manera determinante en la no continuidad de la escritura de lo que podríamos denominar precariamente como diario. Yo lo calificaría más bien de proceso deshilvanado de impresiones experimentadas a lo largo de unos días que, por suerte, han sido dejados atrás, ojalá pudiéramos afirmar que de modo definitivo.

La verdad es, sin embargo, distinta. Lo que sucedió es que, en el momento de replegarse la dictadura, quise olvidarlo todo y, más que nada, lo que yo fui: ese paulatino proceso de aniquilación de mi ser que solo podría suscitarse allí, en el seno del mal, entre la traición, la estulticia, el robo, la prepotencia

de unos, la aquiescencia de los más, la sumisión, el desprecio, la inequidad, en fin. Me desentendí de mis propios escritos, porque representaban lo que precisamente quería dejar atrás, testimonios de aquella época, pruebas de que ese tiempo existió.

Digo esto porque sin duda lo que intenté, olvidarme, era también una falacia, una imposibilidad. Ante cosas así, olvidar no es posible ni lícito. Es cierto que se han iniciado procesos contra los culpables de tantos delitos de Estado y aun de lesa humanidad, empezando por el principal hacedor de todo ello, el caudillo, hoy fugitivo y lejos del país, pero el aparato político, judicial y social que logró construir sigue actuando, en una forma quizá más peligrosa e inquietante. Repito: el tigre es más peligroso cuando está herido. El tigre acosado intenta defenderse y la mejor arma que tiene es el olvido, la desmemoria de los demás, su desentendimiento.

Corresponde pues conjurar el olvido. Y verificar el presente, su precariedad, esta desesperanza, como lo que es: una secuela del pasado y, para mayor exactitud, del pasado reciente. Pruebas al canto y una sutil paradoja. Las doce plagas de Egipto. En el panorama que podríamos ver si nuestra ventana estuviese en un lugar o, mejor, en un no lugar de naturaleza calidoscópica, abarcadora de todo lo existente en torno, sería factible constatar físicamente el maridaje de lo ostentoso —esos

inconmensurables edificios, ese Memorial que nadie visita ahora— con la más absoluta miseria, herencia de los años de la dictadura y, al mismo tiempo, por sobre lo físico, el intenso fluir de los acontecimientos.

Me gusta aquello del «intenso fluir», sí, porque vivimos días riesgosos, de incertidumbre. Recuerdo a Dickens, la primera página de una de sus novelas más conocidas. Decía allí, aunque yo me permito modificar el tiempo verbal: «Es el mejor de los tiempos y el peor». El mejor es apenas un eufemismo, pero sería peor la prosecución en el presente de lo que ya vivimos.

No hace mucho, la miseria que hemos anotado con todo lo que entraña —frustración, ira contenida, venganza— determinó un alzamiento de grandes proporciones, algo que nos tomó de sorpresa y obligó a repensarlo todo. Pero a la par acunó en las filas de la sublevación una dimensión inédita: la aparición, para mayor precisión, la emergencia, de una suerte de monstruo de siete cabezas que amagó con destruirlo todo: las huestes aún activas del caudillo, hoy prófugo. Lo que me preocupó profundamente fue el hecho de que la resurrección, en el seno mismo de la sublevación popular, de las oscuras y mercenarias hordas del caudillo, desvirtuaba, desfiguraba los objetivos del alzamiento, lo ponía en el imaginario de muchos

como un apoyo implícito a aquello que ya de alguna manera hemos señalado: su traición.

Hechos como este me obligan a actuar y desechiar el olvido. Recuerdo que alguna vez, en una hora hoy lejana, sumido en la degradación y la culpa, donde aún creo estarlo, presentí que lo que me propongo hacer debía tornarse necesario, ineludible algún día. Me dije entonces que el material que acuciosamente estaba acumulando podía un día facilitar mi venganza. Creo que ese día ha llegado. Solo tengo que marcar un cierto número de teléfono y nada más.

FOLIO 10

Vivo días vertiginosos y llenos de riesgo. Es fácil proponerse lo que dejé anotado días atrás: marcar un determinado número telefónico, concertar una cita, proponer a alguien razonablemente confiable y con poder de decisión la razón que te impele a pedir el encuentro. Y nada más. Los documentos están ahí: perfectos, acusadores, probatorios. Y, sin embargo, no es fácil. El terreno en que de pronto empiezas a introducirte está minado.

Y así ha sido exactamente: un terreno minado.

Para empezar, la autoridad de la Fiscalía que debía recibirme aplazó por largos días la entrevista. Al cabo, en lo que fue más que nada una audiencia —allí estaba el personaje, pequeño, pero

agigantado de extraña manera tras el vasto escritorio—, me recibió, advirtiéndome de que no contaba con mucho tiempo para escucharme. Cometí, creo, el error de sincerarme y le entregué copias de algunos de los papeles que en el curso de los años antepasados había acumulado trabajosamente. Perpetré, me parece también, otro error, o quizá no: no llevé conmigo los documentos más comprometedores ni le hablé de ellos, me refiero a los que yo denomino como la tercera transcripción: la lista secreta de nombres, secretas transacciones, montos. Pero de un modo casi críptico dejé caer alguna frase de cuyo sentido, alguien alerta, es decir, cualquiera, y más un funcionario de la Fiscalía como mi interlocutor, podría extraer la inevitable conclusión: su existencia.

Días después, en una noticia más bien vaga se habló de aquella entrevista. El periodista, no sé por qué, aludía a un cuaderno secreto. El alto funcionario a quien entregué los papeles menos incriminadores salió pronto a negar la entrevista y, más aún, la existencia de algún expediente desconocido y relacionado con las actividades del régimen anterior.

Entendí que negara el haber estado en contacto conmigo. Según recuerdo, al despedirme expresé que me llamaría en un tiempo prudencial, tales fueron sus postreras palabras. Tuve la sensación de que mi visita no le había sido grata, pero al mismo

tiempo se me antojaba que seguía cada palabra mía con un interés especial. Podía advertir en su mirada fija y atenta algo que entraba en contradicción con la displicencia de su postura tras el escritorio.

Por varios días he esperado en vano su llamada y no sé con precisión a qué se refería con aquello de un tiempo prudencial. Prudencial puede ser tanto breve como inacabable, o eterno.

La sola formulación de esta duda contrae diversas alternativas, algunas aciagas. Una, al menos, me sobrecoge: ¿habré caído por mis propios pies en una trampa? ¿Qué tejes y manejes se producen en las altas esferas del poder? ¿No he consignado yo mismo páginas atrás que el cambio de poderes solo ha atenuado lo vivido en el régimen anterior?

FOLIO 11

El tiempo de la espera, este tiempo, sigue dilatándose, casi hasta la asfixia. Miento, sin embargo. Esto que llamo asfixia no es secuela de la espera en el tiempo. Obedece más bien a ciertos hechos de los últimos días. Voy a explicarme:

La llamada, la primera llamada se produjo exactamente hace tres días, en horas de la noche. Y no fue la que aguardaba. Al otro lado de la línea escuché una voz indistinta, ni de anciano ni de adulto ni de

joven. Solo era una voz, seguramente masculina, pero sin matices, neutra, desapasionada, terriblemente objetiva. «Estamos vigilándole», dijo la voz. Nada más. Enseguida solo fue posible escuchar el clic del auricular, al fondo, en esa oscuridad inaudible de la ciudad que se expande ante el oído, o en el mismo oído, cuando el otro, en este caso un interlocutor invisible, desconocido, ha cerrado su propio teléfono. Desconocido, invisible, anónimo y, sin embargo, desde ese instante, presente, inexcusable en tu vida, como un pariente aciago que ha vuelto de pronto y se aproxima, inevitable, metido ya en tu vida y, pese a todo, aún oscuro e indescifrable.

Todo entonces se ha modificado de pronto. Las cosas emergen ahora como fraguadas en una materia distinta, la luz de la lámpara o la del propio cielo en el día descendiendo sobre uno como estigmatizadas por un dejo de sombras. Todo ello, igual que si la voz, esa voz ominosa hubiese transfigurado el paisaje, el entorno, tu propio ser en un matiz, en un sentido solo propicio para el desasosiego.

Ayer, a primera hora de la mañana, ha timbrado de nuevo el teléfono. He levantado lentamente el auricular, temiendo el advenimiento de la misma voz del día anterior o de anteayer, no sé. Lo he levantado, sí, pero con esa prolijidad, esa extrema prudencia que se puede desplegar cuando, por ejemplo, levantas una piedra en un rincón húmedo

del jardín, a sabiendas de que allí, abajo, en esa oscuridad, pueda erguirse ante ti un insecto peligroso, inmundado.

No fue, sin embargo, la misma voz. Creo que fue algo peor. «¿El doctor Pimentel?», preguntó una voz de mujer, tal vez joven. «¿Sí?», contesté, como interrogando a la vez. «¿Conoce usted al señor Alberto San Miguel?», dijo la voz. «Sí, lo conozco», dije. «Pero, ¿de qué se trata?», añadí. «Se trata de un préstamo que quiere hacer y nos ha dado su nombre como referencia», contestó la mujer, clara e indistintamente. «¿Puedo hacerle un par de preguntas?», continuó sin esperar mi respuesta: «¿Ha tenido usted alguna relación de trabajo con el señor en los últimos años?», preguntó. «No», dije de inmediato. «Solo somos amigos». «Pero usted debe saber algo de su trabajo como contador público», inquirió la desconocida. «Las empresas con las que ha trabajado, ¿qué nos puede decir al respecto?». «No puedo decirle nada», dije, «porque no lo sé. El señor San Miguel no se ha comunicado conmigo hace tiempo. No puedo decirle nada», repetí. «Está bien, gracias», fue la lacónica despedida de la mujer, y cerró. De nuevo se expandió sobre la estancia, como si fluyera desde el teléfono cerrado, la misma especie de oscuridad, el mismo silencio.

Llamé enseguida a San Miguel. Me contestó la esposa, Daniela. Tuve que identificarme, puesto

que no me reconoció de inmediato ni tenía por qué hacerlo. Tanto tiempo sin verla y, no obstante, su voz seguía siendo igual a la del pasado, cuando éramos jóvenes. Pero me sorprendió su tono: glacial. San Miguel no estaba ni ella sabía nada de él. Recalcó este último detalle: no sabía nada de él. «En todo caso», dije, «te ruego indicarle, cuando vuelva, que se comunique conmigo. Urgente. Me parece que es algo grave». «Está bien», dijo la mujer, fría, parecida la entonación a la desconocida que me había llamado poco antes. Mientras hablaba con Daniela pensaba vertiginosamente en que algo grave estaba sucediendo, o que había sucedido. «Es raro que no esté en casa a estas horas», me dije. «Más raro aún que su mujer no lo sepa, o que no quiera decirme nada».

Fui a la ventana y vi, apostado junto a la vereda del frente, un auto oscuro, con los vidrios polarizados. Lo contemplé por breves instantes y, de repente, se hizo una luz en mi cerebro. Por dos o tres días el auto estuvo allí, yo lo había visto, pero no había imaginado que estaba allí precisamente por mí, vigilándome. Ahora, con los hechos recientes, todo cobraba un aspecto radicalmente distinto. Era cierto, se me vigilaba. Y lo de San Miguel, ¿qué tenía que ver? Primero, bien sabía yo que no necesitaba dinero. No solo que durante los años inmediatamente precedentes había ganado un buen sueldo

sino también primas extras, aquellas de las que me había hablado en aquella lejana ocasión, en el *Opus*. Entonces, lo del préstamo no podía ser verdad. Segundo, no nos habíamos visto con San Miguel hace demasiado tiempo, por ello, aparte de lo señalado sobre su situación económica, era difícil que antes de dejar mis señas como referencia no me hubiese llamado. En ciertos aspectos, San Miguel era bastante escrupuloso. Estaba también allí la extraña llamada dos días antes, esa nueva llamada previa a la hora en que abren los bancos.

Sentí que todo ello configuraba simplemente una nueva advertencia, disfrazada bajo la absurda idea del préstamo solicitado por San Miguel. Sentí también que mi amigo estaba en peligro. Y recordé que yo mismo le había recomendado aquello de guardar en secreto datos y documentos probatorios de lo que estaba sucediendo en el gobierno anterior. Ahora, todo parecía conectarse con mi imprudente acercamiento a la Fiscalía del Estado. El tigre herido, la pantera solapada y corrupta, se despertaba dispuesta a defenderse como fuere.

Llamé de nuevo a San Miguel, pero tropecé una vez más con la actitud, si no hostil, al menos molesta y siempre fría de Daniela. Un frío que me heló la sangre. Pese a ello, creí oportuno advertirle, a través suyo, lo que presuntamente estaba pasando.

«Estoy segura que estará aquí a la noche», dijo Daniela.

No sé por qué pensé de un modo más bien vago, como una premonición absurda, que Daniela era parte del peligro, que San Miguel peligraba no solo afuera, donde quiera que estuviese, sino también allí, en su propia casa. Solo lo pensé por unas décimas de segundo y lo deseché: la vida no puede albergar incongruencias como esa.

Perplejo, estoy aquí ahora, solo. Tal como imaginé una vez que el caudillo, al ser propuesto para la presidencia, tomó el teléfono y llamó a sus íntimos para convocarles a la verdadera toma del poder, sin sangre ni mártires; imagino también ahora que alguien, en alguna parte de la ciudad, acciona otro teléfono, un móvil tal vez. Formula una orden, una sola orden y entonces, como leí en un *thriller* antiguo, otra vez se activan, en una concatenación de diversas llamadas y secretos desplazamientos, hombres que han estado esperando y se preparan, toman sus armas y, acaso vestidos con pasamontañas y máscaras, avanzan a través de la ciudad en pos de un concreto objetivo, un designio, una meta. Imagino nada más. Posiblemente no sea así y solo se trate de un presentimiento, y lo real sea mucho más simple, pero tan fulminante y cruel como lo soñado. No lo sé.

Me acerco a la ventana y constato que el vehículo negro no está. Han dejado quizá de vigilarme, ¿será posible? Pero en el mismo instante, siento, presiento, escucho aguzando el oído al extremo, que

unos pasos, furtivos, cautos, lentos, precisos en un decurso e itinerario fijo, implacable, se acercan por la escalera. El silencio se vuelve elocuente, dice más de lo que puede escucharse. Puedo prever, alucinado, vidente, lo que va a suceder. Los pasos llegarán raudos aunque silentes a mi puerta. Alguien, con un arma quizás, romperá la frágil madera. Y entrarán, ellos, los que no quisiera que vinieran. Sí, el tigre se vuelve peligroso cuando está herido, ojalá de muerte.

CAPÍTULO OCHO

Aquí terminaban los folios dejados por el profesor Pimentel. Jiménez consultó la hora: eran casi las tres y treinta de la mañana, una hora neutra y profunda en que las familias duermen mientras afuera, al otro lado de los muros que precariamente las protegen, otra ciudad se moviliza en silencio, escurridiza, sigilosa, letal a veces. La hora de los ladrones, de ciertos crímenes innombrables, del adulterio, del frío en su más alto nivel, de las ratas. Auscultó el silencio: nada podía escucharse, ni en la habitación ni más allá en la incertidumbre de la urbe. Apenas un hálito imperceptible llegaba de alguna parte, como si la ciudad boqueara, herida por silenciosos acometimientos: ¿muertes tal vez?, ¿un asalto? ¿un estupro? «En cualquier momento un grito, un crujido, acaso una risotada desgarraría la quietud», se dijo Jiménez. «Es la norma y yo, policía, me hallaré imposibilitado de indagar su origen, sus secuelas».

Se levantó para prepararse otra taza de café y se dispuso a continuar con el manuscrito de San Miguel. «Es curioso», pensó: «tanto lo escrito por Pimentel como lo de San Miguel llegan a cruzarse en un punto

casi inasequible. La llamada del profesor se produce en el momento en que el otro, el suicida, arriba a una situación especialmente compleja de su existencia».

«Han pasado algunos días —*sigue el documento dejado por San Miguel*—. Ahora, la única verdad que se expande en la casa es el silencio, un silencio lleno de cosas que se antojan incognoscibles y, a la par, hirientes; que encubre y se sustenta en aquello que ha empezado a devastar la extensión de las habitaciones: el odio, el resentimiento, el rencor y el soterrado anhelo de justicia o acaso de revancha, la necesidad de un acto que castigue el delito y restablezca el equilibrio, la paz.

«Daniela ya se ha pronunciado, pero a la luz de lo que acaba de decir y hacer esta tarde, hace pocos minutos, lo dicho por ella en un principio no es suficiente. Y no es suficiente tampoco para mí: la vida ha perdido de pronto todo sentido. ¿Quién soy ahora?: nada de lo que creí o pretendí ser. No es hora de ahondar en esta verdad. Lo único cierto es que todo lo pensado o dicho hasta esta tarde, hace pocos minutos, es insuficiente.

«¿Qué ha dicho Daniela? Simplemente lo previsible. Según ella, y tiene razón, ya no tengo cabida en esta casa, en su vida. Lo sucedido, ha subrayado llena de cólera, no tiene perdón.

Lucía, es posible, presentará una denuncia, dijo también, mientras abandonaba el estudio. «Ante eso, puedes hacer lo que quieras», agregó en el instante de traspasar la puerta y alejarse por el corredor. Eso constituyó lo que juzgo ha sido mi primera y quizás última confrontación con Daniela. Eso y nada más. Pero una sentencia ha sido pronunciada y, pese a todo, sigue siendo insuficiente para mí.

«De todos modos, Daniela desconoce la otra dimensión que, paralelamente a lo acaecido con Lucía, recae también sobre mí y cobra presencia en el ámbito público, allí donde han comenzado a incoarse procesos y pesquisas y la exploración de hechos con los que de cualquier manera estoy involucrado. Al respecto, guardo aún en mis archivos algo que puede significar para mí una posibilidad de salvación. La fui construyendo poco a poco, día por día, una vez terminadas las labores en la empresa gubernamental de recursos estratégicos.

«No, no me refiero a que fuese factible reparar la rota relación con Daniela. Ello es, sin duda, irreversible. Trata de lo que también parece inevitable: la denuncia de Lucía. ¿Cómo puedo conjurar este peligro? ¿Matándola? O mediante un expediente más eficaz y prudente. Lo intentaré. Hoy mismo.

(Como en el desarrollo anterior del memorial dejado por San Miguel, esta vez también hay un gran espacio entre lo escrito en el último párrafo y el que transcribo a continuación).

«Vuelvo a instalarme en el estudio que ahora constituye mi último refugio. Como es ya usual en los días recientes, he entrado a hurtadillas, cual furtivo ladrón en lo que hasta hace poco fue mi casa, mi hogar.

«Me siento agitado, confuso. No en vano, las horas pasadas han transcurrido en medio de encontradas impresiones: el vértigo, el miedo, la confrontación, finalmente la frustración, el sin sentido de las cosas, el arrepentimiento, la cólera.

«Fui, luego de haber concertado la cita correspondiente, a lo que me atrevo a calificar de cuartel general del partido. Digo que me atrevo a calificarlo así, porque en realidad se trata de una casa particular y la reunión ha sido necesariamente clandestina. Allí me esperaban dos de los principales dirigentes, hoy en repliegue, y dos de los amigos que hice durante mi gestión en la empresa de recursos estratégicos. Cuatro personas en total. En principio sentí que era recibido por un tribunal; mas, pronto esa primigenia impresión se diluyó en lo que era: una reunión de antiguos amigos. ¿Acierto al afirmar esto último?

¿No sería más exacto hablar de compinches? Sea lo que fuere, algo adicional caracterizaba el extraño cónclave: todos, cada uno, se sabía partícipe de algo —todo cuanto sucedió mientras nos gobernaba y cobijaba la sombra del caudillo— que solo podía ser reconocido en profundidad, en su significado más íntimo, por nosotros, los cinco y algunos más.

«Llevaba conmigo copias de algunos de los expedientes o listas que guardo en la carpeta que he titulado *Casos delicados* y que reposa allí, a mi alcance, en el archivo principal del estudio.

«Ya que me encontraba entre camaradas con los que había compartido experiencias asaz singulares, expuse con toda claridad mi situación. Reclamé por ayuda, ya puede imaginarse el desconocido lector de estos apuntes: ayuda profesional, es decir, legal, para la posible persecución que se avecina contra mí. Hablo del juicio que la denuncia de Lucía puede desencadenar y a la que, según estimo, estoy abocado sin remedio.

«Al terminar de contarles el incidente con Lucía —sus antecedentes, su desenlace— la reacción de los contertulios fue inesperada. Tres de ellos lo tomaron festivamente, alguno se levantó y me palmeó en el hombro. Solo uno de los dos dirigentes, Espinosa —de los cinco allí reunidos el que más exposición pública tiene—,

permaneció en silencio. Insistí en las intenciones de mi cuñada, de acuerdo con la amenaza profetizada por la propia Daniela, mi esposa. Todos me expresaron de diversas maneras su simpatía. Pero nadie dijo algo que yo pudiera interpretar como una promesa de apoyo, de búsqueda de respaldo legal, de recomendación de algún abogado —al menos eso, pensé— de los varios que están ya estudiando las estrategias de defensa para los involucrados en las denuncias que hoy, lenta, casi subrepticamente, van apareciendo en torno a la gestión cumplida en los años precedentes por la empresa.

«Entendí que tenía que jugar ante ellos mi última carta. Les hablé de la carpeta que guardaba en mi estudio bajo el lema *Casos delicados* y, para ilustrarles acerca de lo que se trataba, puse sobre la mesa las copias que tenía dobladas en el bolsillo interior de mi saco.

«Espinosa, que intentaba permanecer adusto en contraposición a la ligereza de sus compañeros, examinó detenidamente los papeles. Luego, con voz grave, si bien amigable y persuasiva, baja y precisa, expresó lo que yo esperaba, es decir, que no me preocupara, que recurrirían a todos los dispositivos legales que se juzgaran necesarios para mi defensa, «si ello, digo, el juicio penal, llegara a producirse» —enfaticó.

«—Como primera medida —añadió—, hay que tratar de que Lucía no cumpla su amenaza.

«—Tu situación es muy precaria —continuó, después de una pausa—. Si sale a la luz tu culpabilidad en un caso de violación, la credibilidad, la tuya y la de todos nosotros, quedará por los suelos. Digo, es solo un decir. Y si tuvieras que usar los papeles de esa carpeta, tu posición como testigo de cargo se vería incuestionablemente debilitada. Yo te aconsejaría que no hagas nada por el momento. Trata de no salir de tu casa y espera nuestra llamada.

«Al salir, me fui a un café y dejé pasar las horas antes de regresar a casa, este inhóspito lugar al que todavía llamo de esta manera: casa. Quería reflexionar sobre el sentido de las palabras de Espinosa. Lo que dijo, el tono que usó, la ambivalencia de sus palabras me inquietaban sobremanera. Sentado a una de las mesas en el rincón más alejado del local, empecé a sorber mi café, sin gustarlo, sin percatarme casi de su existencia.

«¿Qué había ofrecido Espinosa en último término? Primero estaba la velada amenaza sobre Lucía: no dejar que Lucía cumpla con su denuncia. ¿Cómo lograrlo sin que yo, de todos modos, resulte involucrado? Luego, aquello de que si sale a la luz mi culpabilidad sería un golpe de muerte

para mi credibilidad, aunque había matizado: «la tuya y la de todos nosotros». Finalmente: «Yo te aconsejaría que no hagas nada por el momento. Trata de no salir de tu casa y espera nuestra llamada». ¿Y qué iba a hacer yo?, si todo lo que había hecho hasta ahora era acudir a ellos, en procura de su respaldo, de apoyo, de solidaridad, qué se yo, como quieran llamarlo.

«Abandoné el café lleno de incertidumbre. Pensé en ciertas prácticas siniestras, aunque efectivas, utilizadas ya en tiempos del caudillo. En el seno del poder se había creado entonces una oficina de inteligencia paralela, a la que se adjudicaba ciertos casos de secuestro o de desapariciones, siempre con miras políticas. Algún arriesgado periodista de investigación se atrevió a calificar a la susodicha oficina de Legión Negra. Al recordar todo esto, tuve un sobresalto. «¡Si se trata de él, de Espinosa! —me dije—, el segundo en la línea de mando de la legión». Aún hoy, cuando su poder real parece haberse replegado, atenuado, muchos creen, no sé con qué pruebas, que sigue actuando en las sombras. Lo vimos en las recientes movilizaciones: esa violencia, esa vesania.

«Ahora, sigo recluso en mi estudio. Al entrar me ha llamado la atención un papel, deslizado con seguridad por alguien debajo de la puerta. Lo he tomado y he reconocido la letra de Daniela.

«Te ha llamado con urgencia Pimentel». Nada más, ni «besos», ni «ya hablaremos», como habría sido lo usual en tiempos mejores.

«He llamado varias veces a Pimentel, pero ha sido infructuoso. Nadie contesta. Recuerdo que él, en una ocasión en el *Opus*, me recomendó llevar una información como la que de hecho yo ya había comenzado a consignar en mis propios cuadernos. Me parece también haber leído, recién, sobre una supuesta diligencia que habría intentado cumplir en la Fiscalía. Creo que el funcionario involucrado negaba tajantemente que ello hubiera ocurrido. ¿Por qué me habría buscado? Temo lo peor. Lo temo por mí. ¿Qué querría hablar conmigo, él, justamente Pimentel? ¿Una advertencia, tal vez? Sí, algo en el aire, este enrarecimiento de la atmósfera, me induce a pensar en ello: una advertencia, un aviso. Crece mi preocupación. La situación parece cerrarse para mí, sin alternativas, sin salidas posibles.

«He llamado también a Espinosa, pero una grabación es lo único que se escucha: Lo sentimos. El usuario de este número no puede atenderlo por el momento.

«Todo se vuelve extraño. Late en todo una amenaza implícita, como cuando la posibilidad de que cunda una peste hace que uno la presienta en

el conjunto de las cosas: los objetos que no debes palpar, el aire a través del cual pueden infectarte las personas».

Hasta aquí el manuscrito de Alberto San Miguel, el encontrado por Jiménez la misma noche de su suicidio entre los papeles de su escritorio. De algún modo su relectura seguía siendo insuficiente también para él, el inspector. ¿Por qué el futuro suicida no se fue enseguida, luego de la sentencia pronunciada por Daniela? Es evidente que ya no lo querían en aquella casa. Daniela había tomado partido definitivamente por Lucía. No cabía entonces que San Miguel siguiera allí, la morada que fuera de ambos y que ahora era ya otra: ajena, enemiga. «Inhóspita», era la palabra que él mismo había utilizado.

Una posible explicación, conjeturó Jiménez, podía rastrearse en los últimos párrafos del documento. San Miguel había jugado una última carta durante la entrevista mantenida con sus supuestos amigos del régimen anterior. El futuro suicida no había dudado en sugerir la posibilidad de un chantaje. Cuando los interrogatorios a los que el inspector sometió a los diversos miembros de la familia, la esposa de Juan Antonio, el hermano, al hablar de su concuñado dibujó el perfil de un cínico, de un arribista. Su antiguo compañero de estudios, el profesor Pimentel, no escatimó epítetos. «Un cínico como él», escribió en su memorial. Como muchos que

empezaban a ser procesados, también San Miguel buscaba su defensa: mintiendo, apelando a todos los expedientes que fuesen necesarios. Y no se había inmutado ante la amenaza proferida por aquel oscuro personaje, Espinosa. Una amenaza que conllevaba un expediente extremo: la probable muerte de Lucía, su víctima. Lo dicho explicaba la actitud de San Miguel de continuar en una casa en la que ya no era bienvenido. Aunque al mismo tiempo, es justo decirlo, los resultados de la entrevista con Espinosa y sus secuaces no habían dejado de desasosegarlo.

Algo más, algo que olvidaba en el fondo de su mente pugnaba por salir a la luz. Una sospecha. Un resquemor. De pronto, recordó. El sobre entregado horas antes por Martínez, el técnico del departamento de dactilografía, pesaba en el bolsillo interior de su chaqueta, pesaba en él.

Lo sacó y abrió. Dentro, un papel doblado en cuatro parecía dotado de extraña gravidez. Pesaba, fulgurante, en su mano.

Leyó lo que evidentemente eran las últimas líneas escritas por San Miguel y que, por peregrina, secreta razón, las había ocultado en el bolsillo interior de su propio saco, el del suicida. El médico forense de la morgue había detectado el sobre y, en conocimiento de quien era el encargado de la investigación, lo hizo llegar con urgencia.

Jiménez leyó:

«Daniela ha venido. Ha abierto sigilosamente la puerta y, aunque no he osado volverme para verificar quién se introducía en mi ámbito —quiero decir, en la penumbra que constituye mi hábitat desde hace días—, he adivinado su identidad. No era necesario en verdad que lo adivinara. Cuando se tiene el hábito de una persona, de morar con ella por años, bajo el mismo techo, se adquiere también la habilidad de intuir, sin verla, su presencia; el don, inclusive, si es que se trata de un don, de seguir sus movimientos a través de las paredes, desde cualquier lugar de la casa.

«Estaba seguro, pues —tal era la modificación peculiar del aire, la distorsión del ambiente que suelo sentir cuando Daniela está cerca—, de que era ella quien había entrado en el despacho.

«No quise o no pude mirarla de frente. Sabía, intuía la razón de su comparecencia. Recordé su primera y única visita luego del lamentable incidente con Lucía. De esa visita suya tengo anotadas las incidencias. «Debes irte», me había dicho. «Luego de lo que has hecho ya no es posible que te quedes». Entonces, mientras hablaba, sí pude mirarla. Luego, la incertidumbre fue la única realidad en que debí desenvolverme. Días oscuros escuchando casi dolorosamente los menores ruidos en la distancia de las habitaciones, o aquellos que te producen un grado mayor de

perturbación cuando te parece escuchar la proximidad de alguien innominado cerca de la puerta, de tu puerta. Su acezar, su silencio, que es también acecho, expectativa, espera. ¿Daniela?, ¿Lucía?, ¿otro ser tal vez?

«En horas previamente señaladas salí a la calle, como un fugitivo, a alimentarme, a buscar el aire, a reflexionar fuera del lugar de los acontecimientos. En un motel que conozco me bañé y me cambié de ropa. Al regreso, me dirigí directamente al estudio y me sorprendió que, mientras estaba fuera, no hubiesen tomado alguna medida extrema y punitiva: cambiar la cerradura de la puerta de calle, digamos, y expulsarme definitivamente.

«Consigné ya por escrito el resultado infructuoso de una visita destinada a recabar la ayuda de mis camaradas de trabajo. Al salir, sentí que estaba ya marcado para mí un límite extremo, una frontera que, una vez cruzada, no tiene retorno.

«Ahora, Daniela ha venido. Hace ya un buen cuarto de hora de ello. Ha entrado y se me ha acercado. He visto su mano desplazarse, descender, agitarse, como en el seno de una atmósfera ajena, sobre el escritorio, ante mis ojos. En la mano, sobrecogedora, la pistola, la legendaria Beretta de la que unas cuantas veces hemos hablado y que yo no había visto jamás.

«Ha depositado frente a mí el arma y ha dicho lo que con precisión transcribo en este manuscrito. Sus palabras, serenas, contenidas, con seguridad ensayadas en horas previas, laterales a mí, descendieron con la fuerza de una sentencia.

«—Con Lucía, hemos considerado detenidamente la situación. Ella está dispuesta a denunciarte. Así está de herida. La he detenido, por ahora. Hemos analizado los efectos de una decisión como esa, una denuncia, una demanda, en la familia, en nuestro hijo, en tu imagen. Creo que debes estar perfectamente claro sobre las consecuencias. Hemos trabajado fríamente todas las variantes y creemos que solo hay una plausible. Tú lo comprenderás. Estoy segura. Te dejo el arma. Está lista y cargada. Esperaremos. Tómate tu tiempo.

«Eso dijo y se fue, tan silenciosamente como había entrado.

«Estoy seguro de que Lucía estuvo también aquí, cerca, pero al otro lado de la puerta. Una vez que se cerró, tengo la certeza de haber escuchado el paso de las dos alejándose hacia algún lugar de la casa. Allí deben estar ahora, como lobas, en su cubil, esperando, alertas.

«Siento de pronto que la distancia entre ellas y yo se ha anulado. De repente, los obstáculos físicos que nos separan no existen más: ni las paredes,

ni las puertas, ni los objetos acumulados a lo largo de los años y que, para mí, han dejado de tener sentido.

«Ellas, las dos, de alguna forma impropia, adversa a las leyes físicas, están aquí, junto a mí, erguidas, flamígeras.

«No sé por qué, pero sin haberla mirado, me parece que Daniela estaba vestida de negro, como preparada para el acto que ambas han decretado y concebido juntas en protervo intercambio de palabras.

«Sí, están aquí. Su presencia doble lo llena todo, me asfixia. No, no estoy solo. Siento que un tribunal invisible y, sin embargo, palpable, un tribunal atávico, más bien dicho, arquetípico, se ha constituido aquí para determinar, inflexible, mi sentencia. Ellas están aquí, mirándome desde un ángulo de visión imposible de verificar desde el precario expediente de mis sentidos.

«Allí están y sé que no me queda otro camino. Es justo, pienso, es lo justo. Y no solo por lo que ellas saben, sino, además, por lo que desconocen, que es mucho más vasto.

«La Beretta aguarda allí, sobre la mesa, expectante. Todo lo urdido de antemano llega a su cabal desenlace, Mi mano, pronto, avanzará hacia ella, el arma. El tribunal espera. Ellas esperan».

Luego de leer la nota postrera de Alberto San Miguel, el inspector permaneció por largo tiempo reflexionando. Por esa noche le era ya imposible dormir. Es más: una claridad imprevista, como siempre sucede en esa transición, en la encrucijada del alba, estaba instalada ya en su cuarto anunciando, todavía incierta, confusa, la inminencia del día. En aquel momento, le sorprendió una llamada. Era Martínez, el técnico en asuntos dactiloscópicos.

—Martínez —exclamó el inspector—, ¡qué hace despierto a estas horas!

—No podía dormir —contestó el técnico—. Tenía que informarle de algo, algo que me parece fundamental en su investigación, perdóneme inspector.

—Diga.

—En la caja fuerte de la señora San Miguel y en sus alrededores, allí en su vestidor privado, solo fue posible detectar las huellas digitales de ella, de nadie más.

—Está bien —dijo Jiménez—. Gracias. Descanse.

Jiménez ya se lo había imaginado. Lo que no pudo prever era que Martínez iba a timbrar su teléfono a esas horas. «A dios gracias que estaba despierto», se dijo.

La información de Martínez venía a sustentar un poco más lo que ya emergía, novedoso, sorprendente, en la mente de Jiménez: la posibilidad de un suicidio inducido, tal parecía ser la naturaleza del caso y sus secuelas. El suicidio inducido, consideró, es un delito, un hecho

punible conceptualizado como tal en casi todas las legislaciones. En rara confluencia, un recuerdo sobrevino como un fogonazo en su cabeza. Se trataba de algo dicho por Carmenza, la empleada de la casa, cuando fue interrogada. Ante una pregunta suya sobre las cosas que pudieron haber acaecido con anterioridad al suicidio, ella señaló la llamada telefónica de un señor de apellido Espinosa. Lo recordaba porque ella fue quien contestó. El hombre había pedido hablar con la señora San Miguel. Obviamente, Carmenza no sabía del contenido de la conversación, pero sí pudo observar que la señora trataba de hablar en voz sumamente baja, como asintiendo a lo que su interlocutor decía al otro lado de la línea.

La empleada aportó otro dato al que Jiménez no había dado importancia. Una vez terminada la conversación telefónica, Daniela se dirigió apresuradamente al estudio —San Miguel no estaba— y, al cabo de algunos minutos, salió con unos papeles en su mano derecha. Enseguida subió a su dormitorio y allí se encerró, hasta que llegó Lucía, su hermana.

«Los hechos se anudan —se dijo casi en voz alta—. Lo leído en el memorial de San Miguel y la actitud asumida por ese Espinosa, que debe ser el mismo que habló con la esposa —reflexionó—. La llamada. Los papeles que Daniela sacó del estudio. La Beretta colocada cerca de la mano del suicida por la propia Daniela». Todo encajaba, sin embargo, algo paralizaba su sentido de responsabilidad en cuanto agente de la ley. Una sentencia

de muerte parecía haber sido ejecutada. La ofensa y el dolor causado por la perpetración del delito —más que la violación, la profanación del orden imperante— habían sido vengados con la interposición de la víctima. «Quizás el orden de las cosas ha sido de alguna manera restablecido», pensó. «Lo que aquí perturba e indigna es la posible intervención de Espinosa, el hombre de la Legión Negra que, luego de despedir sin mayores esperanzas a San Miguel, llama a su esposa y habla con ella en secreto. Pero ¿cómo probarlo? Por ahora —continuó diciéndose el inspector—, no creo que haga falta ninguna otra sentencia o condena». Se imaginó a Daniela, la viuda, y a Lucía, la víctima, inmersas en un proceso judicial abierto para ventilar no solo el suicidio de San Miguel, sino sus causas, sus consecuencias y los otros y complejos e insidiosos temas. «Ellas, ¿envueltas en un devenir de acontecimientos como secuela imprevista de lo que fue una tragedia familiar y doméstica? Porque también», elucubró Jiménez, «podríamos atribuir al suicidio seguramente interpuesto de San Miguel, otro sentido, una explicación distinta».

Todo parecía claro. Pero el interrogante volvía: ¿cómo probar la intervención de un sicario encumbrado como Espinosa? De improviso, como corolario de aquello que había comenzado a figurarse —la comparecencia de las dos mujeres, Daniela y Lucía, en un episodio político de graves proporciones—, intuyó una posibilidad. Se hacía urgente visitar a Daniela,

incluso antes del entierro de San Miguel, previsto para el día siguiente, sábado. Ella, es posible, no habría tenido tiempo de entregar a Espinosa los papeles extraídos de los archivos del suicida, pero con todo, para estar más seguro, se prometió llamar a Carmenza, esta testigo clave, antes de desplazarse a la casa de los San Miguel. Entendió también por qué los documentos que él había encontrado en la carpeta *Casos delicados* no tenían la importancia que él les había atribuido en principio. La carpeta aparecía como vaciada, pero no pudo notarlo cuando la confiscó en el curso de la primera inspección al estudio de San Miguel. Recordó, con un dejo de vergüenza, aquella frase de García, su jefe: «Está bien y no está bien». Fue más o menos eso lo que dijo.

Era viernes. Amanecía. Y no había tiempo que perder. Debía lo más pronto apersonarse en la casa del suicida y, consultando la hora, llamó, esperando que Carmenza ya hubiera llegado. Para su alivio, contestó la criada.

—Carmenza —inquirió—, dígame si el señor de apellido Espinosa que llamó la otra tarde, ¿recuerda?, ha telefonado de nuevo o se ha presentado en la casa.

—Que yo sepa, no —contestó Carmenza.

—Dígame también —preguntó—, ¿la señora ha salido desde la noche del miércoles?

—No, señor —dijo la criada sin titubear—. De todos los trámites, ya sabe, por el difunto, los funerales, se ha encargado el señor Juan Antonio.

Jiménez sintió cierto alivio. Sin duda, pensó, la perspectiva de tener que afrontar tarde o temprano un juicio en que se la acusaría de esconder papeles clave con los cuales probar la responsabilidad de los acusados, debía aterrar a Daniela. Jiménez corría un albur, pero era indispensable intentarlo. Y tenía que ser fuerte. No podía andar con sutilezas frente a la viuda. Al salir, se revisó interiormente de lo que representaba: la autoridad.

•

Camino a la residencia del suicida, el inspector volvió a meditar sobre aquello del suicidio inducido. ¿No se trataría, se dijo de pronto, de otra forma de suicidio? ¿Lo que se denomina suicidio interpuesto? ¿No sería posible, arriesgó, que San Miguel, agobiado por una serie de hechos que aún desconocemos y solo intuimos, concibió aquel extremo desenlace, el de la violación, como paso previo a su designio central? ¿Sería posible algo así? Recordó lo que había leído, citado por Claudio Magris, el día anterior: el suicidio de Robert Flinker, el escritor de estirpe kafkiana atrapado en la Bucovina de 1945, esperando el advenimiento inevitable del estalinismo sobre aquella tierra, es decir, del mal. «Cuando se está cansado de la vida, se eligen, para librarse de ella, incluso medios inconscientes o directos, el infarto, el cáncer», escribe Magris. Flinker, en el fondo y al parecer, se suicidó por amor, pero su muerte adquirió el

halo de un hecho político. Reverberó también en la mente de Jiménez aquella postrera frase del manuscrito de San Miguel: «Todo lo urdido de antemano llega a su cabal desenlace».

«Por ahora», tornó a decirse mientras aparcaba junto a la verja de entrada a la casa de los San Miguel, «quizá no haga falta otra sentencia que la ya ejecutada». «Dicen que cuando alguien mata», pensó, «por cualquier medio, directo o indirecto, legal o ilegal, muere también un poco. La especie misma pareciera resentirse de ello, es decir, muere igualmente un poco. Esa especie de muerte», se dijo obsesivamente, «podría también haber alcanzado a quienes indujeron, de algún modo, a Alberto San Miguel a suicidarse. No hace falta aventurar nombre alguno. Sin duda, tienen ya en su haber, sobre sus espaldas, su propia e incognoscible condena». Repitió entonces, por tercera vez, como renegando de la otra justicia, la civil, la legal: «creo ya innecesaria otra sentencia». En el mismo instante emergió en su mente ese otro nombre, Espinosa, el de la Legión Negra, y renegó a su vez de todo lo que había meditado en el trayecto. Su mano nuevamente accionaba sin convicción el timbre de los San Miguel.

•

El sábado, tres días después del deceso de Alberto San Miguel, el inspector Jiménez acudió a su entierro.

La noche anterior había sido velado el cadáver según el ritual acostumbrado. Hubo una viuda para recibir las condolencias. Parientes. Allegados. Conocidos. Nada fuera de lo común en casos como estos. Jiménez, tanto en el velorio como al siguiente día en el camposanto, no dejaba de sentir un sabor amargo en la boca. Pese a todas las averiguaciones no había sido posible encontrar al profesor Enrique Pimentel Gómez. La hipótesis de su posible asesinato comenzaba a rondar la mente de los investigadores. Para Jiménez, la desaparición del profesor conllevaba otra, inquietante: por más que se realizó una segunda y una tercera inspección en su departamento, no fue posible encontrar lo que en los escritos dejados por el profesor se denominaba «la tercera transcripción». Para el inspector, la ausencia de estos papeles resultaba dura de aceptar, casi irreparable. Para otros sería seguramente providencial. Observó a los posibles «otros»: allí estaban, un poco detrás de la fila de familiares, juntos, una escuadra siniestra, oteando en torno no solo el aire, sino también —imaginaba Jiménez— alguna mirada comprometedora, acuciosa. En todo caso, recordó a modo de consuelo, que los documentos entregados por la viuda el día anterior reposaban ya a buen recaudo en el despacho de García, jefe de la Dirección de Investigaciones. Aquellos que se agrupaban detrás de la fila de parientes de San Miguel tenían asimismo, con seguridad, razones para mostrarse inquietos.

•

De regreso en su apartamento, algo desalentado, Jiménez repasó los sucesos de los últimos días, alcanzado por una sensación indeterminada, una impresión que había ido incubándose desde la primera noche, cuando acudió enviado por García a la casa escenario del suicidio de San Miguel. Solo él sabía que, en algún lugar de la ciudad, innominado aunque reconocible, hubo, por un lapso indeterminado de tiempo, un templo cuyas puertas están ya definitivamente cerradas. En su interior, desconocido y fantasmagórico, solo su memoria de sabueso habría de rastrear, no sabía por cuantos años, las ceremonias que allí tuvieron lugar: el tiempo de la justicia y la venganza.

•

Por la noche, Jiménez no pudo salir. La ciudad se volvía sobre sí misma en silencio, fantasmagórica, sin habitantes que hollaran sus calles. Solo el rumor de las patrullas militares que pasaban para vigilar el cumplimiento del toque de queda ordenado por el Gobierno rompía de cuando en cuando el silencio, volviéndolo amenazante. Una pandemia de dimensiones globales constituía la razón de tal medida. «Tal vez —pensó, Jiménez—, el paso del flagelo barra para siempre cosas

como las sucedidas. Pero ello es imposible e incierto. El futuro mismo es ahora incierto», concluyó con tristeza, con escepticismo.



*Programa editorial de la Academia
Ecuatoriana de la Lengua*

Para este libro se han usado caracteres Libre Bodoni (diseñados por Pablo Impallari y Rodrigo Fuenzalida) y EB Garamond (diseñados por Georg Duffner y Octavio Pardo), inspirados respectivamente en las tipografías de Giambattista Bodoni (1740-1813) y Claude Garamond (1499-1561).

Ambas tipografías con Licencia de tipografía abierta de SIL.

Quito, Ecuador
diciembre de 2022



*Programa editorial de la Academia
Ecuatoriana de la Lengua*

ENSAYO

BRUNO SÁENZ ANDRADE

*Introducción a la obra de Julio
Zaldumbide y a su correspondencia
con Juan León Mera. 1833-1887*

JULIO PAZOS BARRERA

*Las fábulas de
Juan León Mera Martínez*

DIEGO ARAUJO SÁNCHEZ

*Visiones y revisiones
Ensayos de lengua y literatura*

JUAN LEÓN MERA

*Tijeretazos y plumadas.
Artículos humorísticos
(con estudio introductorio
«Un Juan León Mera desconocido»
de Diego Araujo Sánchez)*

POESÍA

JULIO PAZOS BARRERA

La incierta percepción del tiempo

NOVELA

FRANCISCO PROAÑO ARANDI

Ceremonia de pólvora

«**E**l mal que siempre temimos estaba ya entre nosotros y yo rehuía reconocerlo». Bajo esa advertencia, Proaño Arandi se adentra en las interioridades de un poder vicario a través de dos historias paralelas, pero confluentes: una y otra con personajes que no son precisamente los protagonistas del devenir político central, pero cuyas vidas se verán alcanzadas y contaminadas por el mal emanado de una estructura de dominación signada por las lacras conocidas: corrupción, represión, autoritarismo, demagogia.

En contrapartida, un investigador procura encontrar la verdad de los hechos: la degradación de la condición humana en su cercanía con el poder, secretos inconfesables, la venganza y la culpa. La realidad puede tornarse oprobiosa, mientras algo ominosamente sagrado simula presidir el inicio y el desenlace de los acontecimientos.

Cualquier parecido con sucedidos reales, podríamos arriesgar, no es pura coincidencia.

El programa editorial de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la institución cultural más antigua del país y la segunda de su índole en América, contempla un sostenido plan anual de ediciones de obras relativas, todas, al conocimiento, vigor, dominio y belleza de la lengua española: trabajos lexicográficos, lingüísticos, gramáticos y literarios. Estamos seguros de que el tiempo por venir no interrumpirá este esfuerzo, y podremos estar presentes siempre, con lo mejor de nuestra palabra.

Susana Cordero de Espinosa

DIRECTORA DE LA ACADEMIA ECUATORIANA DE LA LENGUA



Ministerio
de Educación

ISBN: 978-8942-42-976-6



9 788942 429766